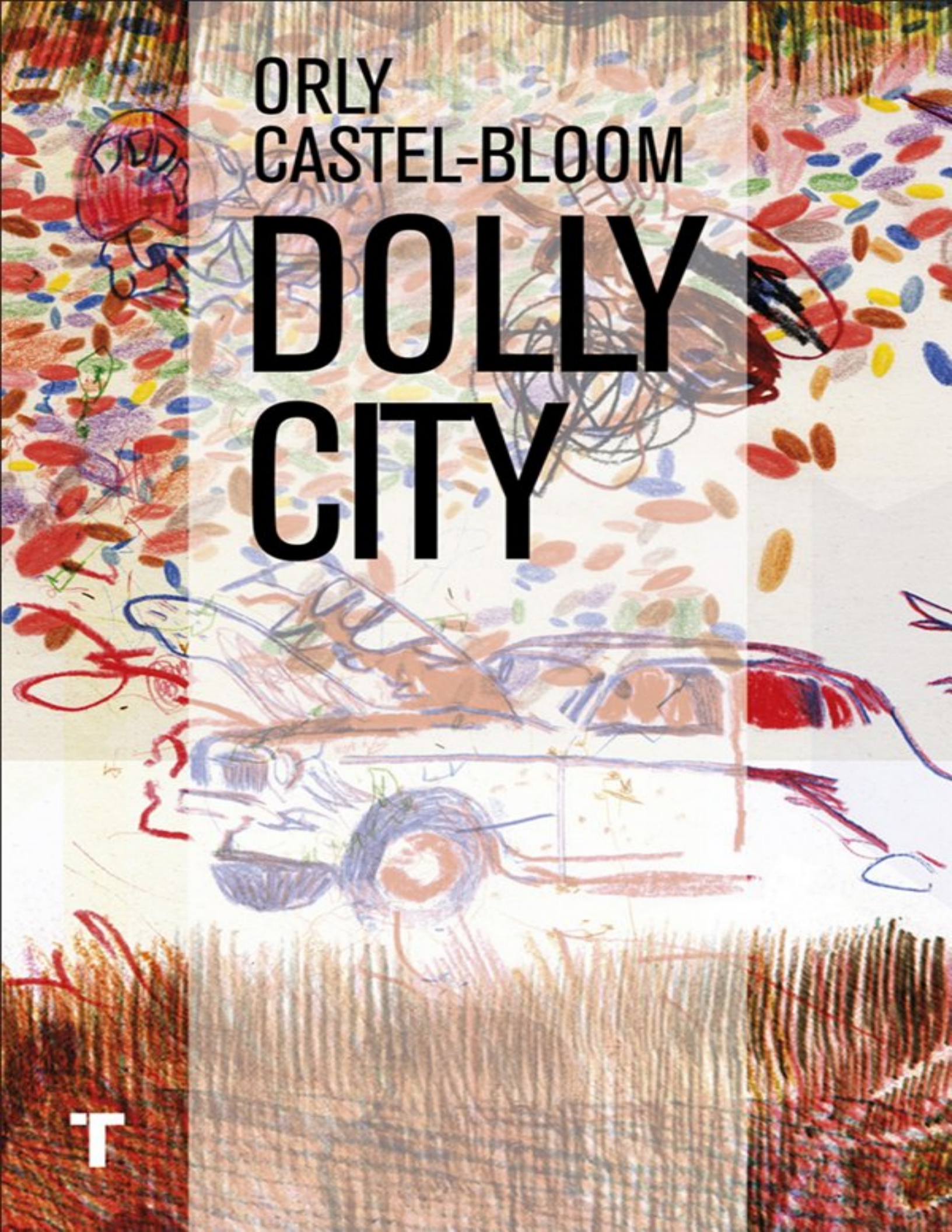
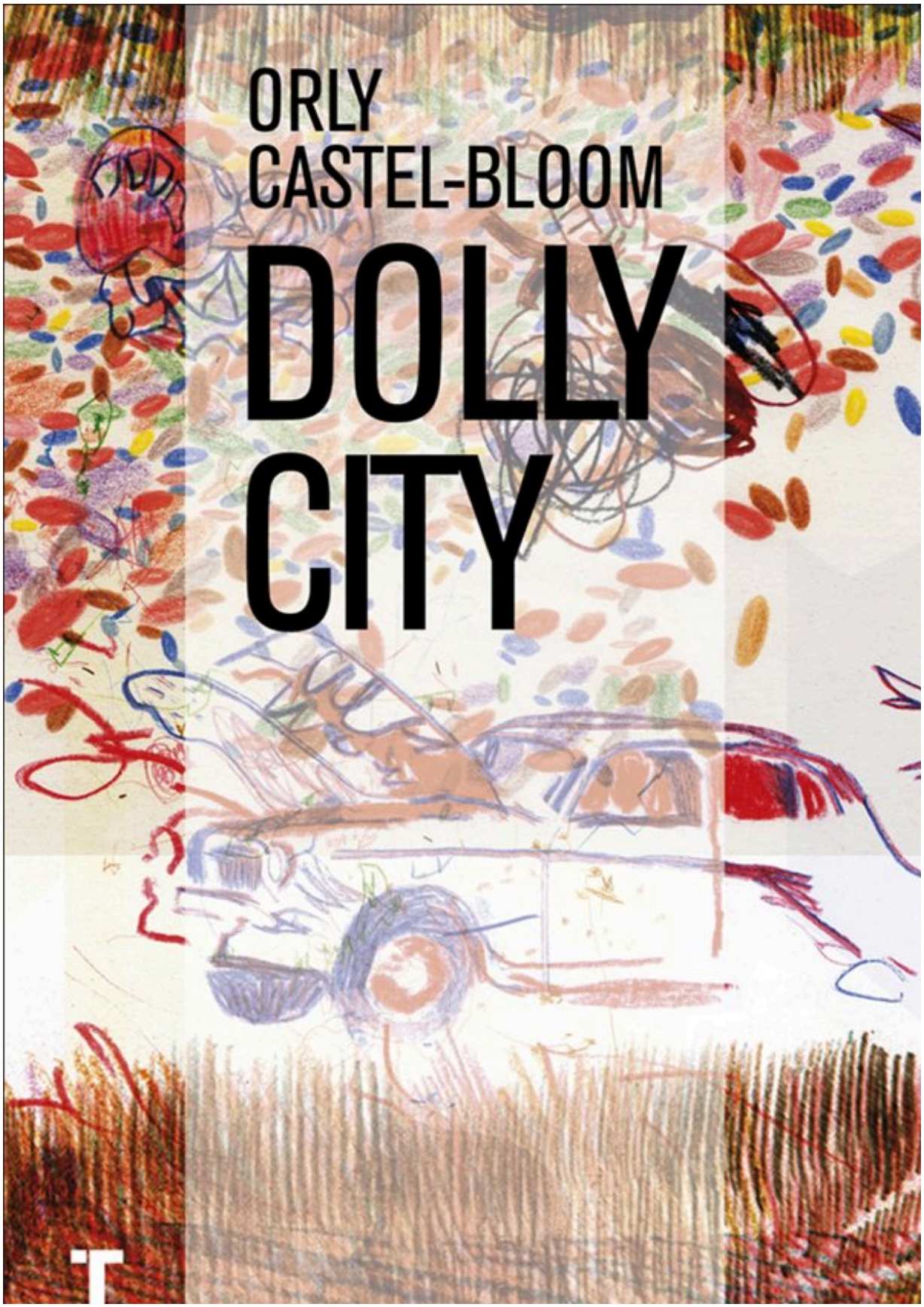
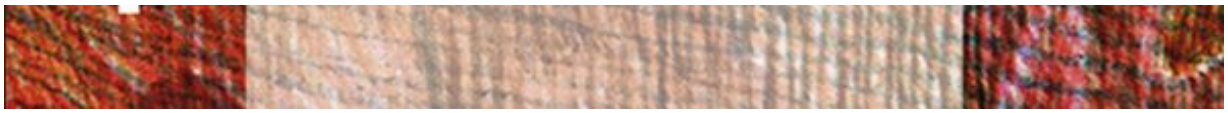
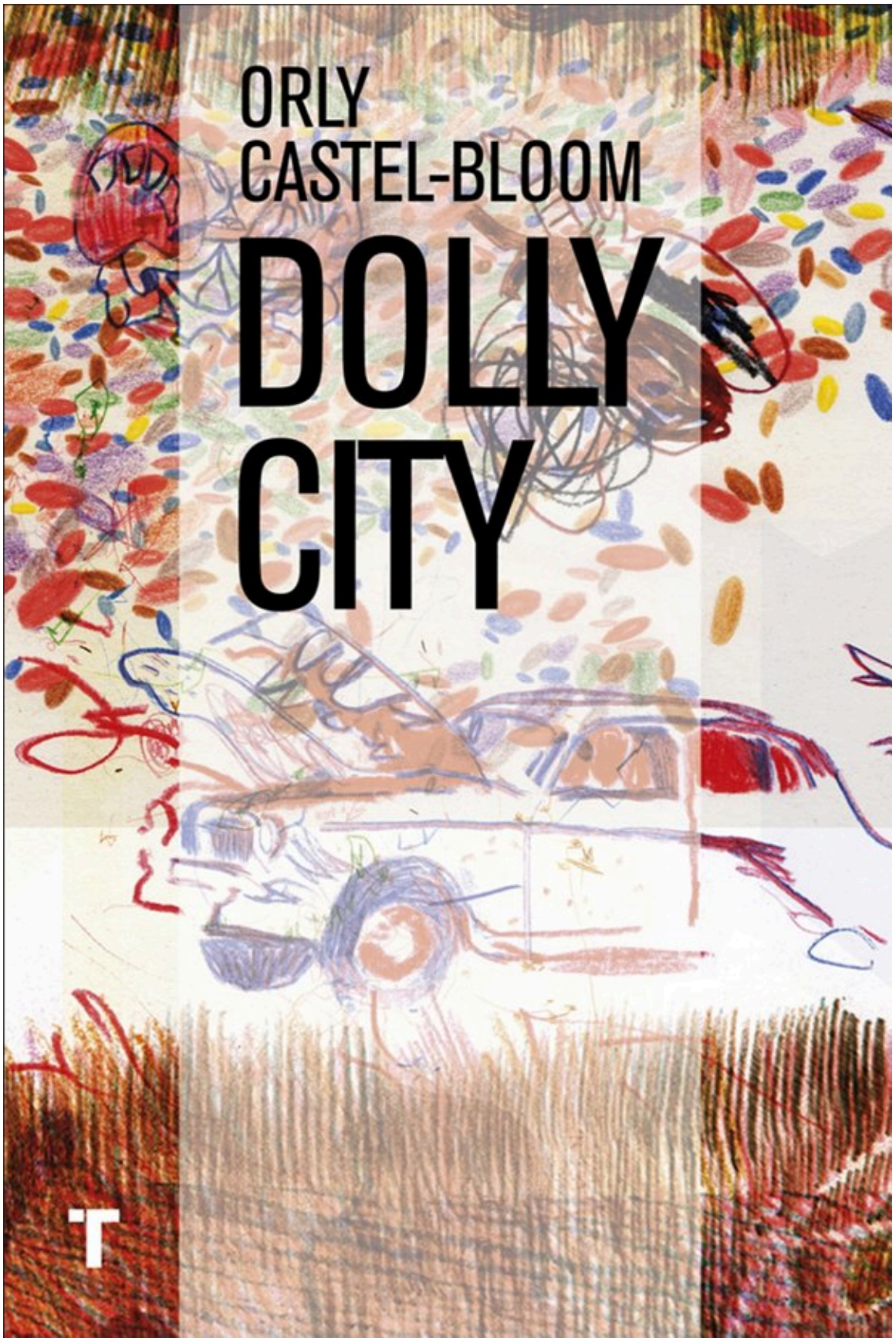

ORLY
CASTEL-BLOOM
DOLLY
CITY


ORLY
CASTEL-BLOOM
DOLLY
CITY




ORLY
CASTEL-BLOOM
DOLLY
CITY

DOLLY CITY

Orly Castel-Bloom

EL CUARTO
DE LAS
MARAVILLAS

Título original:
דולי סיטי
© Orly Castel-Bloom y la editorial Hakibbutz Hameuchad

De esta edición:
© Turner Publicaciones S.L., 2015
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid
www.turnerlibros.com

Publicada por acuerdo con el Instituto para la Traducción
de la Literatura Hebrea.
«Y a cada pueblo en su propia lengua», Libro de Ester I : 22



De la traducción:
Eulàlia Sariola
De la corrección:
Marc Jiménez, Josep Mengual, Claudia Ortego y Celia Santos

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Diseño de cubierta:
Estudi Miquel Puig
Imagen de cubierta:
Rafael Castañer
Maquetación:

David Anglès

Impreso en España

Primera edición: junio de 2015
ISBN: 978-84-16354-57-3

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones: turner@turnerlibros.com

A mi hija Osnat

Contents

PRIMERA PARTE
SEGUNDA PARTE
TERCERA PARTE
CUARTA PARTE
Notas al pie

PRIMERA PARTE

Antes de morir, los peces ornamentales nadan de costado unas horas, se dan la vuelta, se hunden en aguas poco profundas y luego flotan hasta la superficie otra vez. Tuve un pececillo dorado que estuvo todo el día agonizando de esa forma hasta que, al atardecer, se hundió hasta el fondo con los ojos abiertos y el cuerpo combado como un signo de interrogación.

Me hice con un vaso de plástico y saqué del agua el cadáver. Me lo llevé a la cocina y vacié con cuidado el agua en el fregadero. Deposité el pez sobre el mármol negro. Cogí una navaja para trocearlo. Se me escurría por la encimera, el muy cabrón, así que tuve que sujetarlo por la cola y devolverlo a la escena del crimen. Me ensañé con aquel pez durante hora y media, hasta que su cuerpo quedó reducido a fragmentos milimétricos.

Entonces observé los fragmentos. En la antigüedad, en la tierra de Canaán, hubo hombres justos que sacrificaron a Dios animales mucho más grandes que aquél. Cuando inmolaban corderos, les quedaban en las manos grandes pedazos ensangrentados, y así su alianza era una verdadera alianza.

Sazoné los pedacitos del pececillo dorado, me puse uno en el dedo, encendí una cerilla, acerqué la llama a la carne del pez hasta casi chamuscarla y mi dedo empezó a desprender olor a carne quemada. Luego eché la cabeza hacia atrás, abrí la boca y dejé que el primer pedacito cayera directamente a mi aparato digestivo.

Lo mismo hice con el resto del pez, y cuando terminé me senté a contemplar a mi perra agonizante, una cocker spaniel de catorce años que padecía insuficiencia cardiaca. Estuve quince días sentada en el sillón contemplando su lengua colgante, seca, su respiración acelerada, sus ojos que se iban extinguiendo.

Durante aquellos quince días le di comida, bebida y, naturalmente, medicinas. Casi no quería comer ni beber y vomitaba los medicamentos. Le puse un gotero y eso la ayudó un poco.

Lamenté no haberle puesto también un gotero al pez, pero enseguida descarté la idea, sencillamente porque me parecía

imposible encontrar una vena en un pez dorado tan pequeño. La verdad es que me parecía imposible encontrar una vena en cualquier pez, aunque fuese una carpa.

Al cabo de quince días de agonía, cuando mi perra ya no comía ni bebía nada y ni siquiera le hacían efecto los medicamentos, fui hasta el botiquín para prepararle una inyección sedante de la que no despertase jamás.

Me acerqué a ella, la acaricié. Me lamió los dedos con su lengua cuarteada, herida. Me lamió la cara, sus heridas me rasparon la piel, pero no me importó.

La tendí en mi mesa de trabajo y fui murmurándole palabras tiernas mientras le sujetaba la cabeza anaranjada con una mano y con la otra sostenía la jeringa.

Antes de que acabara de ponerle la inyección, mi perra cerró los ojos y se quedó dormida. La acaricié y le quité el collar con las chapas metálicas de las vacunas; todas llevaban grabadas mi dirección y la promesa de una recompensa en caso de pérdida.

Me senté en el taburete y me quedé mirando a mi perra gordita, mientras me preguntaba cuánto tiempo tardaría el sueño, desde el momento en que le puse la inyección, en transformarse en muerte y cómo se desarrollaría ese cambio de guardia.

La respiración de mi querida mascota se fue haciendo más dificultosa, más profunda, más reveladora. Cada respiración parecía que iba a ser la última, pero la seguía otra que le robaba ese privilegio. Hasta que… eso fue todo. La perra había pasado a la historia.

Llamé al veterinario. Lo desperté de su sueño en plena noche. Unos días antes, cuando fui a consultarle, farfulló que había alguien que enterraba mascotas por setenta shekels. Le pedí su teléfono.

–¿No podías haber esperado a mañana? –masculló. Pero enseguida me dictó el número.

Después de una conversación telefónica rutinaria con el enterrador, cuando ya iba a colgar me dijo:

–Espero, señora, que no crea que va a venir conmigo.

–Perdón –dije asombrada–. ¿Por qué no? Usted va a enterrar a mi perra. Tengo todo el derecho del mundo a estar presente en el acto. No hay nada que ocultar, ¿verdad?

–Escúcheme, querida –vociferó el tipo, impaciente–. Sus setenta shekels no es que supongan un gran negocio. A todas horas mueren perros. Los entierro en la arena, cerca del mar. Lo hago por la noche, tranquilamente, solo. Escoja: lo toma o lo deja.

La ventana estaba abierta de par en par y a través de ella se podía ver el firmamento oscuro, cuajado de estrellas. Llamaron a la puerta. Estaba tan absorta en lo que hacía que me corté. Me goteaba sangre de tres dedos. Los envolví en una toallita y me apresuré a abrir. Frente a mí había un hombre bajito, barrigudo y con un rostro enorme. Se presentó con el nombre completo, que se borró de mi memoria al instante, y se fijó en mi toallita empapada de sangre.

–Permítame –se ofreció, acercándose a mí.

–No, no hace falta –le dije–, de verdad.

Pero el visitante se fijó en mi palidez y en mis rodillas temblorosas, me condujo al sofá de terciopelo verde y me tendió en él. Luego buscó en el baño, sacó del armario el botiquín de primeros auxilios y, mientras me limpiaba la herida con la delicadeza propia de un médico residente, bromeó conmigo y me dijo que si hubiera llegado más tarde tendría que haberle pagado el doble, por el cocker y por mí.

Me vendó los dedos, fue a la otra habitación, metió a la perra dentro de una bolsa negra de basura, se la cargó al hombro y me reclamó el dinero en metálico. Saqué los billetes del bolso. Me entraron ganas de hacer con ellos un rollo bien apretado y, a modo de bigote, incrustárselo de través entre el labio superior y la nariz, pero se los tendí pensando que no volvería a verlo en la vida.

Sin embargo, apenas un segundo más tarde volví a verlo de lejos, desde mi trigésimo séptimo piso. Tiró la bolsa con la perra en el maletero, se sentó e intentó arrancar el coche. No lo consiguió, y yo pensé: he aquí tu oportunidad, Dolly. Entonces corrí hacia fuera.

Entré en el ascensor cilíndrico de cristal, que subía y bajaba con un movimiento en espiral nada conveniente para el ahorro energético, esperando llegar abajo a tiempo. Corrí agachada por el asfalto, abrí con cuidado la puerta trasera del coche y me deslicé en su interior. El bribón todavía no había conseguido arrancar y su boca escupía un torrente de improperios. Por fin, al cabo de diez minutos se oyó el ronquido carente de gracia del motor y nos pusimos en marcha. Eché un vistazo al reloj, eran las dos y ocho minutos, y la brújula indicaba que íbamos en dirección oeste, justo lo que esperaba.

Veinte minutos después, el coche giró a la derecha y enfilamos una carretera de tierra llena de desniveles, con prostitutas de aspecto chillón apostadas a ambos lados. El conductor, que a lo mejor gracias a ellas tuvo una erección, murmuró algo entre dientes, giró el coche bruscamente para darle un susto a alguna y soltó una ruidosa carcajada que no se apagó hasta transcurridos unos largos minutos, cuando ya habíamos desaparecido de su vista.

El coche se detuvo bruscamente y él saltó fuera con una pala en la mano que había cogido del asiento contiguo. Yo salí sigilosamente, hacia la brisa marina, suave y salada. Me escondí tras un talud sembrado de flores amarillas de onagra, que no me recordaban a nada, y me puse a observar.

Una vez excavado el hoyo, a aquel delincuente solo le restaba echar a la perra dentro y enterrarla. Pero, en vez de rematar el asunto, se puso con otro. Sacó al cocker de la bolsa, cogió una horca del maletero y empezó a mutilar el cadáver. Lo acribilló a puñaladas, lo decapitó, lo desmembró, arrojó lo que quedaba de él al hoyo y lo cubrió apresuradamente.

Toda yo temblaba, bullía de rabia por dentro. Me alcé rugiendo, dispuesta para la batalla. El hombre se giró sorprendido y yo, desolada, le arranqué la horca de las manos y, en lugar de hincarla en la tierra como hubiera hecho cualquiera, la hundí en el vientre del enterrador con toda la fuerza que había acumulado en años de trabajo manual.

Él se dobló de dolor y yo enloquecí. Acabé con el tipo en un par de minutos.

Me quedé jadeando durante otro minuto. Cuando recuperé el aliento, reuní los pedazos de mi perra y los enterré a la luz de la luna. Entonces me sequé la frente, la tenía húmeda y me picaba.

Arranqué el coche y experimenté una paz espiritual que no sentía desde hacía tiempo. Con esa serenidad, conduje la cafetera hasta la carretera asfaltada.

Unos instantes después de pasar junto a una gasolinera iluminada y silenciosa, consciente a medias de la presencia de una silueta desdibujada junto a los tanques de gasolina, empecé a oír a mi alrededor unos ruidos incompatibles con el entorno. No podía ubicarlos en el espacio, parecían provenir del coche. Me detuve en el arcén y mis ojos se posaron sobre una bolsa de plástico negra tirada en la bandeja trasera del coche.

Coches pequeños, en especial escarabajos, circulaban por la carretera en ambas direcciones. Esperé un momento a que quedara despejada. Me arrodillé en el asiento y alargué el cuerpo para llegar al origen del ruido. Abrí la bolsa, y ante mí apareció un bebé azulado y hambriento envuelto en pañales de la seguridad social.

Pasé al asiento posterior. Hurgué en la bolsa para encontrar algún documento, algo que me permitiera identificar al tipejo aquel. Busqué fuera de la bolsa, alrededor. Bajo el asiento del conductor encontré una vieja declaración de impuestos de una zapatería.

El bebé chillaba y succionaba con los labios. Yo no sabía qué hacer para calmarlo. Le quité los pañales y descubrí que en la barriga tenía un orificio infectado de unos dos centímetros de diámetro rodeado de sangre coagulada. Cogí al niño y lo coloqué en el asiento del copiloto.

Me adelantaban coches a gran velocidad. Escarabajos, solo escarabajos. Eché un vistazo a mi acompañante. Empecé a conducir. Las luces de la calle recorrían su rostro. Los faros de los coches me cegaban. Observé de nuevo el agujero de su vientre y recordé la

historia de un hombre que había vivido un número considerable de años y que había aceptado, en aras de la ciencia, conservar un agujero en el vientre para que su médico, un investigador, pudiera estudiar el funcionamiento del sistema digestivo. Oí hablar de aquel hombre cuando tenía veinte años y estudiaba medicina en Katmandú. Yo era la única judía en toda la universidad.

Dejé el coche en el aparcamiento subterráneo del edificio. Ya en el ascensor cilíndrico, apreté el botón del piso 37 y en unos segundos me planté en mi residencia oficial. Ya era de día. Tenía que actuar rápidamente y con eficacia.

Saqué un anestésico de uno de mis armarios y consulté en mis libros la cantidad adecuada para dormir a un bebé de su edad. Las ranas del acuario empezaron a croar de espanto creyendo que iba a por ellas. Coloqué al bebé azulado desnudo en la mesa de trabajo. Berreaba. Tenía la boca abierta en forma de góndola. Lo hice callar con una inyección, lo desinfecté, le cosí el vientre y lo vendé. Mientras él dormía en la sala de reanimación, con medicamentos y minerales en el gotero, bajé a la calle, y al cabo de media hora estaba de nuevo en casa con todo lo que un bebé necesita. Le preparé una habitación cómoda y despejada y salí a fumar a la terraza.

Me puse a debatir conmigo misma: intenté encontrar argumentos lógicos para atrasar la ejecución, pero en lugar de imponerse en mí la voz de la razón, la situación se apoderó de mis ojos. Éstos no cesaban de huir hacia las alturas, una y otra vez, como si hubiese algo que ver, cielos y más cielos, escaleras de cielos, una torre de Babel de cielos, no solo un firmamento azul, profundo, unívoco.

No tenía elección: me inyecté en la vena un calmante, me sentí mejor y de momento se salvó la vida del niño.

Intenté llamar a mi madre pero comunicaba. Cuando yo era niña, me había contado la historia de otra madre que había metido a su bebé en la lavadora y la había puesto en marcha. El tribunal la condenó a cadena perpetua y a trabajos forzados en la lavandería. Mi madre grabó tan profundamente en mí aquella historia que

incluso ahora, al meter la ropa del crío en la lavadora, imaginé que veía también al bebé en el interior y perdí el conocimiento.

El bebé me despertó con sus gritos, y de nuevo, como el efecto de los tranquilizantes había pasado, deseé estrangularlo. Pero me dije: eso es desperdiciar tu energía, Dolly. En cualquier caso, este alfeñique va a morir en pocos días, por infección, abandono o negligencia. Si finalmente acaba siendo asesinado, qué más da. De todos modos, hace mucho que debería haber muerto.

Pese a todo, me estrujé el cerebro para encontrarle un nombre al recién nacido. Pensé en Niño, suponiendo que no pasaría de los tres años. Empecé a pasar revista de nombres en mi cabeza, pero el niño casi se ahoga con los berreos. Le inyecté un anestésico en la columna vertebral y se calló.

Me tendí en mi enorme cama y me puse a ver los programas de televisión que llegaban a través de las parabólicas del tejado, mientras fumaba como una chimenea. En un momento dado me sorprendí silbando a la perra, una cuerda chasqueó en mi cuerpo, en do sostenido, cerré los ojos y decidí llamar al bebé Hijo, para que si alguna vez lo llamaban hijo de puta se lo tomara como algo personal y se peleara por nosotros dos.

Durante los primeros días de vida de Hijo cumplí los treinta, de modo que llevaba cinco años viviendo en la torre de cuatrocientos pisos. Durante años no me había relacionado con ningún vecino, excepto con el mago Itsik, del piso cuarenta y siete. Cuando me quedaba sin azúcar moreno, sin conejos o sin antidepresivos, subía a su casa. Una semana después de haberme convertido en madre a mi pesar, a medianoche, estaba deseando dormir pero el sueño huía de mí como un chiquillo que se esconde entre las columnas de cemento de un parking de Ashdod.

Soplaba el jamsín, una mierda. No funcionaba el aire acondicionado. Todos los animales del laboratorio se agitaban nerviosos. Solo el recién nacido dormía como un cadáver.

Ya en el ascensor me di cuenta de que en casa de Itsik se celebraba una de aquellas veladas desenfrenadas. Cada pocas semanas el tipo invitaba a magos y magas de la ciudad a una fiesta iconoclasta.

Me abrió el dueño de la casa. Detrás de él asomaron las cabezas de sus colegas, hombres y mujeres groseramente maquillados.

–*Excusez-moi* –supliqué–, ¿tendrías por casualidad una caja entera de pastillas amarillas?

–*Pardonnez-moi* –dijo Itsik–, ¿en casa de herrero, cuchara de palo?

–Dime si tienes o no.

–*Pardonnez-moi* –respondió, me hizo una reverencia y se retiró al interior de la casa. En su lugar, ocuparon el marco de la puerta decenas de rostros que me examinaban. Al cabo de diez minutos apareció de nuevo el dueño de la casa con solo veinte pastillas amarillas y un vaso de agua.

–Se ha terminado el stock, doctora. Lo único que puedo ofrecerte es que te unas a nosotros.

Me tragué las pastillas de golpe mientras permanecía de pie en la puerta. Hacía casi diez años que tomaba pastillas amarillas para la depresión y ya casi no me hacían efecto. Me las había recomendado un estudiante de informática tailandés con el que había follado una decena de veces. No sé muy bien por qué sigo tragándome más de veinte pastillas al día, no tiene ningún sentido.

En el salón de Itsik estaban haciendo el número de la mujer a la que meten en una caja de tres compartimentos, la atraviesan con espadas y al final sale indemne. Pero algo salió mal y el terror salpicó a los asistentes como un aspersor giratorio.

–Ay, ay –chilló la aprendiza de maga, a la que las espadas habían atravesado el cuerpo desde todos los ángulos sin que derramase una sola gota de sangre.

Itsik me miró, blanco como un ángel. Yo era consciente de que, como médico, me tocaba actuar deprisa, pero al mismo tiempo, como persona, no me hubiese importado que la mujer muriera.

–Te lo ruego, Dolly, haz algo.

Itsik hincó una rodilla en tierra teatralmente, me tomó una mano y me besó las puntas de los dedos. Sabía que no podía resistirme a eso. Tenía los labios resecos y agrietados de sonreír a la fuerza en tantas fiestas de cumpleaños, en las que actuaba de payaso y mago a la vez.

–No sé qué decirte –le respondí–. Lo pasado, pasado está. Por desgracia, la mujer ha muerto.

–Por favor, doctora Dolly. Te lo suplico encarecidamente. Apiádate de Noga Hason. Es una de las mejores. Le puede ocurrir a cualquiera.

Me destesté a mí misma: me impresionaba que me llamaran «doctora Dolly», y el mago Itsik se aprovechaba de ello. Bajé al consultorio y regresé al cabo de un momento con mi maletín. Todos los asistentes a la fiesta se sentaron en el suelo del salón y se pusieron a jugar a juegos adecuados para su coeficiente intelectual. Lo hacían con fervor, disfrutando como monos.

Mientras, yo le iba sacando las espadas a la mujer, pero en lugar de estar imbuida de la sublime misión de salvar vidas humanas, me habría apetecido hacerle el harakiri.

Cuando todo hubo terminado, los magos tendieron a la señora en el sofá y le lamieron las heridas mientras ella repetía sin cesar gracias, gracias.

Al mismo tiempo, la gente se acercaba y me besaba en la mejilla, y yo, ruborizada, intercambié una sonrisa con Itsik, que me había follado más de una vez.

Regresé a casa harta de todo y se lo hice pagar a los conejos. Uní a un par de conejos por la oreja, a otros dos les corté una oreja por cabeza y se las cosí de nuevo intercambiadas.

Empezó a retumbar la tempestad; unas pesadas nubes, de tonelada y media cada una, provocaron al chocar que cayera sobre Dolly City una lluvia bendita que inundó las carreteras, llenó los pozos y obstruyó las alcantarillas.

Fui al patio de la cocina y levanté las tres baldosas bajo las cuales escondía el dinero. Lo conté y al ver que quedaba muy poco me angustié. Sabía que no tenía suficiente para pasar el invierno como acostumbraba; no tenía ni para leña.

Un frío intenso se propagó por la casa y me caló hasta los tuétanos. Contemplé los copos de nieve que cubrían la ciudad con un blanco y suave manto. En la estufa ardía mi último leño. Cerré las ventanas a cal y canto, bajé las persianas y corrí las cortinas. Cogí la piel de oso polar que cubría uno de mis sillones y que había comprado hacía tiempo en Alaska y arropé con ella al niño. Pero el crío seguía teniendo frío y, para olvidar el frío, empecé a ocuparme de él. Lo pesé, le medí la circunferencia de la cabeza y la estatura, e introduje sus datos en la tabla de crecimiento. Cuando me senté a mi secreter, me llamó la atención un libro de pediatría del siglo XVI que no había abierto jamás. Lo saqué de la estantería. Estaba escrito en latín y describía enfermedades infantiles horribles, y que por entonces eran comunes y mortales. En lugar de devolverlo a su lugar y escoger algo más plácido, sobre los sueños por ejemplo, o en vez de contemplar una pintura de Botticelli, me quedé atrapada en su lectura, y el nombre de cada enfermedad me producía escalofríos por todo el cuerpo.

El crío dormía profundamente en su cuna, pero la información que afluía a mi mente me trastornaba. Por alguna razón desconocida, no podía dejar de relacionar a mi hijo con aquellas enfermedades. El solo hecho de que pudiese contagiarse me aterrorizaba, era incapaz de soportar la idea de que una enfermedad se adueñara de él. En momentos como ése me dominaba la consciencia del olvido, que no es sino una de las formas del infinito. Recuerdo que era como si me hubieran succionado y arrastrado fuera de la atmósfera. Estaba muerta de miedo y aquel miedo influía en mí de un modo mágico, adictivo. Al principio, cuando empezó, tenía algo agradable. Era como estar a un centímetro de un tren de alta velocidad y notar el empuje de aquella máquina gigante. Me dije a mí misma: sí, Dolly, el miedo, el terror más enorme, no es más que la onda expansiva de la muerte.

Me encontré en el suelo, sacando espuma por la boca. Me la limpié y corrí al baño a meter la cabeza bajo el agua helada, para que me masajeara el cráneo.

Me envolví la cabeza con una toalla y llegué a la conclusión definitiva de que tenía que dominar el pavor espantoso de perder a mi hijo y protegerlo por todos los medios a mi alcance de aquellas espantosas enfermedades. Sabía que no podía hacer nada contra el destino, pero de todas formas decidí luchar contra él. Sabía que el mundo está lleno de escollos, de pozos sin fondo, de abismos insospechados, pero yo, como madre, tenía la obligación de combatir todos los males, de proteger a aquel niño de las innumerables plagas y catástrofes naturales. Debía estar atenta a que no lo golpearan el rayo ni el trueno y a que la tierra no se lo tragase. Declaré una guerra sin cuartel: Dolly contra el resto del mundo. Como si le hubiese dicho a Dios que si yo era responsable de aquel niño lo era absolutamente, no aceptaba favores de nadie y no quería que nadie, ni siquiera el Todopoderoso, hiciese el trabajo en mi lugar.

Para empezar, decidí vacunar al niño de cuantas más enfermedades mejor. Me apresuré a comprar vacunas contra el tétanos, la tosferina, la difteria, la poliomielitis, las paperas, el sarampión, la varicela, la viruela, la gripe y otras enfermedades. Se las puse todas a la vez, aun a sabiendas de que estaba prohibido. No podía dejar de hacerlo, no podía dominar mi instinto maternal. El crío reaccionó con una subida instantánea de fiebre, escalofríos y espasmos. Aquello no era nuevo para mí. En las aldeas del Nepal habían muerto niños pequeños en mis manos, las madres me habían arrancado los cadáveres de sus hijos de los brazos, pero ahora, con este bebé, sentía el vértigo de la culpabilidad: ¿y si le había hecho daño?

Le administré un preparado para disminuir la fiebre, y la temperatura le bajó de golpe de cuarenta grados a treinta y cuatro. Hipotermia, aquel diagnóstico me martilleó el cerebro, empecé a temblar, el niño también temblaba mientras se iba poniendo azul. Le

hice el boca a boca y, cuando le volvió el color a las mejillas, me senté con él en la mecedora y lo acuné hasta que se durmió.

Lo metí en la cuna y me inyecté más tranquilizantes, pero no me hicieron ningún efecto. Me tendí en la camilla de mi dispensario casero y me conecté a la corriente eléctrica. Me administré unas cuantas descargas para poner un poco de orden en mi cabeza.

Me excedí con la potencia de las descargas y mi corazón empezó a fibrilar. Me hice un masaje en el pecho y me coloqué una máscara de oxígeno, pero nada me hacía efecto: estaba clínicamente muerta.

Al cabo de tres horas abrí los ojos. Mi madre estaba frente a mí, bordando. El niño descansaba en la cuna, a sus pies. Mamá bordaba un tapiz inspirado en una pintura del siglo XVIII, con una mujer que en pleno bosque estaba grabando la letra ese en el tronco de un árbol. Mamá estaba convencida de que la joven grababa el nombre de su amado, pero yo estaba convencida de que estaba grabando el suyo porque era egocéntrica como Satán.

Mamá me había devuelto a la vida con un té especial preparado según las instrucciones de su homeópata. La vieja se oponía enérgicamente a la medicina convencional y creía en todos aquellos remedios y terapias de los que se burlaban los médicos titulados. Estaba convencida de que los médicos eran unos asesinos, que habían terminado con mi padre en una conspiración siniestra que también incluía a las tabacaleras y a los fabricantes del producto con el que se quitaban las manchas del baño.

Acompañé a mamá hasta el ascensor de cristal grueso y transparente. Se cerraron las puertas tras ella y a través de las planchas transparentes vi como se hundía. Luego corrí al balcón a tiempo de verla cruzar la calle.

–Mamá –grité–, mamá, mamá. –Los trenes pasaban a la velocidad de un tifón.

Encargué en el extranjero una enciclopedia actualizada de las enfermedades infantiles y su tratamiento. Durante días enteros me

tragué todos los nombres y las descripciones, me lo aprendí todo de memoria. Fue un error tremendo, porque la información reciente es más complicada y, cuando por fin conseguí comprenderla más o menos, penetró en mi interior tan brutalmente como lo haría un maníaco sexual.

Enajenada, me dirigí al laboratorio. Observé las jaulas, los animales y sus miradas veladas, la centrifugadora, los frascos, los tubos de ensayo, el armario donde guardaba una solución de millones de virus peligrosos supuestamente erradicados, pero que yo había reanimado con mis experimentos y había incitado a resistir a las vacunas comunes.

Me estremecí. Se me erizó el pelo, las pesadas cortinas volaban, la fotocopiadora reproducía mil veces el mismo documento sin que yo se lo pidiese, la máquina de rayos x soltaba chispas y crepitaba.

Los animales se dieron cuenta de mis temblores y se agitaron, sobresaltados, en sus jaulas. Al igual que yo, sabían que tenía que evitar a toda costa que mi hijo se contagiara de todas aquellas enfermedades.

Me eché en los dedos un producto desinfectante y me los froté durante media hora hasta quedarme casi sin piel y sin huellas dactilares. Luego llené la bañera con un producto antiséptico y estuve dentro una hora y media mientras pensaba qué iba a hacer con mi laboratorio. ¿Debía prenderle fuego yo misma? ¿O bien debía contratar a un auxiliar de laboratorio y darle órdenes a distancia? ¿O quizá debía cerrarlo a cal y canto y dejar obrar a la naturaleza?

Mientras consideraba estas posibilidades, el miedo a la muerte prematura de mi hijo se intensificó de tal modo que al final me vi inclinada sobre él, comprobando su respiración por temor a una muerte súbita. Las proporciones mitológicas que aquellas catástrofes adquirían en mi imaginación me llenaban de pavor. Los nombres de las enfermedades ya no eran solo nombres, sino criaturas peligrosas.

Una voz me repetía a gritos: Destruye el laboratorio, entierra tu oscura carrera por el bien y el porvenir del niño. Quémalo en aras de la generación futura.

Cerré con llave el laboratorio para que ninguna de las enfermedades que yacían en el fondo de una probeta se escapara y se adueñara de mi hijo. Como médico, sabía que el mejor remedio contra la enfermedad es la salud.

Durante toda la noche me contuve para no entrar en el laboratorio y llevar a cabo nuevos experimentos. Toqué la puerta de madera negra tras la cual pululaban los animales que yo supervisaba: ratones que trepaban por sus diminutas jaulas, conejitos rosados que tenían una decena de enfermedades y eran víctimas de unos sufrimientos tan insoportables que deseaban morir. Temía encontrarme a punto de irrumpir en el laboratorio y sumergirme en mis epidemias. Aterrorizada, fui corriendo a la habitación del niño. Aparté las mantas y vi la cabecita y el cuerpo diminuto. Me acerqué más: ¿era posible? ¡No respiraba! Fui corriendo a buscar el estetoscopio y coloqué el frío disco de metal en el lugar exacto en el que tenía el corazoncito. Se me llenaron los oídos de sus latidos rápidos y me sentí aliviada.

Le cambié el pañal y, cuando lo vi tendido y desnudo, caí en la cuenta de que no lo había circuncidado. Enseguida consulté el listín telefónico en busca de un mohel para que oficiara la ceremonia. Como no tenía ninguna recomendación, elegí un nombre al azar.

Marqué los números y, mientras esperaba, imaginé cómo podría sonar la voz de un mohel. Imaginé que seguramente la tendría cascada, y en efecto, el hombre tenía la voz ronca. En honor a la verdad debo decir que, cuando nos encontramos en la intersección de dos calles que se cruzaban a distinto nivel, me pidió que, en concepto de honorarios por circuncisión, lo empujara bajo un tranvía en marcha.

Me contó que tenía cáncer en las cuerdas vocales y no podía permitirse perder la voz. Toda su vida había querido ser cantor en la sinagoga, pero no tenía la voz lo suficientemente hermosa. Su hermano sí la tenía, y era un cantor famoso. Eché una ojeada a su rostro violáceo iluminado por la luz de neón y hui de allí.

Al llegar a casa corrí a la habitación de mi hijo. Tomé el estetoscopio para comprobar si estaba vivo. Lo estaba, e incluso me miró con una sombra de reproche. Pero lo pasé por alto. Quería hacerle un análisis de sangre. Me pareció que estaba pálido, como si le faltase vitamina B12.

Fui como una posesa a mi gabinete de trabajo, junto al laboratorio. Giré la llave y entré para llevarme los instrumentos esterilizados. Le hice una incisión al bebé en la planta del pie para extraerle sangre. De nuevo me sobrecogió la angustia de perderlo y volví a examinarle el corazón. Latía con normalidad, pero yo estaba aterrada y me pareció oír un soplo.

Quise hacerle una intervención a corazón abierto. Me precipité al quirófano para prepararlo todo. Mientras esterilizaba los instrumentos, recordé que había dejado al bebé con la herida abierta; seguro que había perdido mucha sangre. Fui corriendo a su habitación y, efectivamente, la sangre goteaba hasta el suelo y el niño se estaba poniendo cada vez más pálido.

Sangre, sangre, necesitaba una unidad de sangre, pero no tenía, yo no soy un banco de sangre. Tampoco tenía el número de teléfono de ningún banco de sangre. Las pocas personas a las que había operado a lo largo de mi vida habían muerto en la mesa de operaciones. La operación había sido un éxito, pero el paciente había muerto. La sábana del recién nacido estaba ya toda roja. Le había hecho una incisión profunda. Corrí hasta el gabinete de trabajo, tomé los instrumentos y le hice unos puntos de sutura. Comprobé si le latía el corazón. Tenía el pulso lejano y débil, como tambores de guerra en el otro extremo del mundo.

«Lo pierdo» resonaba como un eco en mi mente, y el miedo volvió a desencajar mi rostro. Pero de pronto recobré la entereza. Recuperé mi profesionalidad. Me hice una incisión en una vena del brazo, puse una vía y recé para que funcionara.

Cuando abrí los ojos mi vida de nuevo tenía sentido. Había vuelto el color a las mejillas del bebé, la persiana estaba subida, mamá estaba sentada en la mecedora bordando, y dos mariposas blancas volaban por la habitación.

La cuna del bebé estaba limpia, todo estaba blanco e inmaculado.

–¿Cuánto hace que estás aquí? –pregunté aturdida.

–Unos minutos, solo unos minutos.

Mamá guardó silencio. Me incorporé un poco, apoyándome en los codos.

–Dime, Dolly, ¿por qué no mandas a tus asquerosos ratones al diablo? ¿Cómo es que tus bisturíes están contaminados y tus jeringas oxidadas? ¿Qué quieres demostrar, que no hay Dios? –dijo clavando en mí los ojillos apagados.

–Estoy intentando encontrar un remedio contra el cáncer –respondí después de un silencio prolongado.

–No me tomes el pelo, Dolly. No es así como se encuentra un remedio contra el cáncer, eso son tonterías. Tú cortas solo por cortar.

–No es cierto –protesté.

–¿Por qué no me has invitado a la circuncisión del niño? –preguntó al cabo de un rato.

–¿Qué circuncisión? –Le arranqué los pañales a mi bebé y vi que era cierto.

–¿Estás senil o qué? –dijo señalando con el dedo los cuatro álbumes de fotos que estaban en una esquina de la habitación.

Hojeé uno de ellos. Increíble: estaba lleno de fotos de una típica circuncisión, con orquesta y bufet. Había mucha gente, pero no se podía distinguir ningún detalle de nadie.

–También hay un vídeo –dijo señalando la pantalla de televisión con nieve.

Examiné todos los álbumes y vi varias veces el vídeo, pero no logré distinguir un solo rostro; naturalmente, tampoco el del mohel. En el vídeo solo se veía con claridad a mi hermana. Bailaba un tango en la pista. Llamé a mi madre para preguntarle quién era el mohel y ella me dio el teléfono del departamento de reclamaciones de la compañía aérea nacional, Bi-Air.

Cuando telefoneé a la compañía tuve un *déjà-vu*, porque mi padre había trabajado allí treinta y dos años, hasta su muerte.

En el departamento de reclamaciones me dijeron que, en efecto, con ellos trabajaba un mohel, y lo pusieron al habla. Era discreto, no me dijo quién lo había contratado, pero dejó entrever que se trataba de alguien alto y fuerte con el pelo plateado y, por lo que sabía, era un piloto de la compañía. Creía que era el abuelo del niño. Le pedí más detalles del supuesto abuelo, pero el hombre mantuvo la boca cerrada.

Le administré a mamá un somnífero, se cayó de la silla y se puso a roncar en la alfombra. Alimenté al niño, le hice tomar medicamentos contra la infección y lo dormí. Tomé dos revólveres de la armería, uno para la mano derecha y otro para la izquierda, además de algunos otros artilugios, y salí a la calle.

Era el mes de agosto; caía una nieve blanda que cubría las aceras y las calles, y la gente caminaba con sus gorros rusos de piel. Detuve un taxi y le pedí al taxista que me llevara al aeropuerto Ben Gurión. Allí era verano y el sol pegaba en los cráneos internacionales con una pacífica violencia. Entré en los servicios públicos y me fui quitando capas de ropa. Las metí en una maleta y mandé la maleta a casa.

Con paso decidido, me dirigí a la oficina de mi difunto padre, en el departamento de salarios de la compañía. Sabía que allí disponían de una lista actualizada de los pilotos.

Saqué uno de los revólveres y exigí a la empleada:

–¡La lista de pilotos, rápido!

–Pero es información reservada, Dolly –dijo.

Entonces le disparé al corazón.

Otro empleado, un enano, se dirigió cautelosamente hacia un armario murmurando que le gustaba Luis Buñuel. Le metí una bala justo entre dos costillas. El nuevo encargado del departamento, el sustituto de mi padre, se había metido bajo la mesa. Acabé con él. Nada personal.

Abrí los archivadores. Estaban ordenados como siempre. Algunas etiquetas estaban escritas de puño y letra de mi padre. Enseguida di con la lista de pilotos. No tuve ninguna dificultad: eran los que tenían el salario más alto. Salí rápidamente del barracón en el que mi padre había consumido su existencia.

Entré en la oficina del director y le inyecté a aquella especie de askenazí, Idelman o Mimelman, que había intimidado y humillado a mi padre, una sífilis incurable. El tipo imploraba que lo curase, y yo lo atraje hasta mi casa haciéndole creer que le daría masajes.

Nada más entrar en casa con el prisionero, le metí una inyección en las nalgas, lo tendí en una camilla, lo até a ella y colgué del techo una cuerda en cuyo extremo había un ratón hambriento y psicótico. No estaba segura de a cuál de los dos estaba torturando más, pero de todos modos era emocionante.

Entonces sufrí otro arrebato y, en lugar de volcar mi cólera sobre el torso desnudo del prisionero, me ocupé de mi bebé. De nuevo las palabras «soplo en el corazón» emergieron a la superficie como el rumor en la maleza durante una emboscada. Me quedé inmóvil, como una persona hipnotizada que sigue las órdenes de la consigna grabada en su cerebro. Recordé que, en el ardor de la venganza, había olvidado el estado del corazón de la criatura.

Me presenté en su cuarto con la bandeja mortífera. Me coloqué la máscara verde de los cirujanos y empecé a explorarlo. Todo estaba en orden, el crío estaba bien, tenía un corazón adorable, no se oía ningún soplo. Pero aunque el bebé estaba sano y salvo, yo estaba resuelta a cortar. Me asaltó esa duda perpetua que padezco. Quería comprobar con mis propios ojos que todo estaba en orden y luego examinar mi propio examen y luego asegurarme de que el examen del examen estaba bien, etcétera.

Lo hice, anestesié al niño. Me puse unos guantes blancos, inmaculados, y comencé a serrarle el tórax. Ante mis ojos aparecieron sus órganos internos: el corazón, los pulmones. Una vez abierto, me puse a hurgar por allí hasta que di con el estómago, organicé una inspección y procedí a censar los otros órganos.

Todo estaba en su sitio, no había ninguna anomalía. Lo comprobé una y otra vez, centenares de veces, consulté libros y comparé datos. Todo funcionaba al cien por cien.

Aquello me llevó unas seis horas. Cerré al bebé y le administré una transfusión para reanimarlo. Estaba tranquila. Me senté en la butaca con la cabeza echada hacia atrás, contemplando la manecilla segundera del reloj. En la sala de interrogatorios, el superior de mi padre vociferaba y gemía. Por esa razón tardé una hora en oír que mi bebé se quejaba, y entonces corrí a su habitación.

Examiné de arriba abajo la enorme cicatriz. En vez de lamentar que no podría llevar tanga, se adueñó de mí una duda, que me devoraba como el cielo había devorado a Saint-Exupéry. Me arrepentí de no haber aprovechado la ocasión para operarle también la cabeza al niño. Rechacé aquel pensamiento y fui a cambiarle el ratón a mi prisionero, que se hacía el valiente a pesar de tener la cara completamente destrozada.

Entre nosotros existía el acuerdo tácito de que se lo merecía.

Cogí la lista de pilotos y una lata de Coca-Cola light y salí a la terraza. Bajo la capa del firmamento todo se veía más claro. Fui señalando con un rotulador fluorescente los pilotos que tenían pinta de ser esbeltos y con el pelo plateado. Marqué el número de teléfono de uno de aquellos príncipes de pelo argentado. Me contestó su mujer.

–Hola –le dije–. ¿Podría hablar con Armand Levi?

–¿De parte de quién?

–De Dolly, de la doctora Dolly. Llamo desde Pakistán. El tiempo apremia, ¡por favor, dese prisa!

–Lo siento, pero Armand no está en casa, está volando.

–¿Cuándo regresa?

–Mañana a las ocho.

El bebé gritaba. Colgué. El jefe de mi padre había perdido el sentido. Tiré hacia arriba de la cuerda con el ratón y unté sus

heridas en carne viva con excrementos de conejo. Luego cogí a mi hijo en brazos y lo mecí para tranquilizarlo.

Le canté toda clase de canciones mientras me acercaba a la barandilla del balcón. A menudo, incluso cuando estoy en Dolly City, me siento como si fuera de otro lugar. Observo los atascos de tráfico, oigo el ding-dong del gran reloj, el gong del restaurante chino, y a pesar de todo, me asalta un temblor, deseo volver a casa, aunque ésta sea ya mi casa.

Miré hacia abajo, al montón de basura, la carroña, los lejanos navíos, y sentí escalofríos. Por un instante estuve a punto de arrojar al bebé. Volví a comprobar una decena de veces si todavía lo sostenía en los brazos y me retiré de la barandilla antes de cometer un acto del que más tarde pudiera arrepentirme. Siempre la misma trampa apestosa. La posibilidad misma de lanzarlo balcón abajo me angustiaba tanto como si lo hubiera hecho.

Llamé a un soldador de la calle de los Soldadores para encargar unas rejas. Me dije a mí misma que con los niños no había que cometer tonterías ni correr riesgos.

Al cabo de una hora llamaron a la puerta. El soldador y yo recorrimos juntos cada habitación, cada balcón, cada ventana. Hasta le pedí que colocara rejas en los sumideros de las bañeras y en los lavabos. No quería imprevistos, así que le pedí que enrejara también todos los grifos.

–Dígame –me soltó finalmente–, ¿se encuentra usted bien?

–Solo quiero seguridad –respondí.

–No quiero participar en esta tontería, lo siento –dijo, y se dispuso a salir.

–¿Y a ti qué más te da? –le grité–. Yo te voy a pagar, ¿no?

Dio media vuelta y con el mismo impulso lanzó la cinta métrica al otro extremo de la habitación.

–Recógela ahora mismo –dije autoritaria–. No tengo por qué soportar tus berrinches.

–¿Mis berrinches? ¿Los míos? –replicó sofocado y a gritos–. ¿Mis berrinches, ha dicho?

Se puso rígido un instante para luego caer redondo al suelo, no me quedó más remedio que comprobar su muerte y arrojarlo abajo, a los trabajadores árabes que viven en el primer piso del edificio. Que se lo coman. Me desembaracé también de mi prisionero, del que ya no quedaba casi nada.

Llamé a otro soldador que no hizo pregunta alguna. A medianoche ya estaba toda la casa enrejada. Salí a la terraza y respiré. El aire estaba inmóvil y los pináculos cimbreantes de las torres que habitualmente se balancean de aquí para allá estaban erectos como los mástiles de las naves. Los barrotes me estropeaban las vistas que había tenido toda la vida. Me dio un escalofrío, tenía la frente helada como el metal. Decidí que lo primero que haría por la mañana sería llamar a otro soldador para que sacara todas aquellas rejas. Me ponían sumamente nerviosa. Y si tenía miedo de arrojar al bebé en un momento de inconsciencia, solo había dos posibilidades, que lo lanzara o que no. El hecho de tener dos posibilidades, en lugar de infinitas, me proporcionó una momentánea sensación de seguridad. Qué clase de seguridad, no lo sabía.

Por la mañana vino un soldador y quitó todas las rejas. Las amontonó en el salón y me preguntó:

–Señora, ¿qué quiere hacer con ellas?

–Por mí te las puedes tragar, gilipollas –le contesté agitada.

El soldador me miró asombrado.

–Dispense, señora, no le conviene ponerse tan nerviosa.

–¡Guarro! No me digas lo que me conviene. ¡Lárgate de aquí!

Él me sonrió amigablemente, se cargó unos cuantos barrotes torcidos a la espalda y se dispuso a salir.

–Tiene una carta bajo la puerta –me dijo. Se agachó y me tendió un sobre.

Era la enésima carta de una correspondencia que llevaba sosteniendo los últimos tres años con la burocracia. Para que me reconocieran el título de medicina de Katmandú, me exigían una larga residencia en un hospital, a lo que yo me negaba. No estoy

dispuesta a pasar por ningún otro curso o similar nunca más. Ya había tenido suficiente con ocho años en la Universidad de Katmandú.

Cuando compré este apartamento, un antiguo inquilino me contó que el diseño era obra de un arquitecto beduino que había vivido allí años atrás y que estaba dotado de un gran sentido espacial. No sé con exactitud el tamaño del piso, podría ser un kilómetro cuadrado, podrían ser trescientos metros. De vez en cuando cae un mueble en vuelo libre desde alguna de las terrazas del edificio, a veces algún suicida cruza el horizonte y sus gritos son absorbidos por el estrépito de los trenes, los coches y los aviones.

Me senté en la terraza mirando hacia el exterior. Unas moscas estaban molestando al bebé. Me tomé un café descafeinado con endulzante sin ciclamato y puse en marcha el ventilador para ahuyentar las moscas. De pronto, de lo más profundo de mi desesperación surgieron pensamientos terroríficos que me estrecharon en sus brazos de nuevo como una serpiente pitón. Traté de combatirlos dejando que se expresaran, que alcanzaran sus propios límites, y en efecto, al mirar el desastre a la cara y calibrar la magnitud de la catástrofe, pude tranquilizarme un poco.

Desde el instante en que la compañía Bi-Air entró en mi vida, todo ha sido más fácil para mí y supongo que también para el niño, porque en lugar de fastidiarlo a él y de torturarme a mí misma, he empezado a importunar a los pilotos de la compañía. Lo que me preocupaba era que un buen día, con el pretexto de ser su abuelo, uno de ellos se apoderase de mi pequeño proyecto. No podía soportar la idea de que alguno de los trabajadores de Bi-Air pudiera tocar a mi hijo y sentirse como un mentor o un abuelo.

Hice escuchar al niño la melodía de una caja de música por lo menos doscientas cincuenta veces, hasta que vomitó toda la leche de cabra que acababa de tragar, y luego empecé a someter a los pilotos a un acoso de grado cada vez mayor, como las quemaduras. Les mandé a casa quesos holandeses y pizzas de cebolla. Aceché a sus hijos a la salida de la escuela y les llené la fiambrera de mierda.

Bombardeé a los pilotos con telegramas de pésame por la muerte de sus parientes y les hice llegar una infinidad de recortes de periódico con noticias sobre los aviones desaparecidos en el triángulo de las Bermudas.

Lo que pretendía era socavar un poco su autoestima, sacudir la alfombra persa bajo sus pies. Quería demostrarles que no solo en la teoría era posible ahogarse en el fuego y abrasarse en el agua.

Una noche me desperté a las tres de la madrugada con el deseo acuciante de operar. Tiempo atrás, cuando me asaltaba ese impulso, yo solía ir al laboratorio a abrir y cerrar animales, pero desde que había suspendido mis investigaciones y el laboratorio era tabú, no tenía nada que hacer ni donde intervenir, porque las operaciones de cadáveres me tenían harta.

En mi fuero interno sabía, lo sabía muy bien, que tenía prohibido entrar en la habitación del niño. Él dormía profundamente. Me acerqué vestida de verde como los cirujanos, lo desnudé y lo puse hecho un ovillo sobre la helada mesa de operaciones. El niño temblaba de frío. Le conté las vértebras. Me pareció que le faltaba una. Las conté una y otra vez, y cuando estuve segura al cien por cien, al doscientos por cien y hasta en un millón por cien, introduje toda clase de datos de mi hijo en el ordenador, que empezó a gemir como una mujer que está de parto.

El bebé todavía estaba echado, encogido. Lo anestesié, sin saber aún por dónde cortar. Traté por todos los medios de reprimir mi impulso de incordiarlo, intenté administrarle una simple lavativa, pero fue en vano.

Tomé un bisturí y empecé a cortar por aquí y por allá. Le grabé en la espalda el mapa del Israel bíblico tal como lo recordaba, marqué todas aquellas ciudades filisteas como Gat y Ashkelon, dibujé con una cuchilla el lago de Galilea y el Jordán, que vierte sus aguas al mar Muerto, que se evapora sin cesar.

Unas minúsculas gotas de sangre habían empezado a brotar en los cauces de los ríos que atraviesan el país. La visión del mapa de

Israel trazado por mi mano inexperta en la espalda del bebé me produjo escalofríos de placer. Finalmente sentía que cortaba una carne con vida. El niño gemía de dolor, pero yo iba a lo mío. Cuando terminé de grabar los puntos que mi educación descuidada sacaba de los cajones entreabiertos de mi mente, volví a ser lo que era, un médico, y entonces limpié, vendé y cosí donde convenía.

Contemplé la espalda con los cortes: sin duda alguna, era un mapa de Israel.

Por la noche, cuando padecía insomnio, salía a la terraza para combatirlo. Dolly City se mostraba en toda su confusión y fealdad. Dolly City era una ciudad amputada, troceada, un asco de ciudad.

Traté de anegar el ruido infernal de la urbe, el golpeteo de las máquinas, el estrépito y el traqueteo de los transportes que se vacían sobre Dolly City: los funiculares, trenes de vapor, expresos, barcos, tranvías, aviones, coches, camiones, motos; todos con sus recorridos entrecruzados, chocando unos contra otros, me sumergían en una horrible inquietud que me volvía loca.

En pleno día, el cielo era un inmenso atasco de aviones plomizos. Busqué un pedazo de cielo azul para reposar los ojos. Eran los escasos momentos en que trataba con todas mis fuerzas de sentir que formaba parte de un mundo mucho más vasto que Dolly City, pero me resultaba casi imposible. Era prisionera de mí misma, no podía huir. No podía sino contemplar los trenes rápidos que desaparecían engullidos por los negros túneles del infinito, de otras personas, del resto del mundo.

Una tarde, tendida en la alfombra, examiné con atención el cuerpo del niño como si estuviera allí a mi lado y no en su habitación. El ordenador había localizado focos conflictivos en la zona inferior del cuerpo y se me ocurrió algo: los riñones, Dolly. ¡No le has examinado los riñones! Me esforcé en quedarme inmóvil. Quise convencer mil veces a mis manos peladas de que no tocaran al niño, que bastaban los análisis de rutina para saber que los riñones le funcionaban bien.

Me pasé un día entero rebuscando en su orina por si descubría indicios de la carencia alarmante de alguna proteína o de alguna infección, pero el niño estaba sano. Sin embargo, hice lo que ya había hecho en el pasado, corté, busqué, miré y palidecí: el niño solo tenía un riñón. Conté cincuenta veces y el resultado más frecuente fue el uno.

Me hundí. Con un resultado tan concluyente, no había más alternativa que someterlo a un trasplante. Me devané los sesos para averiguar de dónde podría sacar un riñón, y al final se me ocurrió un plan quinquenal.

Tomé un taxi para ir a la calle Ben Yehuda, al edificio de Bi-Air. Entré con discreción y luego, alterada y emocionada, me senté frente a una empleada diligente que hacía cálculos. Mascullaba cifras y operaciones como si salmodiara la Biblia.

Esperé cinco minutos hasta que fijó en mí una mirada interrogante.

–Sí –le dije–, estupendo. Mírame, mírame bien.

–¿No es eso lo que estoy haciendo? –preguntó–. ¿No es eso lo que estoy haciendo desde hace quince años?

Se puso en pie, furiosa.

–Tranquila –le dije–. Respira profundamente, no seas tan susceptible. Deja que las cosas te entren por un oído y te salgan por el otro.

–¿Cree que es muy fácil? –bramó con voz chillona–. Usted…

–¡Mírame! ¿No te recuerdo a alguien?

–No.

–Mírame bien, zorra. Los rasgos de la cara. La nariz. Sobre todo la nariz. En especial la parte inferior, los orificios nasales. Los ojitos pequeños, las cejas claras. El nerviosismo, los nervios. ¿Quieres más pistas?

–Sí, cuantas más, mejor.

–Mi padre trabajaba aquí.

–Y a mí qué me cuenta.

–Se llamaba S…

–Qué interesante.

–Era el director del departamento de salarios. Murió de un mesotelioma, un tipo de cáncer de pulmón, raro y muy maligno. Lo produce el asbesto. Es conocido en la bibliografía médica…

–¡Ya basta! –gritó la empleada, aterrada–. Nada de enfermedades, por favor. Soy hipocondríaca.

–Y yo médico.

–¿De verdad?

Los ojos le brillaron un instante, luego la locura los veló, se inclinó hacia delante y musitó:

–Échame un vistazo a los ojos, cariño, y hazme un diagnóstico. ¿Tengo las pupilas iguales?

–Sí.

–Gracias a Dios –dijo, aliviada.

De nuevo tenía la mirada clara, pero se le volvió a enturbiar cuando me mostró una mancha marrón claro en el dorso de la mano:

–¿Y esta mancha es un cáncer?

–No creo que lo sea.

–Dime, por favor: mi hermano sufre jaquecas. ¿Te parece que podría ser el inicio de una meningitis? ¿Cuánto se tarda en saber si uno se ha contagiado o no?

–Dame un billete para Düsseldorf, clase turista, y quiero un descuento.

–¿Por qué?

–Porque tienes un cáncer. Estás a punto de morir. Debes luchar contra la enfermedad, ¡no te rindas!

Cerré el puño y lo agité en el aire.

–Tengo que tomar el avión ahora mismo –dijo ella, cogió el bolso y se puso precipitadamente el pañuelo multicolor.

–¿Adónde vas? –preguntó la compañera que se sentaba a su lado.

Pero la empleada ya se había plantado en la calle.

–De hecho, lo que necesito son dos billetes –le pedí a la compañera de al lado–, uno para mí y otro para mi bebé. ¿Cuánto me va a costar, teniendo en cuenta que mi padre trabajó durante muchos años en Bi-Air?

–Eso no le va a servir para nada. Su derecho a un descuento o a un billete gratuito murió con él.

La empleada hizo toda suerte de cálculos complicados y al final lanzó una cifra total al aire. Yo rellené un cheque posdatado. Al salir del edificio con los billetes, me fijé en la escalera en espiral que ascendía por la fachada de la compañía aérea. Llegué al tejado, quise lanzarme de cabeza pero en el último instante vi un avión de Bi-Air avanzando hacia el mar azul y lo contemplé hasta que desapareció entre las nubes blancas.

Tardé tres días en esterilizar y empaquetar mi instrumental quirúrgico, y al día siguiente ya estaba ajustando mi cinturón y el de Hijo rumbo a lo desconocido. A mi lado se sentó una mole de hombre que pesaba al menos doscientos kilos, de tez oscura y con peluquín. Sufría de las muelas y sollozaba, las azafatas iban y venían a su alrededor y le daban toda clase de calmantes y coñac para mitigar el dolor, pero era en vano; solo una inyección que le administré en el pliegue del abdomen le hizo callar, probablemente para siempre. Quería aprovechar para echar un sueñecito, cuando de pronto vi a una azafata que, corriendo entre los asientos, se dirigía a los viajeros:

–¿Hay algún médico en el avión? ¿Hay algún médico?

Nadie se movió de su asiento, salvo yo.

–Soy médico, ¿qué ocurre?

–Acompáñeme, por favor –dijo mientras arrancaba al bebé de su asiento–. Hay una mujer a punto de dar a luz.

–¿Dónde está?

–En la cabina del piloto.

–¿Quién es el piloto?

–Goldberg.

–Ah.

Si la memoria no me fallaba, Goldberg no figuraba en la lista.

–¿Es nuevo?

–Es un veterano. Ya tiene un pie fuera. Su hija y yo fuimos juntas al instituto. Usted no parece judía.

Se había fijado en la pequeña estrella de David de oro que me brillaba en el pecho.

–Es muy guapa. Estudia medicina en el politécnico.

–¿Medicina en el politécnico? –contesté sorprendida–. En el politécnico no se estudia medicina.

–¿No?

La azafata se encogió de hombros.

Ayudé a dar a luz a una señora tendida en el suelo de la cabina del piloto. Salió un niño muerto. La cosí mientras esperaba que el piloto se girase para ver si tenía algún parecido con mi hijo, pero él miraba al frente.

La decisión de ir con el niño a Alemania, a Düsseldorf, para conseguirle el riñón de un niño alemán atendía a razones puramente morales. Mi primer pensamiento fue de orden práctico. Sopesé dónde sería posible raptar a un niño y extraerle un riñón sin que le importara a nadie. Lo primero que me vino a la mente fue Brasil, porque allí los niños de un año dirigen prostíbulos. Pero me pareció demasiado lejos y además no me apetecía bailar samba. Entonces cruzó por mi mente una segunda opción, un bebé árabe. Los árabes nos odian, y nosotros a ellos. Solo tengo que secuestrar a un niño árabe, extraerle el riñón y trasplantarlo en el cuerpo de mi hijo único. Pero al llegar a este punto hice una mueca. Todo el mundo sabe que está prohibido meterse con los árabes, incluso hablar con ellos es peligroso pero tampoco debes darles la espalda o estás muerto. Entonces me puse a pensar en la historia de la humanidad. Entre todos los hombres que habían habitado la tierra, ¿cuáles

habían sido los mayores cerdos, los que habían batido todos los récords? La respuesta era evidente.

No me importaba lo más mínimo extraerle un riñón a un niño de un orfanato de Düsseldorf para trasplantárselo a mi hijo. Todo lo contrario, sentía que tenía una misión que cumplir. Sabía que hacía lo correcto. En el peor de los casos, corría el riesgo de matar a uno o dos bebés alemanes.

De camino al hotel, en el taxi que seguía al minibús del equipaje de la compañía israelí Bi-Air, nos cruzamos con un grupo de neonazis que esgrimían pancartas en su lengua y agitaban el puño en dirección al minibús judío.

El hotel era magnífico. Jamás había visto un esplendor y un lujo como aquéllos. Los camareros iban de punta en blanco y el recepcionista, suave como el culito de un bebé, me dio la llave de mi habitación en el piso ciento setenta y tres.

Una vez instalada en la suite, me ocupé un poco del niño hasta que se durmió. Entonces empecé a hojear el listín telefónico en alemán. Buscaba orfanatos alejados, instituciones abandonadas en algún claro del bosque, sótanos en pueblos perdidos. Encontré unos cuantos.

Metí al niño dentro de una maleta perforada y salí bajo la lluvia en busca de un taxi.

La lluvia golpeaba mi cabeza dura, golpeaba la maleta, penetró en su interior y mojó al bebé, que no cesaba de estornudar. Me maldije por no llevar mi aparato de rayos x, con el que podría haberle hecho una radiografía de pulmón para ver si estaba incubando algo.

El taxista era el típico alemán cabeza cuadrada, asqueroso, daban ganas de vomitarle encima, un verdadero infrahumano. Criticó mi forma de llevar el bebé. Ni tan siquiera le respondí. El día que el comentario de un alemán me produzca algún efecto, las gallinas tendrán dientes. Aquel imbécil siguió con sus críticas, pero me contuve. Era mi hijo y tenía derecho a educarlo a mi modo. Quería

enseñarle lo que a mí no me habían enseñado, a vivir con privacidad, entre cuatro paredes.

Nos adentramos en el bosque y empezó a nevar. Al cabo de treinta minutos de viaje por senderos fangosos, despedí al taxista frente a un edificio aislado, viejo y decrépito, y llamé a la puerta de hierro oxidado.

Estaba tensa e impaciente. Me habría gustado terminar con aquello de una vez y regresar a Dolly City. No podía seguir yendo de un lado al otro por el ancho mundo.

Me abrió una jovencita morena que dijo que se llamaba Stephanie Poldark y que era ninfómana. En realidad, aquello no tenía ninguna importancia.

No había que ser muy listo para adivinar que Stephanie Poldark era un nombre falso. Me ofreció un maravilloso pastel de queso con nata. Fuera de serie. Después de haber comido tres porciones –las píldoras antidepresivas me producen deseo de azúcar–, le pregunté en inglés si su abuelo materno era oficial de las SS.

–No, pero mi abuelo paterno sí era oficial de las SS, ¡me da tanta vergüenza, ni se lo imagina! Por esa razón decidí dedicar mi vida a ayudar al prójimo.

Abrazó a tres niños miserables que se apresuraron a cobijarse bajo sus alas. Pero sus riñones no me interesaban. Estaba buscando a alguno de la edad de mi hijo.

–Quisiera confiar este bebé a sus fervorosos cuidados –le dije mientras sacaba a Hijo de la maleta–. Es suyo, ya no lo necesito.

–Entonces, démelo –dijo–, ¿Es judío? ¡Se ve enseguida!

Lo acarició tiernamente y le besó los dedos, cosa que yo no había hecho nunca.

–Pero antes –añadí– querría pasar unos días aquí, para ver si la cosa funciona…

–Sí –dijo Stephanie Poldark, que parecía sumida en sus reflexiones–. A veces me pregunto –dijo inmersa en una densa nebulosa de pensamientos– ¿hasta cuándo?, ¿hasta cuándo voy a seguir dedicando mi vida al prójimo? ¿Cuándo podré por fin follar

con quien yo quiera? ¿Hasta cuándo sufriré el castigo que yo misma me impuse? ¡Quiero ser libre! ¡Libre de estos sentimientos de culpabilidad! ¡Ya no puedo más!

Guardó silencio y sus lágrimas resbalaron sobre el rostro de mi hijo.

–Stephanie Poldark –dije de repente, porque sabía que una herida abierta es también una gran oportunidad–. Quiero libre acceso a los riñones de sus bebés de hasta seis meses.

–Lo que usted desee. Pero hágame un favor. Ya que los va a abrir, ábrales también la cabeza y averigüe cuál es el tornillo que tenemos flojo los alemanes.

Le respondí que sí, que sí, pero ni por un momento pensé de verdad en hacerlo. ¿De qué serviría ahora constatar que las cabezas alemanas están llenas de mierda?

Pasé la noche entera trabajando. Probé los riñones de los cuarenta bebés del orfanato que tenían la edad apropiada. Algunos murieron entre mis manos, todos con las tripas fuera.

A las cinco de la madrugada le transplanté un riñón al crío. Lo cosí y con el hilo sobrante hice unos cuantos puntos en forma de mariposa a los otros niños, pero las mariposas, en lugar de impedir que la sangre fluyera, echaron a volar y los niños fallecieron uno tras otro.

Me sentía incómoda con Stephanie Poldark, que nos había recibido tan bien. No sabía cómo decirle que algunas docenas de niños habían desaparecido. Pero ella se lo tomó bien y me dijo secamente que no tenía por qué sentirme culpable.

El trasplante fue un éxito, el cuerpo no rechazó el órgano y todo salió a pedir de boca.

Me despedí de Stephanie y de sus niños y regresamos a casa. Esta vez también preguntaron si había un médico en el avión y se levantó una tal Judy que, si ella era médico, yo era el Doctor Zhivago. Pero quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Al cabo de cinco minutos de estar en casa, volvió a empezar la crisis. Esa duda, ese temblor. ¿Y si al niño no le faltaba ningún riñón? ¿Qué ocurriría si no lo había mirado bien y ahora tenía tres riñones? Después de todo, yo no era más que una simple mortal, seguro que me había equivocado.

Era mucho más probable que me hubiera equivocado yo que Dios.

Esa nube, esa nube negra y abominable penetró en mi alma y la dejó a oscuras. ¡Operar! ¡Operar! ¡Examinar! ¡Comprobar!

Lo había contado miles de veces. Una vez me salían dos, otra tres. Una vez conté cuatro y otra uno. Podría haber ido a ver a un médico convencional para que lo examinara, pero no confiaba en ninguno y sobre todo no quería exponerme. Entonces, ¿qué debía pensar? ¿Cuántos riñones tiene un niño? Decidí darme un descanso para luego volver sobre el asunto.

Lo anestesié y lo dejé abierto, de lado, como un teléfono descolgado. Luego me eché en la alfombra pero no conseguí pegar ojo. A continuación llamé a la puerta de Itsik el vecino, que en aquel momento estaba magullando el clítoris de una mujer, y le dije:

–Por favor, necesito una segunda opinión. No me encuentro muy bien. ¿Querrías venir a contar los riñones de mi hijo?

–¿Tienes un hijo? –preguntó asombrado–. ¿De quién?

–¿A qué te refieres con eso de «de quién»? –repliqué y cambié de tema–: Es un lío, un lío enorme. No te lo puedes ni imaginar.

Nos montamos en el ascensor.

–Y dime –dijo–, ¿cómo sabré cuáles son los riñones? ¿Cómo voy a saber que no es el hígado?

–Tú cuenta, y yo te diré lo que es –le repliqué secamente.

Itsik el mago contó tres riñones y yo me desvanecí. Creyó que había muerto y estuvo a punto de lanzarme por la ventana, pero por suerte para mí abrí los ojos. Lo mandé a su casa y me apresuré a fisgonear por el cuerpo del niño. Empezó a perder sangre y yo, tonta de mí, había olvidado cuál era el riñón trasplantado, no conseguía distinguirlo de los originales. Al fin, como era cuestión de vida o muerte, le arranqué uno. Si estaba escrito que este crío tenía que

morir en una mesa de operaciones, ¿qué podía hacer yo? Hacía todo cuanto estaba en mi mano.

Lo cerré, le cosí un pedazo de piel que había seccionado de mi muslo y me tendí en la alfombra a leer los semanarios de Dolly City, pero no podía concentrarme. Me sentía pesada como un tanque, con un enorme deseo de cambiarlo todo de arriba abajo. Me moría por dejar Dolly City, por abandonar esa ciudad, por alejarla de mí como si fuera un perro sarnoso que siguiera mis pasos. Dolly City me ponía enferma. Estaba tan desesperada que incluso dejé de acosar a los pilotos.

Miré por la ventana, pero ¿durante cuánto tiempo puedes mirar por la ventana los trenes en marcha? ¿Y hacia dónde van tan rápido? En Dolly City van y vuelven de Dachau, pero no la famosa Dachau, sino sencillamente un cartel donde está escrito DACHAU, como una especie de monumento conmemorativo. ¿Cuánto tiempo puedes dejar que los ojos trabajen horas extras pasando de una imagen a otra hasta que ya no sabes lo que estás viendo?

Había que encontrar una solución.

Junio, julio, agosto y septiembre habían quedado atrás. El niño tenía ya nueve meses de edad y el peligro de muerte súbita era mínimo. Yo seguía haciéndole las pruebas de rutina y, periódicamente, pequeñas operaciones estéticas para tratar de borrarle las cicatrices. Se me ocurrió una idea; mejor dicho, un invento. En lugar de abrir y cerrar en cada operación, se podría ajustar en cada lugar crítico una especie de persiana veneciana y abrir un poco las laminillas cuando fuera necesario.

El día que, al año de edad, el crío se sostuvo sobre las piernas y empezó a caminar, al ver frente a mí a una persona, pequeña pero persona al fin, se me metió una idea en la cabeza: ¿y si estuviera desarrollando un cáncer? El miedo al cáncer es el más terrible de todos. Creo que es la enfermedad más sombría que el ángel de la muerte haya podido inventar. Esa enfermedad es una gran trampa, tanto para el médico como para el paciente, porque nunca se puede

saber con absoluta certeza si ha empezado ya a florecer en las profundidades del cuerpo de una persona. Localizar el brote incipiente es tan difícil como atrapar un pájaro en pleno vuelo. Aunque lograras atraparlo, en el mejor de los casos te caerías de bruces y te romperías la mandíbula.

En el curso de mis investigaciones anteriores había intentado con todas mis fuerzas encontrar un remedio contra la enfermedad, pero había sido en vano. Mis experiencias me habían conducido siempre hacia otros derroteros. Llevada por mi imaginación había ido siempre más allá, del cáncer a la investigación pura, y de este modo había descuartizado toda clase de animales, así porque sí, sin razón alguna.

Por lo tanto, a pesar de que el niño no tenía cáncer, a pesar de que estaba clarísimo que no tenía cáncer, decidí sin embargo someterlo a un tratamiento de quimioterapia y grandes dosis de vitamina A.

Antes el remedio que la enfermedad.

El niño adelgazó y perdió el pelo, pero yo sabía que había que luchar contra esa terrible enfermedad, que había que frenarla.

Por las noches no podía dormir. En primer lugar, debido a los trenes y a la autopista, que me volvían loca. Con el transcurso de los años, la población de Dolly City había ido en aumento y la ciudad se había llenado de toda suerte de infraseres e infrahombres que pedían cada vez más vehículos, más y más carreteras y vías férreas. No hubo más remedio que construir esas carreteras y vías férreas unas encima de las otras, y ahora el horroroso estrépito de los trenes era más fuerte que nunca. El ruido estaba tan integrado en mi ser que a veces pensaba que era fruto de mi imaginación.

Y cada vez que lo pensaba, me molestaba en ir a comprobarlo una vez. Y otra vez. Y otra más. Hasta que estaba del todo segura. Del todo, del todo, del todo, de que los trenes que veía allí abajo, los coches que chocaban, la conmoción del mundo moderno estaban allí, allí. El eco lo dominaba todo hasta tal punto que no podía distinguirlo del ruido original.

Esos ataques de mi enfermedad, la enfermedad de las posibilidades infinitas, la determinación de la duda, estaban relacionados con la existencia misma del niño. A menudo, en momentos particularmente difíciles, mandaba un SOS a mi madre para que con su experiencia viniera a decirme qué era lo que veía. Ella me decía: Es una mesa, Dolly, una silla, un salón, una televisión de circuito abierto, abierto. Yo soy mamá, tú eres Dolly y aquí está tu bebé. ¡Qué precioso bebé! ¡Qué tierno!

¡Qué regresión! ¡Qué catástrofe! A mis treinta y tantos años, viene la vieja y se esfuerza en demostrar que el balón es redondo, que el balón es rojo, que el balón es verde y bota.

Quien sacó provecho de todas aquellas explicaciones superfluas fue el pequeño. Escuchaba a mamá con los ojos negros abiertos como platos. Tenía la cabeza tan pequeña, del tamaño de una pelota de tenis, que a veces me entraban ganas de darle con una raqueta.

Antes de continuar, hay algo que me gustaría dejar claro: no quisiera dar la impresión de que adopté a un niño para destruirlo. Yo solo he querido protegerlo de todo mal. Deseo que viva hasta los ciento veinte, ¿qué tiene eso de malo? Exijo un control en todos los frentes, ¿qué tiene eso de malo? ¿Qué hipocresía es ésta? Si en ciertas sociedades pueden obligar a un hombre a arrancarle el clítoris a su hermana con los dientes, ¿no tengo yo derecho a exigir un poder absoluto para proteger a mi hijo?

SEGUNDA PARTE

Soplaban vientos, vientos maléficos, vientos que hacían llover pis sobre los ciudadanos, pis disfrazado de lluvia. Observaba el movimiento incesante de la ciudad, la demencia de los vehículos, la furia del autobús cuando espera que todas las viejas seniles y despistadas suban, los revisores que durante las pausas se follan a los conductores en los mohosos asientos de atrás. Mi casa también huele mal, desprende un tufo a humedad rancia.

Según mis cálculos, el niño tenía un año y diez meses. Sentado en la alfombra, jugaba con los juguetes esterilizados que había preparado para él: cadáveres pasteurizados de animales del laboratorio, ranas estériles. Se las llevaba a la boca y rumiaba, rumiaba como una vaca y me impedía ver en la televisión *McMillan y esposa*.

Me sacaba de quicio aquel sonido de chupeteo incesante, y hasta que no lo encerré en el armario no pude ver con tranquilidad a McMillan chupeteando a su mujer.

Me tumbé de nuevo para ver a la pareja follando. Llevaban ya cinco episodios consecutivos con la misma cópula. Saben cómo apañárselas para que dure, es muy fuerte.

Cuando se tomaron un descanso, escuché con atención por si oía a Hijo. El silencio era inquietante. Me puse en pie y abrí el armario de melamina. No sé cómo diablos lo hizo, pero mientras yo estaba viendo la televisión el pequeño trepó hasta alcanzar un montón de cuchillas, las cogió y se cortó con ellas en la epidermis y la dermis y se dibujó toda suerte de esbozos. Estaba sentado y observaba con interés los hilillos de sangre que brotaban de los cortes. Lo saqué al instante del armario y, como una comadrona con un recién nacido, le propiné un par de sonoros cachetes y le grité:

–¿Quieres que te mande a un psiquiatra? ¿Quieres estar loco para que mi díscola conciencia también cargue con ello?

El niño se puso a chillar y se tiró por el suelo aullando como una mujer árabe. Sabía lo que le esperaba. Cada vez que se atrevía a lastimarse, lo metía en un baño de yodo, le ponía una inyección

contra el tétanos y le inyectaba antibióticos durante dos meses. Cuando el renacuajo estuvo sumergido hasta el cuello y sin emitir sonido alguno en aquel ardiente líquido rojo violáceo, alargué el brazo y le cogí la minúscula cabecita.

–Puedes estar bien seguro de que tu madre se toma la vida muy en serio –le dije–. Por eso estás ahí dentro. ¿Lo entiendes?

Lo tuve veinte minutos en aquella agua teñida y, cuando lo saqué, estaba hinchado de dolor. Le puse una inyección calmante y lo acosté en su habitación, dentro de una tienda de plástico esterilizado con respiraderos y filtros.

Eran las once de la mañana, y seguro que otros niños, quizá no de Dolly City pero sí de otras grandes ciudades, estarían en los columpios, pero yo apagué la luz y cerré con cuidado la puerta porque, nos guste o no, hay cosas en la vida que deben mantenerse en secreto.

Hasta entonces mi hijo no había traspasado el umbral de casa, no había más niños que los que salían en la televisión, aparato que él detestaba. Cuando muy de vez en cuando yo salía unas horas, lo dormía. Como responsable de su educación, no le había enseñado a hablar. ¿Para qué? ¿Para que dijera «mamá»?

Solo le prestaba atención mientras hurgaba en su interior. Cuando se sentaba frente a mí y me miraba, sentada, simplemente sentada con el rostro vuelto hacia el exterior, siempre hacia el exterior, y lo veía tan pequeño como una uva pasa y con su cráneo ralo, le decía que desapareciera de mi vista, que su mirada me ponía nerviosa. Aquella mirada. Sentía que tenía que hacer algo con sus ojos, ponerle gafas de sol, arrancárselos. Después de todo, ya solo con el sentido del oído puedes volverte loco en Dolly City, así que ¿para qué sobrecargar la mente con información visual?

Las mañanas empezaban con un chequeo. Cada día me concentraba en examinar una zona. Mi preocupación por su salud era insaciable. Era una voracidad rayana en lo absurdo. A media operación de una pierna descubría problemas en la ingle, entonces

cerraba lo que había abierto y abría lo que todavía estaba cerrado; y así sucesivamente, durante horas. Hasta que llegaba el momento en que tenía el cuerpo completamente abierto. Y entonces me desmayaba.

Una vida imposible, pero era lo que había.

El niño tenía tres años pero apenas hablaba. Su desarrollo motor era rudimentario. Era lento, y lo único que sabía decir era «no quero» en lugar de «no quiero».

Dejé de salir. Lo hacía todo por teléfono. Déjenlo en la alfombrilla del rellano, ya se pueden ir, sin propina, sin nada. Vivía del dinero que había encontrado bajo las baldosas, pero se estaba terminando.

De vez en cuando mamá venía de visita. Ella miraba al niño y yo le preguntaba quién era el padre. La simple enunciación de ese problema aritmético me sacaba de mis casillas, y una vez cogí un bote de mermelada de fresa y lo estrellé contra el suelo. A mamá se le inundaron de lágrimas los ojos enfermos, le pedí que dejara de llorar, pero no lo hizo, y entonces le grité que cerrara la boca, y la cerró. Le lancé una mirada amenazadora y ella abrazó al niño.

La vieja se fue, se parecía a su madre, la que me dejó en herencia las pulseras de oro. A mi madre se le habían descalcificado los huesos, se le hinchaban las piernas, su circulación era un desastre. Desde hacía un tiempo se caía por la calle, simplemente se desplomaba sobre toda aquella mierda con sus bolsas. Nunca me pidió que echara un vistazo a sus llagas en carne viva, jamás. Sabía que yo tenía mis propios problemas, que sin mis conejos estaba perdida, que sin mis diagramas no tenía nada que hacer en Dolly City. Así que trató de animarme para que volviera a mis cosas. Una vez me trajo un conejo enfermo de leucemia, y otra vez una tortuga que padecía reumatismo, junto con unos cuchillos torcidos que había comprado en el rastro. Me deshice de todo, por supuesto, no quería meterme otra vez en aquello. Había visto adónde me había llevado y no quería volver a caer en lo mismo. Mi inactividad preocupaba a mi madre. Cada día me llamaba para preguntarme:

–¿Qué planes tienes para hoy?

–¿Y cuáles son los tuyos? –le respondía–. ¿Tienes alguna propuesta?

–Quiero comprar melocotones maduros en el mercado para ti y para el niño.

Melocotones maduros, la idea fija de la vieja.

Estaba suscrita a revistas de medicina de pacotilla que yo detestaba. Había tablas de vitaminas y gráficos sobre la longevidad. También decían que los melocotones equilibran la tensión arterial.

Era un invierno difícil. Llovía sin cesar, soplaba un viento que se llevaba por delante a viejos endebles y a niños malnutridos. Al niño le gustaba escupir y observar el escupitajo helándose en el aire. Además había recesión. Casi todos los trenes estaban en huelga. Solo funcionaban los aviones, que tuvieron que utilizarse para llevar a cabo el transporte terrestre, para trasladar a los reclutas a sus centros de entrenamiento rodando por carreteras enlodadas, lo que pronto acabó con ellos.

Debido a la situación, mamá vendió su casa de Hadera y se instaló en una caravana en Rehovot. Me dijo que yo acabaría en la calle si no rebajaba mi nivel de vida. Me recomendó que impartiera cursos privados de medicina. En tiempos agitados como los que corrían, me dijo, nadie se iba a tomar la molestia de inspeccionar mis diplomas, y aunque lo hicieran, quién iba a saber nepalí.

Le hice caso. Monté un curso de «Introducción a la medicina filantrópica». Empecé con tres alumnos y llegué a los quince. Era mi propio jefe, nadie me preguntaba qué era la medicina filantrópica, podía decirles a aquellos idiotas todo cuanto se me ocurriera y ellos se lo tragaban. Me aprovechaba del deseo secreto que todo el mundo tiene de ser médico, de curar, de encontrar un remedio para las enfermedades graves, de alargar la esperanza de vida, de descifrar el enigma de la existencia.

A veces los alumnos llegaban a clase con algún conejo que habían encontrado, pero yo no les dejaba traer animales extraños. Mi

conejillo de Indias era el niño, que ya tenía cuatro años y medio. Lo exhibía ante todo el mundo y así mataba dos pájaros de un tiro. Para atraer alumnos anuncié una promoción: de cada tres clases, la tercera sería gratuita para quien se sometiera durante el curso a una operación sencilla como la extracción quirúrgica de una pieza dental, una liposucción, etcétera.

Me puse en contacto con turbias organizaciones para que, a cambio de unas monedas, me mandaran gente para operar, por ejemplo maníaco-depresivos. Vinieron algunos. De ese modo pude operar a corazón abierto, colocar baipases y válvulas artificiales, suministrar tratamientos de radioterapia a enfermos de cáncer.

La práctica de la medicina y el contacto regular con seres humanos me calmaron un poco. Ya no martirizaba tanto al niño. Ciertamente, seguía abriéndolo y cerrándolo como una persiana, pero mi obsesión por comprobar que todo le funcionaba correctamente no era tan intensa como había sido hasta entonces.

En primavera inauguré un curso de psiquiatría.

Solo aceptaba a personas bondadosas o a individuos engreídos y satisfechos de sí mismos que jamás habían practicado la sodomía. En realidad no sabía nada de psiquiatría, así que improvisaba. Les soltaba mentiras de todo tipo, como que la humanidad se divide en dos categorías, los que han sido dados por el culo y los que no, ya sea metafóricamente o en la práctica.

Obtenía una gran satisfacción ejerciendo la psiquiatría porque tenía una verdadera libertad de acción. Hacía cuanto se me ocurría, humillaba a unos, exaltaba a otros, me reía de quien me daba la gana. Era un placer de dioses. Los que me encantaban eran los hipocondríacos. Los hacía enloquecer. Les demostraba categóricamente que sufrían de varias enfermedades a la vez pero que éstas se neutralizaban unas a otras, de modo que al final no tenían nada. No sabían cómo reaccionar y entonces, yo muerta de risa, les decía: «Tres veces por día, antes de dormir».

Descubrí una nueva especie de fobia en Dolly City: arabofobia, la fobia a los árabes. Tenía un montón de esos fóbicos. A los que más hostigaba era a los miedosos compulsivos, porque había leído en alguna parte que el miedo hay que afrontarlo; por ejemplo, si te dan miedo los árabes, folla con ellos. Una vez que lo hayas hecho, te darás cuenta de que el diablo no es tan terrible, es como todo el mundo.

Sin embargo, un día mi liberalismo a punto estuvo de acabar conmigo. Yo no investigaba el pasado de mis alumnos y, una vez, en plena cirugía para acortarle los intestinos al niño, uno de los alumnos silenciosos se puso de pronto en pie, sacó una tarjeta de visita, declaró que era psiquiatra diplomado por «The Hy and By College of Psichiatry, Wimbledon», y me pidió que lo siguiera y permitiera que me internaran, que de una vez por todas me someterían a un tratamiento intensivo y, entretanto y hasta la curación de mi alma, me retirarían a mi hijo y lo dejarían bajo la custodia de mi madre.

Toda la vida he huido de los psiquiatras como de la peste. Tiré dos sillas y corrí escaleras abajo pero el sujeto me persiguió con la habilidad de un saltamontes. Me acorraló cerca de las tuberías de hormigón y me clavó en la nalga una inyección superdolorosa. Me desperté atada a una cama en una habitación acolchada con algas en las paredes, algunas de ellas enmarcadas. Entró un enfermero alto, muy alto. Le mostré mi pecho y le pregunté si quería chuparme. Al momento acercó la cabeza y yo chillé de placer.

Mis gritos despertaron a todos los locos del pabellón de psiquiatría, hombres y mujeres se pusieron a implorar al enfermero que se lo hiciera también a ellos. El enfermero, desconcertado, no sabía a quién acudir primero. Yo aproveché la confusión para deshacerme de mis ataduras y huir; éste es el papel de todos los manicomios del mundo, proporcionar un lugar del que puedas escapar. No fui a mi casa porque sabía que sería el primer sitio donde me buscarían.

Me dirigí a la calle Agripas. La calle estaba repleta de carteles de reparación de tejados, y el olor a alquitrán impregnaba el aire. Rubias de grandes pechos removían los bidones de alquitrán ardiente. Todas llevaban peinados altos, todas tenían delirios de grandeza. Y allí fue donde me di cuenta: vi tumores cancerosos en los rostros de las mujeres rubias, en los bidones, en las ruedas de los autobuses, en los postes, en los árboles, en las ruedas de los coches, en los periódicos; dondequiera que mirase danzaban tumores malignos, terminales, que todo lo cubrían.

Aquello me sacudió hasta lo más profundo del alma. Como médico sabía que debía tratar aquellos tumores, arrancarlos, hacer algo. Pero no podía hacer nada. La impotencia me abrumaba, me derrumbé y cerré los ojos, que en realidad querían abrirse de nuevo para ver más y más metástasis. Estuve media hora tendida en la acera, y si hubiese podido abrir los ojos habría visto el ombligo de los caballos. Si hubiera querido, podría haberles hecho una mamada a los caballos y habría podido mamar de las yeguas.

Finalmente, me sentí mejor y me puse en pie. Los transeúntes cruzaban la larga calle perpendicular al mar en la que unos árboles enormes proyectaban su sombra. Los coches circulaban por la carretera húmeda con un ruido parecido al de una caja de galletas cuando la abren. Una bandada de gaviotas alzó el vuelo por el firmamento y un avión azul y blanco de Bi-Air que las sobrevolaba se metió en una bolsa de aire de la que salió heroicamente.

Me levanté y me encaminé al cementerio. Recorrí hectáreas del terreno donde estaban enterrados soldados franceses de la Primera Guerra Mundial. A continuación llegué a unas hectáreas más significativas. Me encontré frente a la tumba deteriorada de mi padre y, para mi sorpresa, descubrí que también la tumba estaba aquejada por una rara forma de cáncer. En ese punto comprendí que lo suyo era muy grave. Me marché del cementerio y la emprendí contra todo sin excepción. Con un cuchillo, raspé capas de pintura de un poste de PROHIBIDO ESTACIONAR. Todo saltaba ante mis ojos, la metástasis reinaba en el mundo, era su hora de gloria. Detenía a los viandantes y les pedía que me dejaran operarlos porque estaban muy, muy

enfermos. Solo podría salvarlos una intervención quirúrgica inmediata, yo era médico, decía, y sacaba del bolsillo mis documentos. Pero aparte de tres indigentes, nadie se dejó tratar. La gente tenía muchísima prisa. Asalté algunos árboles y les arranqué hojas malignas. Los coches también tenían cáncer, cáncer de piel. Los arañé, les hice biopsias. El mundo entero estaba enfermo y yo lo cargaba sobre mis espaldas. Lo intenté todo, Dios es testigo de que hice cuanto pude por ayudar a las bodegas y a los toneles de vino, a los borrachos y a los cojos, a los cupones de la asistencia social, a los bolsos y a los gatos. Para mí, todos eran iguales y todos estaban muy enfermos.

–¡Estáis enfermos! –gritaba por las calles de Dolly City–, ¡dejad que os cure!

La posibilidad de salvar a todo el mundo era tan remota como quinientas veces la distancia de Dolly City a la Luna. La magnitud de la misión que tenía ante mí me desesperaba.

Caminé con la cabeza gacha: yo era un fracaso. Todos morirían de cáncer y además por mi culpa, porque no lo había detectado a tiempo. Luego me calmé un poco. No sé cuál fue la causa, creo que nada en especial. Sencillamente, después de la tempestad viene la calma. Compré unas galletas de chocolate y me senté en un banco a comérmelas. Me las comí con los ojos cerrados para no ver aquellos gusanos cancerosos.

Traté de aceptar la situación. Me dije: está bien, Dolly, lo has estropeado. Ahora por lo menos intenta aliviar el dolor del mundo para que sea soportable.

Patrullé las calles e inyecté morfina en las nalgas de la gente. En las paradas de autobús me arrimaba a los demás como un caco, pero no les tocaba la billetera. Me pegaba a los hombres, creían que quería algo de ellos, me decían cochinadas y yo les decía cochinadas, y luego les inyectaba su dosis. También a los neumáticos. En el fondo, sabía que era una locura absoluta, un gran error. Aun así, me preguntaba a mí misma cómo estaba tan segura de que ese error no era la solución. Eran unos pensamientos confusos. Mi *raison* hacía el papel de abogado del diablo: ¿cómo es

posible que los neumáticos tengan cáncer si no tienen leucocitos? No sabía cómo, pero para mí era posible. Me decía que, del mismo modo que los seres humanos pueden engañar y disfrazarse, los átomos también pueden hacerlo, y las moléculas y todo lo demás. Si se puede decir que el sol alumbra, que es bueno o que sonríe, entonces ¿puede ser cancerígeno? Y si lo es, ¿es que también él tiene cáncer?

Era una lógica sencilla pero dolorosa. Me infiltré en las salas de oncología de los hospitales públicos y robé toda clase de analgésicos. Di una vuelta por las diversas plantas, calmé a los enfermos en estado crítico y luego salí a aliviar los sufrimientos de los trabajadores árabes de los territorios ocupados que se encargaban de la limpieza del corredor. No hice distinción entre la fregona y el cubo, porque nada de lo humano me es ajeno.

No conocía el reposo. Mi cerebro trabajaba con igual rapidez que un tren sin frenos. Mi vocación médica me destruía por completo. Me tomaba la profesión demasiado en serio.

Una cosa curiosa: yo nunca me inyecté nada. Tenía plena confianza en mi salud. Cuando tenía fiebre, me zambullía sin más en el Támesis para nadar o iba a ducharme al subterráneo. Partía de la presunción de que yo, gran especialista de las probabilidades improbables, ya sabría si el cáncer había hecho presa en mí y por qué. Y aquí y ahora puedo decir que, si alguna vez ocurre, no será este monólogo el lugar destinado a contarlo. No, no son éstas las confesiones de una mujer con los pechos cortados.

En noviembre fui a Rehovot, a casa de mi madre. De lejos ya vi que había encogido más, que no conseguía retener el calcio. Estaba en el patio tendiendo la colada y, no muy lejos de ella, en una gran tina de plástico, estaba el niño rodeado de patos auténticos, de los que graznan.

En otra época, aquella escena me habría horrorizado y habría podido disparar tranquilamente contra mi madre por atreverse a exponer al niño a los desastres del mundo. Esta vez me limité a hacer una mueca. Esperé a que desapareciera un instante, saqué mi

jeringa y, ante la mirada sorprendida del niño, inyecté el contenido en el agua del baño.

–¡Para, mamá! –me dijo en tono indulgente.

Aquello ya era el colmo. Le empujé la cabeza hasta que quedó bajo el agua para que viera los peces. Lo mantuve así unos dos minutos. Se resistía como un pollo en manos del matarife. El chico realmente quería vivir. De repente me calmé. El arrebato, tal como viene, se va. Saqué al crío del agua, todo él de color azul, con las cicatrices violáceas.

Lo dejé en el suelo, agonizante. Sabía que acababa de cometer el mayor crimen que una madre, médico para más inri, puede cometer. ¡Cuán bajo has caído, Dolly!, me dije. Recoges lo que has sembrado.

El niño yacía inmóvil. Le busqué el pulso pero lo tenía tan huidizo como una cebra en la sabana. No llevaba mis instrumentos, los había dejado en la consigna de la estación y había olvidado el número.

Me erguí y toqué el rostro del niño con las yemas de los dedos. Estaba húmedo y frío. Bajo mis dedos bullían células cancerígenas que se dividían y se multiplicaban como el abismo que me estaba engullendo y que a su vez se multiplicaba más y más, hasta el punto que dejó de asustarme. Aunque el niño había estado a punto de morir ahogado, yo me preocupaba por el cáncer. Mamá salió de detrás de una sábana, se dio cuenta de lo que ocurría y llamó a una ambulancia.

–¡Qué locura! –le grité–. Hasta dónde puede llegar un cerebro de mujer, ¿eh, mamá?

Durante más de una hora, un grupo de médicos residentes se dedicaron a reanimar al crío, pero no funcionó. No iban por el buen camino. Uno de ellos le aplicó una descarga eléctrica. El cuerpecito se sacudió. Fue el momento crucial, no podía confiar en nadie.

–¡Apartaos! –dije empujándolos–, ¡yo soy la madre del niño y os digo que os apartéis!

El grupo de residentes susurró como el viento en un campo de abrojos. Las batas flotaban sobre sus cuerpos rígidos.

–¡Levántate! –ordené al niño–. ¿Me has oído? ¡Levántate o te llevo a casa!

–No *quero* –contestó.

–Ya ven –dije a los estupefactos médicos–. Lo que se puede llegar a hacer para llamar la atención.

–Es extraño –dijo una residente–. No tenía pulso. Apostaría mil shekels a que no tenía pulso.

Mamá vistió al niño, que estaba sentado, encerrado en sí mismo, indiferente. Lo besó. A mí me ponía nerviosa que lo mimara, no quería que se transformara en un niño demasiado blandengue. Sin embargo, no abrí la boca porque todavía tenía dudas sobre su supervivencia.

Me escabullí y regresé sola a Dolly City, pero cuando llegué a la puerta de mi casa dispuesta a saltar directa a la cama y olvidarme de todo, quedé asombrada al descubrir que una banda de refugiados kurdos se había apoderado de mi apartamento. En Dolly City todo el mundo sabe que con los refugiados gitanos, los kurdos y también con los asiáticos es imposible discutir. Son extremadamente susceptibles, no toleran ninguna clase de comentario ni de reproche, hay que dejarlos tranquilos.

–Perdón –dije–, he vivido aquí muchos años. ¿Podría pasar un momento para echar un vistazo? Gracias, gracias.

Los kurdos estaban instalados en el jacuzzi y utilizaban mi champú. En el dormitorio estaba el psiquiatra maníaco que me había internado, follando con una de las refugiadas. Me acerqué a ellos. Estaban en plena tormenta de pasión y el psiquiatra maldecía a todas las mujeres llamándolas zorras y decía que había que cortarles el clítoris y los pechos para ponerlas a todas en su lugar. No se asombró en absoluto de encontrarme allí libre.

–Dolly –me dijo–, ¿tienes un permiso? ¿Cómo te encuentras? ¿Ha ido bien la semana? Y el tratamiento ¿funciona?

–Como era de esperar –respondí.

Saqué un cuchillo de mi cinturón y lo castré. Lo mismo que había hecho a mis animales cientos de veces se lo hice por primera vez a un ser humano vivo, y debo decir que valió muchísimo la pena.

–Ahora, hijo de puta, ve a hacerte un tratamiento hormonal a Bangladesh, y zorra lo será tu madre.

Sonreí a la mujer, pero ella no estaba por la labor. Se abalanzó sobre el miembro amputado y siguió su romance como si nada hubiera sucedido, y yo pensé que ése era el auténtico problema de muchas personas, yo incluida: que son demasiado concienzudas. La maldita responsabilidad las enloquece.

Al eunuco se le desorbitaron los ojos, soltó un chillido y saltó por la ventana.

Era de noche, la última noche de octubre. La luna y las estrellas salpicaban el firmamento como la sal las heridas. Hombres desesperados se follaban los troncos de los árboles.

Entré en una gran tienda de juguetes. Había mamás que compraban para sus hijos muñecas caucasianas que se montaban y desmontaban con facilidad. Había transcurrido medio año desde que intenté ahogar al crío, pero también había pasado medio año desde que lo devolví a la vida; todo depende del momento a partir del cual se empiece a contar. A propósito, no había vuelto a verlo.

Una dependienta vestida de marrón se me acercó. Desvié la mirada e hice como si estuviera interesada en otra cosa. No tenía dinero para una muñeca caucasiana, y entonces me acerqué a una señora alta que llevaba una en la mano.

–¡Rápido! –grité señalando uno de los rascacielos–, ¡allí, allí hay un niño a punto de caer!

Ella soltó un grito y dejó caer la muñeca caucasiana. Cogí mi botín y salí corriendo hacia el tren rápido que iba a Rehovot. Llovió durante todo el trayecto. El tren iba a una velocidad vertiginosa, casi no se podía respirar, pero la gente se comportaba con normalidad.

Mamá me abrió la puerta enseguida, tenía el pelo casi tan blanco como los labios y el rostro arrugado y cansado. Tras ella, en una

alfombrita, el niño jugaba con unos cubos de madera. Estaba oscuro, no sabia qué decir. Dije:

–Hola, mamá, has envejecido. Tienes todo el pelo blanco y la cara arrugada. Estás horrible. ¿Quieres que te haga un lifting?

Estiró los labios en una especie de sonrisa y abrió la puerta de par en par. El niño me echó una mirada. Puso los ojos en blanco y volvió a sus cubos.

–Di hola a mamá –le dijo mi madre.

–No *quero* –replicó el crío.

–¿No *quero*? –dije–. ¿Tanto te cuesta pronunciar no quiero? ¿Quie? ¿Quie? ¡Enseguida te enseño! –grité.

Casi me explota la cabeza de la rabia y los nervios.

Cogí un sacudidor de alfombras de mimbre trenzado, lo blandí en el aire y lo descargué con todas mis fuerzas contra el niño, pero él logró escapar. Mamá dio un salto para intentar quitármelo de las manos.

–No te metas jamás entre madre e hijo –bramé–. ¡Jamás!

–¡Pero tú eres mi hija! –me gritó.

–¿Por qué no entiendes nada? –le dije.

Mientras me peleaba con ella en la caravana y el niño se reía a lo lejos, de pronto mamá se desplomó y cayó al suelo. Solté el sacudidor y me incliné hacia ella.

–Llama al médico –murmuró–. Estoy un poco enferma.

–¿Qué tienes? ¿Has olvidado que soy médico? Dime, ¿qué te duele?

–Napoleón también creía que era Napoleón –dijo.

El niño cogió agua en el cuenco de la mano y le salpicó el rostro pálido para refrescarla. Ella se sentó, recuperada. El crío volvió a sus cubos.

–¿Por qué todo el mundo se mete siempre con Napoleón? –pregunté, vencida por una flojera repentina, y me dejé caer sobre un sillón–. ¿Por qué?

–¿Qué es? –dijo señalando el paquete con la muñeca.

–Para él.

El niño se levantó y vino hacia mí con cautela. Al ver que me tenía miedo, hice rodar la muñeca hacia él.

–Abre el regalo, niño, ábrelo –le dije.

–¿Qué es?

–Una muñeca caucasiana.

–¿Chocolate?

–¡Una muñeca caucasiana, tonto!

–¿Caramelos?

–¡Una muñeca caucasiana!

–¿Chips?

–¿Qué te pasa? ¿Estás sordo, disléxico? ¿No podrías haberle enseñado a hablar como Dios manda? –regañé a mamá, que estaba planchando una camisa en un rincón de la caravana.

–¿Todavía ves tumores por todas partes? –me preguntó en respuesta.

–¿Puedes creer que ni yo misma sé lo que veo? –respondí, y ella asintió.

»No, no siempre lo sé –retomé, intentando responder a su pregunta. Y añadí:

–A veces solo puedo ver protuberancias. Las cosas aumentan de forma desproporcionada. Tengo un problema con el proceso de crecimiento. Tengo un problema con el proceso de la vida, imagino. No lo sé. Veo rojo. –Entorné los ojos–. O veo negro. Últimamente veo moscas en las pupilas de la gente, en las pupilas de las mariposas, en las pupilas, en las pupilas. Créeme, no tengo ni idea de qué me pasa en las pupilas.

Me callé y froté mis ojos traicioneros.

–Dime, querida, ¿y si sencillamente necesitas gafas? Quizá después de todos estos años hayas perdido visión.

La insulté:

–Vaya tontería. ¿No ves que mi problema no son las gafas?

Ella volvió a su plancha, en silencio, y yo me puse a mirar un programa de entretenimiento en la primera cadena.

–Perdona, Dolly –dijo la vieja con suma cautela–. ¿Qué quieres decir con veo rojo, veo negro?

–Se parece más a una mancha roja, a un recuerdo de mancha, como si el color no tuviera suficiente tiempo de exposición para el ojo y solo el cerebro consiguiera captarlo de alguna forma.

–Mírame, hija mía –dijo ella, dejando la plancha en su base de aluminio–, ¿ves en mi cara manchas negras y rojas?

–Sí, y también se las veo a él. Tiene una erupción. Podría ser una enfermedad infantil o el comienzo de una leucemia. Ven aquí, ven.

La anciana se puso tensa y saltó en defensa del niño.

–Déjalo en paz, no tiene ninguna erupción.

–¿No lo entiendes, estúpida? ¿No lo ves? El niño tiene una erupción, va a morir, lárgate.

Le di un empujón.

–Déjame verte la vena –le dije al niño–, y la barriga, levántate la camisa. No sé, ¿tiene una erupción, mamá? Ven a ver, yo ya no sé qué veo.

La mujer me lanzó una mirada de odio.

–Hazme un favor, míralo, hazme este favor.

–No tiene ninguna erupción, tiene la piel completamente blanca.

–Creo que tiene la viruela. ¿No le puse la vacuna de la viruela? –me pregunté en voz alta.

–No hay viruela en Rehovot –bramó la anciana con voz severa.

Tomó al niño en brazos y lo llevó al otro extremo de la caravana. Fui tras ellos. Era una gran crisis.

–Dame al niño –le dije–. Tengo que sacarle sangre.

–No lo tocarás.

–Tengo que hacerle un recuento de leucocitos, tengo que saber si hay que administrarle antibióticos.

–¿Recuento de qué?

–El niño debe conseguir una baja por enfermedad de unos días, debe permanecer en una sala de aislamiento.

–¿Pero de qué baja por enfermedad estás hablando? ¿De qué sala de aislamiento? ¡El niño tiene cinco años!

–En el cuartel general –dije en tono glacial.

–Pero si el niño ¡no es mas que un niño! –gritó mamá–. ¿De qué cuartel general hablas?

–Ah, tienes razón –respondí.

–¡No me digas! –gritó mamá.

Yo seguía a lo mío.

–¡Tengo que asegurarme de que no lo recluten!

–Lárgate de aquí –chilló mamá–. No quiero verte nunca más. ¡No eres hija mía! *¡Inti majnuna, majnuna!*[1]

–Dame al niño –dije.

Mi madre sacudía histéricamente la cabeza.

–Por encima de mi cadáver, por encima de mi cadáver.

No os preocupéis: no la maté, solo la dormí. Cogí al niño por el brazo y, cuando ya estaba a punto de cortarlo con un cuchillo de cocina, de repente me hice una sencilla pregunta: «¿Cómo le haré el recuento de leucocitos? Aquí no tengo ningún instrumento apropiado». En un súbito arrebato de lucidez, me dije que si el niño tenía leucemia tendría también otros síntomas, y si tenía la viruela, tarde o temprano moriría o sanaría, y aquellas dos posibilidades no me parecían tan extravagantes. Concluí que quizá yo estuviera trastornada, que a lo mejor mi alma se tambaleaba como un puente de madera podrida sobre las fuentes del Támesis, pero que era mi hijo, para lo bueno y para lo malo, en la cordura y en la locura, y lo llevé de vuelta a Dolly City.

Durante todo el camino de regreso a la ciudad, el niño descansó la cabeza en mis rodillas y yo lo despiojé; iba aplastando los piojos con las uñas. Incluso dentro del tren la gente seguía moviéndose, no les bastaba con el traqueteo del tren, con las sacudidas de los raíles y el

movimiento de rotación de la esfera terrestre, sino que iban de un vagón a otro, se levantaban para ir al retrete, abrían y cerraban las ventanillas, se cambiaban de asiento. La cuestión era moverse.

Nadie en Dolly City desplegó una alfombra roja a nuestro paso, nadie nos dio la bienvenida. La gente se apresuraba a llegar, a tomar el último tren, porque en Dolly City cada tren es el último tren y cada uno se cree más último que el anterior.

Vi abscesos cancerosos en los perros San Bernardo, en los alambres de espino, en la cabeza de mi hijo. Tenía manchas oscuras en las manos, verrugas, estaba cubierto de una terrible erupción de neón, cojeaba, tenía fiebre reumática. Había llegado a la conclusión de que debía acostumbrarme al cáncer que me rodeaba e intentar concentrarme en el problema de mi hijo y cuidar de él y solo de él, todos los demás podían morir y arder en el infierno.

Me compré unos prismáticos y entré en una vieja lavandería. Tenía la intención de emplearlos para observar al niño, quizás así vería algo en lo que antes no había reparado. Un profesor de medicina de Katmandú nos dijo una vez a los alumnos que en ocasiones, para hacer un diagnóstico, era preciso tomar distancia y mirar las cosas a través de una lente. Puse al niño con la muñeca caucasiana sobre una secadora (con la puerta cerrada), me alejé veinte pasos, dirigí los prismáticos hacia él y enfoqué el objetivo.

No me aclaraba, así que comprendí que aquel método funcionaba con distancias mayores, o que mis prismáticos estaban estropeados.

–Quédate aquí y no toques nada –le ordené al niño, y salí al exterior.

Era hora punta, millones de personas entraban y salían por las puertas del metro y pasaban frente a los groseros grafitis como cada día, sin pestañear. Algunos llevaban tanta prisa que incluso seguían caminando por las escaleras mecánicas, adelante, adelante. Encontré una óptica. Entré y convencí a la mujer que la atendía para que viniera conmigo y me explicara los secretos de los prismáticos que había comprado. La conduje a la lavandería y, mientras le explicaba en detalle el problema, localicé un bulto en su cuello, y aunque interrumpí mi explicación para advertirle que aquello podría

ser su fin, ella no se inmutó. Afirmó que había que seguir adelante de todas formas, desmontó los prismáticos y dijo que no servían para nada.

–¿Qué quiere decir? –pregunté.

No me respondió.

–¿Quién es ese niño?

–Mi hijo.

–¿Qué es lo que quiere?

–Solo vivir, supongo.

–¿Se lo ha preguntado?

–Apenas habla, es un niño muy difícil.

–¿Qué quiere decir con que no habla? ¿Es mudo?

–Las palabras se le enredan y no llegan a salir. ¿Debo tener una explicación para todo?

–Qué mujer tan rara es usted.

–Si hay alguien raro aquí es usted –dije.

–¿Yo? ¿Cuál es su nombre? –preguntó con una amabilidad afectada.

–Dolly.

–¿Es un diminutivo de Dikla?

–Es un acrónimo. ¿Y usted cómo se llama?

–Ninette Oberson. ¿Acrónimo de qué?

–¿No está cansada? –le pregunté con la esperanza de que captara la indirecta, pero respondió con un bostezo:

–No, aunque la verdad… –Bostezó de nuevo–. Se me cierran los ojos.

Se le cerraron los ojos, se echó en el suelo, apoyó la cabeza sobre un montón de calzoncillos sucios y se durmió. En la cara de mi hijo se dibujó una expresión de terror, de miedo a lo que iba a suceder.

Levanté a Ninette Oberson, la metí en la secadora y apreté el botón de INICIO.

Dolly City, una ciudad sin base, sin pasado, sin infraestructura. La ciudad más alocada del mundo. En Dolly City todo el mundo huye. Si siempre están huyendo es que alguien los persigue, y puesto que alguien los persigue, los atrapa, los ejecuta y los echa al río. En Dolly City los trenes corren como las carreras en las medias, que si no las detienes llegan hasta las ingles. Dolly City, ciudad de tráfico extenuante. En Dolly City todos los bebés son adoptados, algunos son bastardos. En Dolly City todas las madres están jodidas, bien jodidas. En Dolly City todos los trenes traquetean sin cesar, sin cesar. En Dolly City el sistema es democrático. Por ridículo que parezca, Dolly City es una democracia. Hay dos grandes partidos: Burocracia y Procedimiento. Esos grandes partidos tienen pandillas de chicos de la calle que se toman la justicia por su mano. Burocracia tiene soldados, son los Estúpidos. Unos tipos asquerosos, sucios, insalubres, que roban carteras, tosen, se limpian las narices en la manga y se lo hacen encima. Los Estúpidos nunca saludan, solo saben actuar; por ejemplo, pintar grafitis en los muros que hieden a orina de hombre.

Los Estúpidos se alimentan sobre todo de pescados digeribles o de mousse de atún. Los integrantes del partido Procedimiento son harina de otro costal; son unos tipos súper, extraordinarios. Todos han cruzado a nado el lago Tiberíades docenas de veces. Les encanta pasear por Jerusalén, muchos salen a correr por la noche alrededor de la ciudad vieja. La mayoría talla diamantes y entona en la ducha melodías maravillosas. Conocen las antiguas canciones hebreas, incluso *Sí, eso es, el jardín de los sicomoros*.

También hay otras tribus en Dolly City, como los Apóstrofos, que tienen un eslogan tan estúpido como sus rostros y que cantan a ritmo de reggae: «El Estado soy yo | venid a decapitarme». También están los Miedosos, los Arquetipos y los Cobardes, pero la mayor parte de los habitantes de Dolly City pertenecen a los Aquéllos, debido a la estrofa «Hubo también aquéllos, antaño, en los viejos tiempos» de la canción *Sí, eso es, el jardín de los sicomoros*. Los Aquéllos son los retoños de los viejos y entusiastas leñadores

hiperactivos que talaron todos los árboles alrededor de sus viviendas solo para descargar su agresividad.

Tuve la suerte de estar atenta para no caer en la trampa de ningún grupo. He aprendido a pasar desapercibida. He aprendido que el truco consiste en hacerse el dormido y realizar una labor de zapa.

Así que el niño y yo acabamos en la calle. Como la mayoría de los sintecho, dormíamos en nichos inmundos, en autobuses, en vagones de tren abandonados. La vida seguía su curso con su mierda de siempre. El numerito ese del día y de la noche, de las estaciones empeñadas también en sucederse unas a otras, aunque no siempre lo conseguían.

Prohibí al niño que me tocara o que se pusiera al alcance de mi vista, porque así no podría detectarle un tumor que operar, aunque tampoco contaba ya con los instrumentos ni con las condiciones para hacerlo y, a decir verdad, empezaba a detestar aquellas operaciones dignas de Sísifo, ya no podía con ellas.

Fui a ver a un viejo carpintero y le pedí que me pegara al niño a la espalda. En primer lugar, así no podría verlo y, además, la capa de cola que habría entre nosotros nos impediría tener contacto. En segundo lugar, él crecería en mi espalda y poco a poco se transformaría en una parte de mí, y yo en una parte de él, y así cuando las fronteras entre los dos se hubieran borrado por completo, yo podría incorporar su existencia y luego olvidarla, y de ese modo no tendría que sufrir más. En cuanto a la tan poco estética joroba, no me importaba lo más mínimo. Si alguien me quería, me aceptaría tal cual era, y si mi joroba le molestaba, que fuera a follarse a otra.

Nada más salir de la guarida mohosa del carpintero, sucedió otro terrible accidente. Un tren descarriló, los vagones volcaron, doscientas personas murieron aplastadas, y los heridos gritaban bajo los escombros.

Observé aquella escena tan familiar y me pregunté cuántas veces en la historia de la humanidad habían quedado los seres humanos sepultados bajo los escombros de algo que ellos mismos habían construido. Fui a ocuparme de los heridos. Mi hijo, como si la cola que me roía no le bastara, me abrazaba muy fuerte, y eso me provocó un ataque de pánico. Tenía miedo de que me besara; un beso significaba un cáncer de dientes, de boca, de encías. Además, la espalda me escocía de una forma espantosa.

Me incliné hacia un herido de gravedad. Me suplicó que le amputase el pie, y yo a cambio le pedí que me rascara la espalda. Llegamos a un acuerdo, me tendí boca abajo justo sobre una alcantarilla, con el mentón en la mierda y la nariz aspirándola a pleno pulmón, mientras el herido barbudo introducía un bastoncillo en el pequeño espacio que el carpintero no había encolado, y rascaba y frotaba y preguntaba:

–¿Mejor? ¿Mejor?

–Sí, mucho mejor –respondí.

Nos fuimos cada cual por su lado, o al menos eso creí, pero cuando al cabo de media hora me detuve para mear, vi que el hombre con el pie amputado andaba tras de mí, si es que se le puede llamar andar a aquella serie de saltos desiguales. Di una patada al aire para que se marchara. Cógele un pie a alguien, y él te querrá dar la pierna entera. Le tiré piedras para que se fuera a otro lugar, con los mutilados de guerra, a la seguridad social.

–¿Qué es lo que quieres? –le pregunté finalmente.

Pero la sanguijuela no me contestó. Crucé carreteras, atravesé puentes, subí y bajé escaleras mecánicas, y el hombre seguía detrás.

–¿Qué es lo que quieres? –le pregunté de nuevo.

–Quiero enseñarte algo.

–Cuando llegue al infierno ya lo habré visto todo.

–No, no, tienes que verlo. Quiero enseñarte algo.

Me rendí y lo seguí. Caminamos una media hora sin decir ni una palabra, luego el hombre entró en el patio de un edificio

abandonado, lo cruzó, abrió una puerta de madera que crujía y señaló unas plantas que crecían allí en la tierra.

–¿Qué es?

–Es mi huerto.

–¿Para eso me has traído hasta aquí?

–Sí.

–Mírame bien. ¿Tengo pinta de psiquiatra? ¿Crees que tengo tiempo para tonterías? Vete al infierno.

–Vete al infierno, y que te jodan.

–Vete al infierno, y que te jodan, a ti y a tu padre.

El hombre sonrió y me tendió la mano, morena y sucia:

–Me llamo Gordon. Soy el primer judío que trabaja la tierra después de la destrucción del segundo templo.

–Gordon el rascador –solté.

–Cultivo verduras ecológicas. Pensé que tal vez querrías verduras ecológicas para el niño.

Gordon se pegó a mí. Dondequiera que yo fuera, él me seguía con sus verduras ecológicas. Al parecer, había conseguido cultivar verduras sin usar productos químicos en varios lugares de Dolly City. Ahora, cuando me acuerdo de él, lo veo como a un pobre tonto, pero en aquel momento lo dejaba hablar aunque no comulgara con sus ideas. Lo único que le censuraba era su inclinación a cantar de noche *Qué hermosas son las noches en Canaán*.

Se interesaba por mí y por el niño, me preguntaba por el tipo de educación que le daba y quería saber a qué escuela pertenecía yo.

–No pertenezco a ninguna escuela –le respondí.

–Solo a la tierra –me dijo después de saber algo sobre el niño–. Solo a la Madre Tierra. Tú eres un manojo de nervios. El lugar de los manojos es la tierra. Tienes que encontrar las raíces de tu alma, tienes que llegar a ellas. Quién sabe –dijo en un tono de voz distinto, más reflexivo–, quizá descubras que eres la verdadera madre de este niño…

–¿Que soy la verdadera madre de este niño?

–Podría ser.

–¿Y quién es el padre?

–El padre no es tan importante. Un niño puede no saber quién es su padre, pero que no sepa quién es su madre, eso ya es algo mucho más serio.

–¿Y qué pasa con el vídeo de la circuncisión? ¿Y con la conexión secreta con los pilotos de Bi-Air, sobre todo con un piloto muy especial y su hija?

–¿Sabes? –dijo frunciendo el entrecejo–, te fijas demasiado en los detalles. Deberías tener una visión más global de las cosas. ¿Crees que a mí no me falla la memoria? Debes aceptar que hay cosas ilógicas, cosas que no están del todo claras. Mírame, tengo sesenta y siete años y no me asusta morir porque no me asusta la tierra. La he trabajado toda la vida y, al final, ella me recompensará cuando sea mi lugar de reposo eterno. Como los frutos de la tierra, Dolly, cuando yo madure caeré del árbol como una guayaba en la víspera de Sucot.

Gordon y yo sabíamos de primera mano que vagabundear por Dolly City era el doble de repulsivo que vagabundear por cualquier otra ciudad. Si había que vagabundear, al menos que fuera por Roma, París o Katmandú. Lo único que hacíamos en la vida era intentar seguir vivos. Nos limitábamos a seguir adelante.

De pronto volvió el invierno. El niño estaba frío como el hierro. La nieve se adhería a los pelos de la barba gris de Gordon, blanqueaba los bancales del huerto, y el hombre, con toda la tranquilidad del mundo, despejaba de nieve los fresales y sacudía los copos que cubrían a mi hijo congelado.

Gordon se sentía ligado a la historia del mundo, en especial a la de los judíos. Me tiró un poco de la lengua y le conté las cosas de todo tipo que había hecho. Rebajé mi crueldad, pero creo que se percató de ella igualmente. Incluso llegó a proponerme que apuntara en una libreta los nombres de la gente que había matado a lo largo de mi vida, que dividiera la página en columnas: una para

los que había matado por negligencia, otra para los que había matado por error, y otra para aquellos a los que había arponeado con toda mi saña. Un día hasta me compró un cuaderno, pero lo dejé en un banco.

En una de nuestras conversaciones, con el corazón en la mano, a la orilla del río helado y al calor de una fogata que él mismo había encendido, me preguntó:

–Dime, doctora Dolly, ¿por qué no estudiaste medicina en la universidad de Tel Aviv? ¿Por qué fuiste tan lejos, a Nepal?

–¿Por qué me fui hasta Nepal?

–Sí, ¿por qué fuiste a Nepal?

–Te lo diré. Tenía un billete gratis, el último que mi padre, que trabajaba en Bi-Air, me consiguió antes de morir. Su última noche en el servicio de oncología del hospital Ichilov me susurró, agonizando: «Oh, Dolly, no tienes un objetivo en la vida. Vives por vivir, eso no puede ser. Estudia algo, estudia medicina, aunque sea en Katmandú, pero estudia».

–Ajá –dijo Gordon–, entonces ¿fue él quien te metió en la cabeza el gusanillo de Katmandú?

–Se podría decir que sí.

–Pero, Dolly –replicó mientras añadía a la fogata otro tronco, que fue recibido con chisporroteos por sus compañeros–, ¿no sabes distinguir cuándo alguien te habla en serio o en broma? Tu padre, que en paz descanse, no quería decir que estudiaras precisamente en Katmandú. Lo que quería decir…

–¿Cómo puedes saber tú lo que quería decir? –me rebelé–. ¿Quién diablos va a saber lo que quería decir?

Estaba profundamente herida. Pensar que mi padre no había querido decir en serio que debía estudiar medicina en Katmandú me dolía mucho. Además, era lo primero y lo último que me había ordenado, y yo había obedecido. Gordon se dio cuenta de mi agitación y no añadió nada más. Después de todo, también a él la vida le había pasado factura. Su veneración por la tierra y sus frutos le habían hecho perder el sentido de la proporción. En lugar de

inyectarse heroína, se inyectaba clorofila, que no es una sustancia narcótica y no le producía ningún efecto. Él creía que sí, y yo no quería desilusionarlo.

Estaba convencido de que que yo no tenía clara mi identidad y me acribillaba a preguntas:

–Nombre, por favor.

–Dolly.

–¿Profesión?

–Médico.

–¿Estado civil?

–X más un hijo.

–¿Qué quiere decir X?

–No lo sé, me ha salido así.

–¿Profesión?

–Médico.

–¿Aficiones?

–Medicina, biología, zoología, patología.

–¿Padres?

–Dos.

–¿Cuáles?

–Padre y madre. Dos.

–Origen de los padres.

–El Nilo, junto al Delta –dije circunspecta.

Él se rió.

–¿Estudios?

–¿De quién, de los padres?

–Tuyos.

–Medicina. Soy médico. Estudié medicina en Katmandú, Nepal.

–¿Lugar de residencia?

–Dolly City. Basta ya, me cansan estas tonterías, es suficiente, basta.

Durante seis meses arrastramos el culo de un lugar a otro. Nuestras andanzas se volvían cada vez más deprimentes y nos provocaban a los dos deseos de morir. Una vez estuve a punto de saltar al Támesis con mi hijo, que con el tiempo iba creciendo sobre mi espalda. De no ser por Gordon, ya habría terminado con todo aquel asunto. Con el niño. Sin el niño. Porque podría ser que el niño fuera mi boya y me salvara la vida.

Hacia el final las cosas no iban demasiado bien. El ambiente entre nosotros se había enrarecido. Pero todavía existía una influencia recíproca.

Un día, Gordon me convenció de que me inyectara clorofila en la vena. Me dijo que era mil veces más natural que las pastillas amarillas antidepresivas que tomaba desde hacía quince años.

–Es un producto natural –me dijo–, solo puede hacerte bien.

Y la verdad es que fue impresionante, si es que aquello era clorofila.

Gordon llegó a convencerme de que me inyectara, y yo lo convencí a él de que los postes eléctricos podían llegar a tener cáncer.

Me chuté clorofila unas cinco veces. En una ocasión Gordon, que también estaba colocado, propuso que fuéramos a un striptease. Me asombró que el anciano quisiera ver strippers. Durante el espectáculo del club Noviembre, no quitaba ojo de la hoja de higuera que cubría el sexo de la chica. Luego me di cuenta de que lo que le ponía realmente era la hoja, porque cuando la stripper se la quitó y a todos los machos se les llenó la ropa interior de zumo de mango, Gordon fue tras la hoja verde, se la metió en la boca y la masticó.

Un día me dijo:

–Doctora, creo que he averiguado cuál es tu problema. Crees que tu hijo está hecho de esponja y que el ochenta por ciento es agua. Crees que un niño es una sandía bajo un cuchillo. El niño no es una sandía. Métete eso en la cabeza, métetelo.

–Gordon, tengo la cabeza llena a reventar.

–¡De mierda! ¡Está llena de mierda!

–¿Y entonces?

–Eres una incrédula. Eso es lo que eres. Si no lo fueras, de ningún modo habrías llegado a la conclusión de que tu hijo es una sandía, que en un ochenta por ciento es agua.

–¿Yo una incrédula? ¿Sabes?, no eres el primero que me lo dice.

–Dudas de la Creación. Ése es el meollo del asunto. Deja que Dios haga su trabajo. ¿Por qué te entrometes? No le tienes confianza. Mira el mundo, todo está hecho a mano. Míralo. Blanco y negro, amarillo y anaranjado, todo es el trabajo de un solo Dios.

–¿No confío en Dios? –dije, ofendida.

–No.

–Es Dios quien no confía en mí.

–Eres boba –dijo Gordon–. Vas en sentido contrario por una carretera de dirección única.

–No lo entiendo.

–Pues no lo entiendas. ¿Y qué? No lo entiendes. Eres limitada. No pasa nada.

–No comprendo lo que quieres decir, Gordon. Todas las calles en Dolly City son de dirección única, pero todo el mundo circula en ambos sentidos. Ése es el motivo principal del caos.

–¡Eres idiota!

–¡No soy idiota!

–Eres idiota.

–¡Tú eres idiota!

–¿Yo?

–Sí, tú. ¿Por qué no construyes tu propia ciudad fantasma?

–¿Por qué no construyo mi propia ciudad fantasma? Buena pregunta.

Gordon se sumió en sus reflexiones y yo le di al niño unas tabletas de trigo triturado.

–Por qué no construyo mi propia ciudad fantasma… –repitió al cabo de media hora.

Suspiré.

–Quizá no quieras construir tu propia ciudad fantasma, sino un pueblo fantasma. ¿Me sigues?

–Sí, te sigo –dijo.

Pero no era cierto. Desde hacía unas semanas, había reparado en los cambios que se estaban produciendo en él. Dormía poco y pasaba noches enteras sentado al borde del canal, inmóvil.

Una de esas noches me preguntó:

–Cuando muera, ¿me enterrarán de verdad en las bodegas de Rishon LeZion?[2]

–¿Qué? –dije asombrada.

–No quiero que me entierren en las bodegas de Rishon LeZion. ¿Pueden obligarme?

No respondí. Al tipo lo dominaban la historia y el folclore. Toda su teoría sobre la tierra no valía una mierda. Era un intelectual.

Nos separamos al cabo de nueve meses de andar juntos. Dijo que estaba harto de Dolly City, que le apetecía ir a Mexico City.

–Dolly City te hace daño –murmuré llena de tristeza–. Realmente, Dolly City es una gran tumba.

–Dolly City –dijo– no es lugar para fundar una explotación agrícola, una granja. No es el lugar. Es una ciudad fea, repugnante, hedionda, inmunda, aburrida, deprimente; ¿qué más podría añadir?

–Entonces –dije herida en lo más profundo del alma–, ¿te rajas?

Se marchó. Detuvo una camioneta, montó en ella y se marchó. Y yo me fui de nuevo hacia la ciudad.

TERCERA PARTE

Unos meses antes de que papá estirase la pata, unos meses antes de que los médicos concluyeran que el fin de sus días estaba próximo, uno de los gigantes de la medicina que lo trataba, un especialista con cara de caballo del ambulatorio de neumología del hospital Ichilov, lo mandó a la clínica del dolor de la calle Henrietta Szold, una paralela a la del hospital.

–Usted no tiene nada, aparte de un dolor insoportable en la parte izquierda del pulmón. No es nada; son los nervios, solo eso –le dijo el genio aquel.

A lo largo de tres meses, cada miércoles o jueves, mi padre se personaba en dicha clínica del dolor y, semana tras semana, uno de los medicuchos del hospital empuñaba una enorme jeringa y se la clavaba en la espalda a fin de liquidar cierto nervio. La afición del medicucho era ir terminando con los nervios del cuerpo canceroso. La de su colega, el otro medicucho, era convencer a los enfermos de que se sometieran a la aniquilación del nervio.

Hasta entonces no había conocido medicuchos de esa clase, que no eran médicos ni curanderos, sino algo a medio camino. Por lo que he podido constatar, son unos tipos en general sonrientes, de manos cálidas y agradables y piel morena y grisácea, que hablan un buen hebreo y un inglés aceptable.

Aquellos dos medicuchos engañaron a mi moribundo padre. Tres días después del ritual con los nervios, durante el cual mi padre se convenció a sí mismo de que el dolor remitía, el dolor volvió más fuerte que nunca. Entonces los medicuchos le inyectaron otro producto directamente en el nervio unas veinticinco veces. Tenían una estrategia: marcaban en la espalda de mi padre unos puntos en negro con toda clase de lápices especiales y, con la ayuda de un compás, trazaban círculos, a saber por qué. Y mi padre, el muy tonto, se sentaba allí en silencio y se sometía a aquel tratamiento que no aliviaba sus infernales sufrimientos, contra los que yo misma había hecho campaña, convencida como estaba de que eran imaginarios.

Solo al cabo de tres meses de tratamientos estériles –recuerdo que era pleno verano, las tres acacias del terreno de enfrente estaban verdes y el autobús se llevaba las inmundicias del extrarradio norte de Tel Aviv–, mi padre, sentado en una mecedora, me dijo que sabía que tenía cáncer. Fue a la clínica del dolor por diversión, y sabía que allí, cuando un médico le dice a un paciente que no tiene nada malo, es señal de que va a morir.

Estaba sentada en un banco, con mi enorme culo sobresaliendo por todas partes y con el niño clavado a la espalda que me impedía apoyarme, y me pregunté si no podría yo montar una clínica del dolor tomando como modelo la de Henrietta Szold, por ejemplo. El objetivo principal sería tratar el dolor en sí mismo y no las causas que lo producen. Tres años antes, cuando perdí la razón y veía tumores cancerígenos por todas partes, también me había concentrado en el dolor y no en sus causas, aunque aquello se había debido a la angustia, al fastidio, mientras que ahora estamos hablando de un concepto completamente distinto, ideado por mí misma.

Para ver si me inspiraba, fui a la calle Henrietta Szold, en Dolly City. Deduje que si en Tel Aviv había una calle con ese nombre, en Dolly City también debía de haberla. Encontré la calle, pero no había en ella ninguna clínica del dolor. En el lugar en que debería haber estado la clínica había un burdel regentado por refugiados kurdos.

Enfilé hacia la estación Saint-Lazare, ya que si en París había una estación Saint-Lazare, en Dolly City tendría que haber otra igual. Pero no había nada lejanamente parecido. Encontré otro burdel regentado también por refugiados kurdos.

Regresé a la calle principal y reflexioné a fondo sobre cómo podría adaptar mi proyecto a las circunstancias reales.

Entré en un tercer burdel y pedí a la madame, que en realidad era un hombre, que me consiguiera algún trabajillo; con el dinero que ganara podría montar un puesto de alivio del dolor. Le sugerí que el trabajo fuera limpio y fácil. Lo entendió de inmediato y me buscó a alguien que solo quería restregarse. Yo no entendía exactamente lo

que pretendía. Me llevó un rato comprender que eso era todo: pasó junto a mí, se frotó contra mi pierna, siguió hasta el fondo de la habitación, sacó unos billetes, pagó y se largó.

Estuve un día y medio en el ayuntamiento de Dolly City esperando obtener un permiso para el puesto, hasta que al final me dijeron que era imposible, sencillamente imposible. Entonces encontré un cartón y escribí en él: ALIVIO INMEDIATO DE LOS DOLORES. Me dije: Mira, Dolly, lo único que hay que hacer con las ideas es llevarlas a la práctica. Fíjate, hace unos años te paseabas por Dolly City con una jeringa para inyectar analgésicos a todos los transeúntes; ahora haces lo mismo, pero te ganas la vida con ello.

Drogaba a la gente. Cuando no encontraba calmantes, les inyectaba gaseosa, o Pepsi-Cola, y no tengo ni idea del efecto que les producía. Muchas azafatas de Bi-Air y personal de vuelo de la compañía venían a mí en cuanto aterrizaban para que los pinchara. Sufrían de jaqueca a causa del estrés. Acudían también no pocos pilotos, en general aquejados de dolores lumbares. Llegaban vestidos con sus uniformes y se comportaban como si todo el mundo estuviera obligado a besarles los pies. Me deshice de ellos con rapidez. No soportaba su olor a loción de afeitar.

Tenía otro motivo para mantenerme alejada de ellos: temía que alguno pudiera identificar a su nieto en el niño que llevaba a mi espalda, pero aquella precaución era inútil. Después de todo lo que le había ocurrido, el crío se parecía únicamente a sí mismo. Para ser exactos, se parecía a un espectro o a un fantasma, y la gente al pasar se detenía a mirar a aquel fenómeno de la naturaleza, o se burlaba de él. Yo permitía que lo hicieran para que no se transformara en un niño mimado, para que se enterara de que la vida era un manicomio.

Mi hijo notaba las miradas hostiles y chillaba como un tigre con una flecha clavada en el corazón; así transcurrían unas horas hasta que rompía a llorar, y luego otras tantas hasta que se tranquilizaba.

Acumulé cientos de horas de inyecciones, pero algunos de los pacientes se fueron muriendo, otros se acostumbraron poco a poco

a vivir con el dolor, y mi negocio empezó a irse a la ruina. El estado de mis finanzas era una mierda. Para seguir respirando el aire salobre de la ciudad tuve que recurrir a la eutanasia, la rama de la medicina que más odiaba, porque ni es un asesinato ni salva vidas. Entonces, ¿qué es? Es el momento en el que la medicina admite su fracaso. Detestaba matar a ancianos en estado terminal, por lo menos el doble de lo que un dentista detesta arrancar un diente que podría haber salvado si el paciente hubiera acudido a él unos años antes.

Cuando me cansé de la eutanasia, me pasé a las enfermedades de transmisión sexual. Estuve dos meses con eso. Durante un tiempo caminaba con un cartel que decía GINECÓLOGA. Cuando también me cansé de eso, me transformé en otorrinolaringóloga. Me pasé meses como un yo-yo, deambulando de una profesión a otra, de una especialidad a otra, igual que los israelitas vagaron de un lugar a otro durante sus largos años de exilio.

Después de eso me tomé un descanso de la medicina. Estaba hasta la coronilla de mis dudosos diagnósticos, no podía más. Si hubiera sido un médico con un consultorio, tarjetas de visita y bata blanca, habría podido seguir adelante, pero la medicina de aficionados era mortal para mí y para mis pacientes. Encontré un empleo de conserje en el cementerio, consistente en acompañar a los dolientes a las tumbas y mostrarles el camino más corto hasta la salida. Pero me aburría mucho y al cabo de una semana lo dejé.

Ahora ya estaba en condiciones de decir una o dos cosas sobre la locura. Sin lugar a dudas, la locura es un depredador. Su alimento es el alma. Se apodera de ella tan rápidamente como nuestro ejército se apoderó de Judea, Samaria y la franja de Gaza en 1967. Y una vez que la locura se impone y ocupa el territorio de la mente humana, entran las vacas locas en el cuadro: lo único que saben hacer es comer hasta enfermar y erosionar la tierra. Y si un país como Israel no consigue controlar a los árabes de los territorios ocupados, ¿cómo voy a poder yo, una sola persona, llegar a controlar mis territorios interiores?

Ya puestos a hablar de política, me gustaría preguntar: ¿por qué los americanos no hacen explotar Dolly City, por qué? ¡Tienen armas atómicas! ¿Por qué algunas naciones clarividentes no se organizan para borrar esta ciudad de la faz de la tierra?

Cuando la humanidad haya conseguido encontrar un remedio contra el cáncer, tendrá que dedicarse a encontrar la forma de matar la locura sin matar al loco.

Entré en un pub. Una mujer rubia estaba cantando *La electricidad fluye por la punta de tus dedos*. Habría querido tenderme encima de la mesa y decir: está bien, está bien; aunque la electricidad no sirve, no sirve. Mi hijo, contento con la música, empezó a saltar desbocado en mi espalda, y yo deseé darme la vuelta y propinarle un cachete.

En mitad de la noche cerraron el pub y salí a la calle con un pedazo de tarta de queso en la mano. Me lo comí. Era el octavo o noveno que me comía y estaba tan llena que no podía ni caminar. El embarazo que tenía en la espalda tampoco me aligeraba la vida. Me tendí boca abajo en un banco de piedra, encima de una procesión de hormigas negras, tratando de recordar cuándo había sido la última vez que me había tendido sobre la espalda. Debía de tener ya unos treinta y seis años, o quizá más, me dije; calculé que el niño habría cumplido los seis, que había llegado el momento de despegarlo de mi espalda y dejar que siguiera su camino. En lo que a mí concernía, ya podía empezar a mendigar con uno de aquellos carteles tan feos colgado de su pecho transparente, así yo podría tenderme tranquilamente boca arriba.

Di con un almacén donde vendían de todo. Entré y pregunté si estarían dispuestos a separarme del niño. Me lanzaron una mirada suspicaz y me preguntaron por qué, puesto que el niño todavía era pequeño y debilucho. Respondí que solo sería por unos días, unos pocos días sin aquel saco de harina en la espalda, luego volvería a colocarlo en su lugar. Aceptaron. Estuve medio día boca abajo hasta que consiguieron separarnos sin arrancarnos jirones de piel. Avanzaban milímetro a milímetro, mientras decían no comprender

todo aquel esfuerzo si mi intención era devolver al niño a su lugar al cabo de una semana.

Terminaron. Dejé unas monedas en la mesa de madera y salí de allí. Había pensado desaparecer sin que el crío me viera. Que se marchara, que me dejara, que me abandonara a mi suerte. Llegamos al barrio antiantisemita en el que los supervivientes del Holocausto crucificaban cada día a un gentil. Acababan de crucificar a un carpintero finlandés. Él les suplicaba que lo dejaran vivir, pero tampoco los padres de los supervivientes habían querido morir.

El niño estaba fascinado y lo dejé allí. Escondida tras una columna, observé cómo se las arreglaba. Una parte de mí decía: lárgate, Dolly, desaparece, pero la otra me ordenaba que no me moviera. El crío estuvo chillando hora y media hasta que fui a su encuentro. Corrió hacia mí en cuanto me vio, pero yo desvié la mirada. El niño tenía un aspecto lamentable; era el reflejo de una locura de años. Le dije que me siguiera a un metro o dos de distancia y que procurase que su imagen no se reflejara en ningún espejo o escaparate.

Llegamos a la plaza Milano. Me tendí en el césped verde, frente al café, y contemplé el cielo azul. El niño apareció de la nada en mi campo visual. Por suerte para él, el sol me deslumbraba.

–¿Qué quieres? –le pregunté.

–No me encuentro bien.

Se le notaba débil. Era incapaz de andar. Me dispuse a abrir mi maletín y le dije que se tendiera boca abajo. Quería rectificar el mapa que le había dibujado en la espalda hacía años, agrandarlo para adaptarlo a su talla y colorear la línea verde de verde oliva.

Estuvo tendido sobre el vientre hasta que terminé. Entonces contemplé el mapa con todo aquel Líbano, con los cedros del Líbano, y todos aquellos valles del Jordán, todos los baluartes, y las tierras pantanosas drenadas por los pioneros en Hula, Kiryat Shmona, donde tengo un primo albino que una vez me escupió, Arad, donde tengo otro primo, y de repente se me ocurrió una idea. Observé el

bullicio a mi alrededor y me dije: ¡Una exposición, Dolly! El mapa formaría parte de la exposición.

Me embargó la alegría, y cierta emoción por lo que me deparaba el porvenir. Abrí mi carpeta y saqué toda clase de trabajos que había realizado a lo largo de los años. Había bocetos hechos en Katmandú y cantidad de instrumentos variopintos. Lo coloqué todo más o menos alineado. Le puse por nombre FORTE DEPRESSIONE.

Examiné la instalación y esperé. Hombres y gentilhombres pasaban frente a mí con una prisa loca por coger el último tren y al pasar echaban un vistazo a mi exposición; algunos la miraban con repugnancia.

–¿Les interesa comprar? –preguntaba, y recomendaba alguno de los bocetos más interesantes de la colección.

Pero los reprimidos habitantes de Dolly City observaban mi tesoro con la mirada vacía.

Solo uno, con un abrigo verde rana, observó atentamente la exposición y me dijo:

–Puedo decir a su favor, señora, que no está usted tratando de sobornar a Dios.

–Tiene razón –le respondí–, no trato de sobornar a Dios, solo trato de mantener a raya al diablo.

–¿Y eso qué es? –dijo él, señalando un brazo fláccido con un número tatuado por los nazis.

–Todo forma parte de la vida –respondí.

–No se quede conmigo –dijo–. Dígame…

–Solo si compra.

–Compro.

Bajé la cabeza.

–Es el antebrazo de mi profesora de la escuela primaria. Me la encontré no hace mucho tiempo paseando por las calles de Dolly City. No me reconoció, pero yo a ella sí, perfectamente. Le propuse un servicio de enema, y ella me miró con asco. –Me quedé en silencio unos momentos.– La odiaba. Había hecho que me

avergonzara de no ser hija de supervivientes del Holocausto. Por ella me parecía vergonzoso que todos mis tíos estuvieran vivitos y coleando en Kiryat Ata.

–¿Y eso? –dijo señalando otro objeto expuesto.

–Es mi hermano, que nunca ha existido ni ha sido concebido. Murió en la guerra de Yom Kipur. El primer día de la guerra.

–No entiendo. Si no existió y no fue concebido, ¿cómo pudo morir?

–Es un poco difícil de explicar –respondí incómoda–. Y esto –señalé un puñado de pelo– son restos del bigote de mi padre. Llevaba bigote. También traté de conseguir los huesos de su madre. Dicen que está enterrada en Gaza. Además tenía cuatro hermanas, todas ellas fallecieron de distintas enfermedades antes de que él llegara a los veinticinco. Papá nunca dijo ni una palabra sobre ellas. Su madre murió con el corazón roto. Dio a luz a mi padre y puso fin a todo. Decían que su marido le hacía la vida imposible. Está enterrado en Haifa, pero nunca he visto su tumba.

A primera hora de la tarde entré en un pequeño café. Me senté en una silla de aluminio y al niño, que apenas se movía, lo senté frente a mí. En una esquina había una mujer de unos cuarenta años a la que, más o menos cada cuarto de hora, se le contraía el alma y soltaba un gran grito y balbuceaba algo en ladino. Yo no entendía lo que decía. Me escocía la espalda. Vete a saber, me dije, quizá se le ha muerto un hijo de cáncer.

Pedí fresas con nata para mí y para el crío; como no eran del día estaban a un precio más bajo. El niño se comió dos o tres y se durmió con la cabeza sobre la mesa. Yo me comí las mías y las suyas, y no me habría importado tomar más. Me sentía hinchada, no podía moverme. Me desabroché un botón del pantalón y pensé: ay, Dolly, cada día estás más gorda. Comes demasiado pan y pasteles de la víspera, que los panaderos desechan. Tienes piernas de elefante y una cara gigantesca que atemoriza al niño.

Me tragué una lata de Schweppes y me puse a observar a la mujer. Yo estaba de un humor de perros. Acababa de clausurar mi exposición y arrojarlo todo a un contenedor. La mujer se dio la vuelta y me miró: era evidente que tenía ganas de abrirme su corazón. Al ver al niño, su adusta fisionomía se suavizó.

–Qué niño más guapo –dijo–. ¿Dónde lo ha encontrado?

–Allí en la esquina, hace un momento –respondí–. ¿Lo quiere usted?

–¿Lo vende?

–Depende de si usted lo compra.

Me sentí atrapada. Miré al niño. No podía separarme de él así sin más.

–Entonces, señora –dije para cambiar de tema–, ¿cuál es su historia? ¿Por qué llora?

Suspiró.

–No faltan penas en esta vida.

–Dígame, ¿de qué murió su hijo, de cáncer? ¿Qué clase de cáncer?

–El cáncer de los valles.

–*Oh my God!*, ¿también los valles tienen cáncer?

–Los valles tienen cáncer, los campos tienen cáncer, las montañas, las rocas, todo.

–Veo que está usted al corriente.

Me levanté con mi lata de Schweppes y tomé asiento frente a ella, sonriendo.

–Querida –me dijo–, el mundo se divide en dos: los que están enfermos de cáncer y los que no lo están.

–¿Y a cuál de los dos bandos pertenece usted?

–Hasta hace tres semanas, a los que no lo tenían; pero ahora tengo metástasis.

–¡Metástasis! *Oh my God!*

–Tengo ganas de ahorcarme…

Le tendí una mano y le dije:

–Encantada de conocerla. Yo soy la profesora Dolly, jefa del departamento de oncología del hospital Kaplan, en Rehovot. ¿Quiere que aceleremos un poco las cosas?

–Si es posible, sí.

Saqué mi revólver y disparé una bala que le atravesó la cabeza y se alojó en un cuadro con un paisaje que tenía detrás. Sacudí al niño para despertarlo y salimos a la densa niebla de la ciudad. La niebla de Dolly City te envuelve como una blusa de seda, te pincha como una aguja de acupuntura china, se dirige directamente a tu sistema nervioso.

Era el mes de abril. Gracias a la eterna discusión entre Procedimiento y Burocracia, en Dolly City abril dura tres meses, hasta que dice todo lo que tiene que decir. Me arrastré junto con el pequeño, que con el tiempo había aprendido que no valía la pena meterse conmigo.

En Dolly City los curas y las monjas aparecen de la nada, o tal vez salgan de los muros o de las grietas entre las piedras, no tengo la menor idea. Visten de negro. Siempre, siempre van corriendo. Siempre vemos el revuelo de sus hábitos desapareciendo tras una esquina.

Me senté al borde de la carretera y comí mierda. El niño también comió mierda. ¿Qué más puedo decir? Terminamos nuestra comida con un postre de pastel de queso pasado. Al niño le di un pedazo quemado, para que no se acostumbrase a los dulces; no tengo dinero para dentistas y no sé nada de odontología.

Observé a un cura que corría tras otro cura, el cual corría tras una monja, quien a su vez corría tras un gato negro; quién sabe hasta dónde llegaría esa cadena.

Recordé aquel Muro tan alto, con todas las plantas que nacen de él. Si te acercas al Muro por las callejuelas pueden clavarte un cuchillo por la espalda. Cada vez que me acerco a él me piden en

ocho idiomas distintos que no me acerque, que me aleje de allí, que no viole con mi impureza aquellas piedras.

Quería mandarle un mensaje a Dios y no entraba en mis cálculos ir al Muro por diversas razones. Me senté a reflexionar: ¿cómo podría transmitir un mensaje a Dios, en los cielos, si yo soy Dolly de Dolly City, en la tierra? Llegué a la conclusión de que necesitaba un intermediario. Vi a un cura o a una monja y el niño y yo corrimos tras él | ella durante tres horas, por encima y por debajo del jardín botánico, por encima y por debajo de los puentes, pero él | ella se nos escapó, así que por la tarde nos sentamos en las escaleras del Museo del Colonialismo para descansar de toda aquella persecución estéril.

Le dije a mi hijo:

–Hijo, mamá necesita un intermediario que recoja sus palabras, las doble y haga con ellas un avión que vuele alto, alto, más allá de las montañas oscuras.

Todo el camino hacia Kfar Habad, el pueblo de los hasidim, los judíos ortodoxos, estaba plagado de desechos radiactivos. Una gran cantidad de instrumentos de medición advertían al viajero del peligro de una sobreexposición, y a mí, que soy una madre angustiada y sobreprotectora compulsiva, me dio un ataque de ansiedad y pedí a mi hijo que no respirase. Que por lo menos sus pulmones permanecieran limpios.

Aviones de Bi-Air volaban sobre nosotros como pájaros primigenios hacia el sudeste o el nordeste, hacia el destino que sus luces parpadeantes indicaban. También surcaban la inmensidad del cielo aviones de British Airways, pero ninguno como los de Bi-Air. Íbamos en un escarabajo descapotable que había robado antes en la ciudad. Conecté la radio y me puse a escuchar cantos gregorianos.

Los vientos ardientes del desierto impregnados de gas mostaza tamborileaban sobre el escarabajo con insolencia tropical. El niño iba atado al asiento trasero con unos quinientos cinturones. El cartel

indicaba Kfar Habad a la izquierda y yo giré obedientemente para encontrarme en una carretera que cruzaba un vado seco.

La gente siempre admira a quienes son más fuertes. A los locos les gusta decir que la locura puede más que ellos. Para mí es distinto: tal vez esté loca, pero la locura no es más poderosa que yo.

Entré en el pueblo por la tarde, con las gafas puestas. A pesar del viento y de los residuos radiactivos, había gente entre los árboles, rezando y danzando, pues el latiguillo de los hasidim es, por supuesto, la *joie de vivre*, con o sin consecuencias radiactivas.

Descendí del coche; era una bola de grasa, un balón, una montaña ambulante, con la cabeza cubierta por una gorra a cuadros igual que la que llevaba mi hijo. Me acerqué a uno de los hombres, que inmediatamente me soltó:

–Dicen las Escrituras: «Derrama tu ira sobre las naciones que no te conocen».[1] ¿La has derramado tú?

–No creo haber hecho otra cosa que derramar mi ira.

–¿La derramas así, al azar, o sobre los gentiles?

–Mira, me muero de ganas de derramar mi ira sobre los gentiles, realmente me muero de ganas. Lo he hecho con algunos, en Alemania, en Düss…

–Alemania no cuenta –replicó el hasid, que era largo de cuerpo, de miembros largos, rostro alargado y pelo y barba largos.

–¿Por qué? –pregunté.

–De Alemania ya me ocupo yo. Está bajo control. No pierdas el tiempo.

–Entonces, ¿qué queda libre?

–Tienes que consultar nuestras listas.

La conversación languideció. Empezaron a caer copos de nieve mezclados con lluvia y yo me apresuré a volver al escarabajo. Mi hijo estaba dentro, temblando de frío, con los labios azules como el mar profundo. Le eché encima mi abrigo y puse de nuevo la radio. Decían que ese día la gente circulaba de este a oeste y que la circulación de oeste a este estaba interrumpida. Imaginé a las tribus

europeas galopando sobre sus caballos salvajes allá por el siglo IX o el VII, antes de que tuviesen unos culos de hipopótamo e invadieran el mundo con sus ideas estúpidas.

Puse en marcha el motor y avancé despacio por el camino que llevaba al pueblo y que empezaba a blanquear a causa de la caída simultánea de la lluvia y la nieve. Iba en busca del archivo, quería ver las listas y encontrar el reino no judío disponible. También quería saber quién más se hacía cargo de los alemanes y si lo que yo había hecho en el orfanato de Stephanie Poldark se había tenido en cuenta. Quería curiosear sobre quién se ocupaba de derramar su ira sobre los brasileños, los suecos, los mongoles, los suizos con toda su neutralidad, todo su esquí, su nieve blanca y sus ridículos concursos de eslalon que contemplan y animan con gorros y guantes de lana.

Llegué al archivo, que estaba cerrado a causa de la situación. Ya no nevaba ni llovía. Eché a andar con la mano helada de mi hijo en la mía, buscando a alguien a quien poder confiar algo que él, a su vez, confiara a las altas instancias.

Miré las puertas de madera. Sabía que tras la mayoría de ellas había un anciano centenario de barba blanca y ojos brillantes. Abrí algunas con cierta precaución, mi hijo y yo miramos en el interior y vimos exactamente lo que había imaginado.

Apareció un hasid y nos preguntó:

–¿Puedo ayudarla?

–Sí, oiga –respondí enseguida–, dígale a Dios que no fue el cáncer lo que mató a mi padre, fui yo. Es decir, estaba enfermo de cáncer, agonizante, pero yo por compasión le puse un producto mortal en el gotero. ¿Podría decírselo a Dios?

–¿Por qué no se lo suelta usted misma? –dijo, y luego volvió a su página de las Escrituras.

–¿Quiere que le meta una bala en la cabeza? –le pregunté mientras sacaba mi revólver.

Pero no le destrocé el cerebro. Dejé que siguiera con vida, y el niño y yo también seguimos viviendo.

Regresamos al escarabajo, pero estaba empezando a ponerme nerviosa, así que le prendí fuego para que nos calentara un poco. Me dirigí a la salida del pueblo mientras mi hijo me seguía corriendo y gritando:

–Espera, espera, espera.

Iba mirando todo el tiempo hacia atrás, no por mi hijo, sino para ver si salía del pueblo algún coche: tal vez algún hasid quisiera renegar de su fe. Pero no, todos seguían aferrados a ella y me vi obligada a regresar a la ciudad en la camioneta de un gamberro baboso.

El niño apoyó la cabeza en mi hombro y le noté el hueco en el cráneo, un recuerdo de la época en que su cabeza era mi principal preocupación. Aunque su contacto me sacaba de quicio, no lo empujé al rincón opuesto de la cabina, sino que dejé que su cabeza rebotase en mi hombro, al ritmo de los baches y accidentes del camino.

Me examiné a mí misma. Quería saber si todavía notaba el cáncer por doquier. Me di cuenta de que el camino sufría de cáncer, que la carretera Número Uno también estaba enferma de cáncer, así como el conductor, aunque todo aquello me dejaba indiferente. Ya no quería abrir y extraer, abrir y extraer, extraer y extraer. Me dije: déjalo, guapa.

Ese mismo día descubrí la forma de luchar contra mi locura: la indiferencia. Aprendí a comportarme con ella como nos comportamos con un loco que encontramos en la calle. Le damos la razón en todo y seguimos adelante. Ese seguir adelante es la clave del asunto. Sal y mira, me dije, a un hombre que ha perdido la razón. Puede dejarla de lado y seguir adelante. Tiene la oportunidad de confinarla, delimitarla y, de ser posible, sujetarla. Durante semanas trabajé en ese confinamiento, aparté la idea de que el cáncer gobierna el mundo, de que el cáncer es el diablo, de que el diablo es el cáncer.

El niño tenía seis años y medio, tal vez más. Lo llevé a Rosh Hanikrá. Le compré un croissant y dejé que mis pensamientos vagaran toda la tarde. Nos sentamos en la cima del monte y contemplamos los vagones del funicular que llevaban a la gente hasta allí, justo para mirar cómo el mar desenfrenado penetra en las grutas hasta llegar al punto que señala la Asociación Protectora de la Naturaleza. En verano el mar es educado y discreto, no se burla de las señales de la Asociación. Pero en invierno, cuando no hay nadie, el mar se permite hacer lo que le viene en gana y pasarse de la raya.

Regresamos sin dilación a nuestro nicho para dormir, olvidar, para alejarnos de todo.

Pasaron los meses, pasaron como siempre, el espectáculo debe continuar y todas esas idioteces. La gente estaba profundamente deprimida, nadie quería masajes ni enemas, ni siquiera que les enseñara a respirar correctamente.

Nos quedaba solo pan seco y fuimos al único lugar normal que quedaba en Dolly City, el mercado Carmel. Cuesta creer lo bien organizados que están allí. Hileras de puestos de vendedores sonrientes, que conocen con precisión su mercancía, con las manos amarillas de nicotina y toda clase de parásitos en el cuello. Los vendedores profesionales están alineados a derecha y a izquierda, y en el centro están los clandestinos, que se avisan unos a otros a gritos cuando llegan los inspectores municipales.

Anduvimos por las calles del mercado. Llevaba al niño de una mano y en la otra llevaba un cesto que iba llenando con restos de frutas, verduras y trozos de pollo. Llegamos a un puesto donde vendían las pastillas amarillas antidepresivas a peso, montones de ellas. El vendedor las metía a puñados en unas bolsas oscuras de papel y la gente las compraba como si fuesen cacahuetes.

Compré dos kilos, para un mes, y me tragué ocho pastillas de golpe. Al niño también le hice tomar dos, para que se fuera acostumbrando.

A la salida del mercado, me senté en un banco a mordisquear pistachos. Ante mí pasaban las mamás apresuradas con niños pegados al pecho o al hombro o todavía en el vientre, iban del mercado Carmel al mercado negro de la calle Lilienblum, donde hay hombres de pantalones a cuadros, con el minúsculo miembro escondido en los calzoncillos blancos y el rostro desvaído como si alguien se lo hubiera aplastado con un ladrillo. Todos tienen la boca torcida en forma de $ de tantas veces que han bisbiseado la tasa del dólar en el mercado negro.

El niño miraba a aquellos niños de padres dudosos y madres jodidas y yo le dije que podía darme las gracias, que les echara un vistazo y agradeciera haber caído en mis manos en lugar de en las de aquellas locas que de vez en cuando cogen un vaso y a la chita callando lo estrellan en la cabeza de sus hijos. El niño pensó que había encontrado un resquicio para acercarse a mí y me pidió un chupa-chups en forma de gallo. Aquello ya era demasiado. Le así la cabeza con las dos manos y se la sacudí con fuerza, mientras le preguntaba a gritos si quería que lo mandara a un kibutz en alguno de los valles. Le dije que si no cerraba la boca lo mandaría al valle Beit Netofa, al kibutz Ein Shemer, a los gigantescos columpios entre los flamboyanes.

El niño me miró aterrado, aterrado de veras, y me callé. Empezaba a sentir una angustia completamente distinta, me estremecía al pensar que había hecho de él un enfermo mental, que Hijo estaba pagando el precio de su infancia mutilada. Me helaba la sangre pensar que tal vez pasaría el resto de su vida en manicomios. Ya lo veía a los sesenta años sentado en un banco con la mirada de demente incurable, con el pelo ralo y enmarañado. El abismo tiraba de mí como un chicle. En vez de afrontarlo, me fui a dormir y soñé que me follaba, que mi hijo me follaba. Cuando me desperté, seguro que parecía Charlotte Rampling después de un polvo.

En cuanto a mi hijo, estaba frente a mí hecho un pincel, con ropa nueva. Creo que llevaba incluso un chaleco de franela a cuadros. Iba de la mano de mi única hermana, a la que no había visto hacía años.

–Natasha –le dije, con la cabeza dándome vueltas–. ¿Qué haces en Dolly City? ¿Te has vuelto loca?

–Voy a abrir un refugio para niños maltratados, hermana. Hijos de padres pervertidos y peligrosos, hermana. Me llevo al niño, te lo confisco. Ya sabes por qué.

–¿Cuándo me lo devolverás? Al fin y al cabo es mi hijo. Para lo bueno y para lo malo.

–Cuando devuelvas las fronteras del 67 a su lugar.

–¿Qué?

–Ya lo has oído.

Tomó de la mano al niño y se fue con él hacia la calle de la Electricidad. El niño caminaba tranquilamente a su lado y no volvió la vista atrás ni una sola vez.

En Dolly City la lluvia no es ninguna tontería, es tan gruesa como los espaguetis, pero hace años que no llueve. Ni una sola gota. En las afueras de la ciudad se llegó a disparar misiles amigables para que horadaran las nubes vírgenes y pusieran el asunto en marcha, pero los misiles penetraron en ellas y se quedaron allí como pollas de caballo.

Para sobreponerse a la depresión, los habitantes de Dolly City aumentaron la ingesta de pastillas amarillas. Mi alma también estaba sumida en la oscuridad, así que me aumenté la dosis.

Me ganaba la vida exclusivamente haciendo lavativas, me convertí en una experta en el campo. Un contable al que le administré una me contó que casi cada noche soñaba que los números lo perseguían y que querían encularlo y no sabía qué hacer. No era el único en Dolly City que soñaba cosas semejantes. Mis clientes, una muestra poblacional de dementes que sufrían una serie representativa de privaciones, me llenaban los oídos con sus historias, tan aburridas que incluso mi pelo se marchaba a dormir. Cuando empezaban a hablar, era como cuando Itsik, el mago de mi rascacielos, hacía el truco de sacarse de la boca un pañuelo amarillo,

luego uno rojo, y uno verde y uno púrpura, y así sucesivamente, en un cuento de nunca acabar.

Estaba haciéndome vieja. Había cumplido los cuarenta y uno. Había engordado todavía más. Lo único que comía eran porciones enteras de halva. Creo que pesaba alrededor de noventa kilos, sin contar al niño.

Se abatió sobre la ciudad un frío glacial, no había escapatoria. Cuanto más frío hacía, más halva devoraba yo. El halva me volvía loca. El halva es lo más.

Los postes del tendido eléctrico se estremecían de frío, las aves se congelaban en pleno vuelo y caían al suelo como piedras. Los escultores enloquecieron por completo. Según ellos, cada objeto que se petrificaba a causa del frío era obra suya. Siguieron las escaramuzas entre los escultores, las trifulcas a pleno día y toda clase de altercados públicos en cada esquina.

Me uní a los miserables y a sus fogatas crepitantes. La gente se calentaba en silencio. No había humareda que no tuviera veinte personas alrededor. Las personas se soplaban el aliento mutuamente y, a pesar de la repulsión que sentían, se pegaban unas a otras.

Otro abril llegó a su fin, el quinto consecutivo, y llegó febrero. El cielo estaba cubierto, pero no de nubes sino de aviones: Migs y Mirages de las fuerzas aéreas francesas que lanzaban bombas sobre mi único lugar de pastoreo. Hacía ya varios meses que de vez en cuando los aviones bombardeaban Dolly City sin razón aparente. Simplemente aparecían dos o tres veces al mes, cagaban sobre nosotros y se marchaban volando. Yo corría como todo el mundo a refugiarme en el Jardín Botánico porque se decía que los franceses lo respetaban, que respetaban las plantas a causa de su gran industria del perfume. Vaya tontería. El Jardín Botánico fue completamente bombardeado, y lo más gracioso es que en las fauces de las enormes plantas tropicales quedaron alojados toda clase de proyectiles sin explotar.

Estaba muy deprimida, más de lo habitual. Después de años preparándome para cuando el cáncer me atacara, de identificar células cancerosas por todos lados, van y llegan las fuerzas aéreas francesas con sus pilotos cabrones y lanzan sobre mi planeta unos huevos de avestruz trucados.

Un día, pongamos por caso el 12 de marzo, o quizás el 3 de diciembre –solo tú, Dios mío, sabes lo que le pasó a mi memoria–, dos Concorde chocaron con gran estrépito sobre Dolly City. Acostada en un banco, vi cómo iban cayendo las personas en pedazos. Los equipos de rescate impidieron que la multitud convirtiera a los supervivientes en salchichas.

Pero los muchachos de Dolly City no tenían en cuenta los reclamos de nadie, de modo que hicieron lo que hicieron.

Yo también estaba hambrienta. Me moría por llevarme algo a la boca, un croissant de chocolate, por ejemplo, pero la pastelería estaba cerrada. La gente quería comer carne. Fui al cementerio de los soldados franceses que habían caído durante la Primera Guerra Mundial. Pálidas cruces con toda clase de Jean-Claudes y Jean-Pauls. Me tendí sobre aquella tierra abarrotada y me eché una siesta.

Abrí y cerré los ojos, sabía que tenía que levantarme; las personas deben ponerse en pie, lo quieran o no. ¡Hay que levantarse!

Me levanté y sentí escalofríos. Casi no podía tenerme en pie, me dolía la espalda. Las vértebras. Regresé a la ciudad. La gente caminaba por las calles, bebía cerveza en los bares, follaba tras las cortinas. Entré en un café, pedí un vaso de agua y me tragué de golpe dieciocho pastillas para salir de mi aflicción, pero, como de costumbre, no me hicieron ningún efecto. Vagué por las calles hasta que vi un babero con el dibujo del Pato Donald colgado en un poste de electricidad. De pronto me encontré encaramándome al poste y arriesgándome por un trozo de tela. Lo descolgué y lo observé, me pareció en buen estado y me encaminé al hogar que había fundado mi hermana, la asistenta social, un refugio para niños maltratados y ancianos postrados.

–¿Qué es? –preguntó mi hermana, que empezaba a tener el pelo gris.

–Un babero.

–¿Para quién?

–Para el niño. –De pronto me llené de zozobra al oír que ella preguntaba para quién era–. ¿No irás a decirme que ha muerto?

–No.

–Entonces, ¿dónde está?

–En la piscina.

–¿En qué piscina? ¿Hay una piscina?

–Hay un pequeño lago en el volcán. –Echó un vistazo al babero–. Le quedará pequeño –dijo.

–¿Pequeño?

–El niño tiene trece años, Dolly. Estás completamente ida. ¿Crees que porque hace seis años que no lo ves estará igual que la última vez?

Entró en el edificio y yo seguí sus pasos. Se recogía los rizos con una cinta negra. Había adelgazado, parecía un palillo.

Un grupo de niños felices nos adelantaron. Busqué entre ellos a Hijo, pero no estaba. Lo encontré en la piscina, metido en un flotador negro. Mi hermana giró sobre sus talones y se alejó.

Miré a la criatura en el flotador y no pude establecer ninguna comunicación con ella. No encontraba palabras. No podía ni saludarlo; demasiada historia detrás. Me dije: He aquí el gran momento, Dolly. El monstruo que tu locura ha creado. Tienes que estar preparada para lo peor. Pero sabía que la imaginación de la realidad no tenía límites, no los tenía.

El niño echó para atrás la cabeza y, con inmenso placer, se humedeció el pelo ensortijado y negro. Aunque me resultaba familiar, dudé de si realmente era él. Solo tenía un modo de comprobarlo.

–¡Sal del agua, te lo ordeno!

Soltó una risita pero de todos modos obedeció, saltó del flotador y se dirigió a nado a la escalera. Cuando salió del agua reparé en su vientre lleno de cicatrices. Aunque eso puede tenerlo cualquiera.

–Date la vuelta –le dije.

Obedeció y entonces vi el mapa de Israel en su espalda. El mapa era asombrosamente preciso y estaba actualizado; alguien había repasado las líneas y las había ido ampliando según el crecimiento de Hijo. Lo observé con atención y me di cuenta de una cosa: por increíble que pareciera, había vuelto a las fronteras del 67.

Reflexioné sobre las diferencias generacionales. Mi madre escupía a los árabes, yo los miro a los ojos y mi hijo acabará lamiéndoles el culo.

El niño fue a vestirse y yo lo esperé, impaciente, fuera de las duchas. Las cosas habían cambiado. Yo había engordado y adelgazado, me había hinchado y deshinchado, mi hijo había crecido y me taladraba con una mirada orgullosa.

Vino hacia mí, bien peinado, con vaqueros y una camiseta colorida; vestía con elegancia, en comparación con los habitantes de Dolly City y sus trapos sin gusto ni gracia.

–¿Vamos? –me dijo.

–¿Adónde? –pregunté.

No respondió a mi pregunta y empezó a caminar hacia el gimnasio, que atravesamos mientras chicos y chicas un par de años mayores o menores que él hacían gimnasia: las niñas de doce años caminaban sobre barras de equilibrio y los niños hacían volteretas. Cuando salimos de allí, me pareció que mi hermana había creado un lugar impresionante.

Alcanzamos la calle, y aunque solo había transcurrido un cuarto de hora o tal vez media desde que había llegado, era como si hubieran pasado cinco años. El aire me parecía distinto, yo misma parecía distinta, las calzadas parecían haberse ensanchado, los edificios se habían alejado un poco unos de otros, y aquí y allá había incluso alguna bandera, pero no pude identificar a qué país

pertenecían. Lo que alcancé a ver cuando miré hacia arriba fue el sol que brillaba detrás de los edificios, el cielo que pendía por encima de mí, incluso la luna colgaba más allá, en su lugar. Miré a mi hijo de perfil y me dije: No le toqué el perfil, por eso tiene un perfil.

Mi hijo hablaba y hablaba, como si se hubiera tragado una radio. Encontraba gente que le estrechaba la mano, él les daba palmadas en el hombro, intercambiaban frases sobre un concierto de rock, en realidad yo no prestaba atención. Estaba concentrada en mí misma. Empezamos a caminar sin rumbo, o así lo creí, pero al cabo de un rato me di cuenta de que me conducía a la peluquería. Le pidió al peluquero que le acortara un poco los rizos negros.

–¿No es una pena? –le pregunté, pero tampoco esta vez me contestó.

Me senté detrás de él y miré cómo caía el pelo al suelo. Le ponían rulos a una mujer, y a otra con un rostro espeluznante le pegaban al pelo unos pedacitos de papel de plata. Los ayudantes del peluquero daban vueltas y correteaban alrededor de él, que no cesaba de bromear con mi hijo sobre la situación; el niño manifestaba una curiosidad asombrosa y un dominio del tema todavía más asombroso. Se movía como pez en el agua en todo aquel mar de conflictos locales, comprendía los intereses de los estados vecinos, e incluso los motivos de los más lejanos, y hablaba con el peluquero sobre Churchill, Chamberlain y muchos otros cuyos nombres empiezan por Ch, como Che Guevara. Observé las montañas lejanas que componían el paisaje de un gran cuadro colgado al fondo del salón de la peluquería. No sabía cuándo llegaría el momento, el momento en que el niño empezara a preguntarme la razón de todas aquellas cicatrices, o de las enfermedades que había sufrido o que estaba sufriendo. Temía ese momento porque ya estaba agotada de tanta medicina y enfermedades; no lo soportaba más.

Al cabo de una media hora de estar en la calle, después de comprarle una hamburguesa con queso, me dijo que quería psicoanalizarse, que tenía cosas que sacar afuera.

–¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? ¿Mi hermana? –refunfuñé–. Es su estilo. Como ella se psicoanalizó cree que…

–En la institución todos nos psicoanalizamos –dijo el niño–, sobre todo después del Bar mitzvá. Es el procedimiento acostumbrado.

Me puse en jarras y le dije en tono provocador:

–¿Y quién crees tú que va a pagarlo? ¿Tal vez el banco de tu padre?

–El mismo que paga mi Bar mitzvá pagará mi psicoanálisis.

–Tú… tú… ten cuidado. ¡No sabes con quién te metes! ¡Mucho cuidado! –dije agitando un dedo en el aire.

–Pero ¿por qué, mamá? –dijo con una sonrisa maliciosa–. ¿Qué tiene de malo? Mi Bar mitzvá será a cielo abierto, en un parque público, luego nos iremos todos de safari.

–¿De safari? Oye, ¿tú estás bien de la cabeza? ¿Pretendes llevar a la gente a un safari? ¿Quién crees que lo va a pagar? Dime, ¿qué te pasa? ¿Crees que tengo una mina de oro? ¿Quién crees que va a pagar los billetes a un safari para ti y tus invitados?

–El mismo que me pagará el psicoanálisis.

–¿Y quién te va a pagar el psicoanálisis?

–Bi-Air.

–¿Cómo dices?

–Lo que has oído, Bi-Air.

–¿Las líneas aéreas de Israel?

–Sí, ellos son los que financian todas las actividades de la institución. Tu hermana, mi tía –dijo riendo–, consiguió subvenciones para diez años. Ella cuida a los niños y a los que recomienda les hacen un test para entrar a trabajar en Bi-Air.

–¡No doy crédito a mis oídos! –dije mientras contemplaba aquellos autobuses de dos pisos–, no me lo puedo creer.

Me repetía a mí misma que, incluso en aquella existencia real, nunca se es del todo libre. En el ascensor al infierno todavía me tropezaría con el primer hombre con el que me había acostado.

Mi hijo y yo caminamos un largo trecho en silencio. Él iba medio metro delante y yo detrás, a la cola. Ambos sumidos en nuestros pensamientos. Los míos podían describirse como rollos de alambre de espino o plantas rodadoras del desierto.

Rompí el silencio:

–Dime, ¿para qué te quieres psicoanalizar? Deja atrás el pasado. No le prestes atención. Todos esos complejos de la infancia, el chupete, los calzoncillos de papá, ¿adónde te van a llevar?

–No insistas, mamá, voy a hacerlo de todos modos –dijo sin volverse hacia mí. Y prosiguió–: Daniela, la asistente social de Bi-Air, estudió con tu hermana en la universidad de Bar Ilán, ambas son muy buenas.

El niño siguió hablando, pero mi umbral de atención era bajo y renuncié a seguir sus argumentos hasta el final.

Unos minutos más tarde acudió a mi memoria la última desazón de mi fatigada mente y le dije al niño con firmeza:

–¡Te prohíbo de una vez por todas que tengas ninguna clase de relación con la compañía aérea Bi-Air! Te lo advierto claramente: si te psicoanalizas, ya no serás hijo mío, ¿entendido?

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas, me miró afligido, se volvió y echó a correr. Justo cuando llegó a la esquina empezó a caer un aguacero, oh sí, por fin Dolly City recibía una ducha fría. Me lancé en su persecución, pero se me escapó, y en una callejuela, calada hasta los huesos, me senté encima de un contenedor de basura, saqué un pañuelo del bolsillo y me sequé la cara.

Durante las horas siguientes seguí buscándolo. Me subí a los cubos de basura y grité:

–¡Hijo, hijo de puta, responde!

Caminé entre los edificios. Algunos habían sido blanco de las bombas de las fuerzas aéreas francesas. Estaba arrepentida, tenía un nudo en el estómago. No le volveré a prohibir que haga psicoanálisis, me dije, al contrario, que lo haga, que recupere el recuerdo de las operaciones enfermizas a las que lo sometí, que

sepa lo que vale un peine, que comprenda que su madre quiso asumir su responsabilidad en el más amplio sentido de la palabra y que no quiso compartir esa responsabilidad con nadie más, incluida la Creación y todos sus sinónimos juntos.

Comprendí que me había equivocado, que debería haber dejado que las cosas sucedieran. El niño tenía trece años y seguía con vida. Técnicamente hablando, no había hecho falta tanto abrir y hurgar. Lo había abierto porque sí. Seguí vagando, angustiada, desesperada. Traté de captar señales de radar como las mamás murciélago, pero no lo conseguí.

–Dios mío, ayúdame –murmuré, y me senté en un banco bajo el aguacero. De pronto, en medio de los rayos y los truenos, apareció ante mí un hombre con una gabardina negra y sombrero y paraguas del mismo color. Me dedicó una sonrisa desabrida. Tenía los labios casi blancos. No dudé ni un instante de que fuese un enfermo incurable. Cuando lo miré más detenidamente, me di cuenta de que era McMillan, de *McMillan y esposa*, aunque había algo que no me cuadraba. Supuse que no era sino otro de los impostores de Dolly City, uno de aquellos lunáticos delirantes.

–Encantado –dijo tendiéndome al mano–. Trabajo con Hércules Poirot, me llamo McMillan.

–Encantada –respondí con desconfianza–. Soy la profesora Dolly, jefa del departamento geriátrico del hospital Bellinson de Petaj Tikva.

Nos estrechamos la mano; la suya estaba helada.

Sospeché que tal vez estuviera relacionado con la compañía Bi-Air, porque cuando mi padre volvió a casa, en lugar de ocuparse de lo que tenía a su alrededor, desde el primer momento se puso a leer libros de bolsillo de Hércules Poirot y otros personajes similares en francés. Eran libros de letra grande y con fotos de revólveres en las brillantes y arrugadas cubiertas. Se tragaba ocho o nueve libros de ésos por semana.

McMillan me aconsejó que llamara a la policía por el asunto de mi hijo y que denunciara su desaparición.

Vaya listillo; los teléfonos de Dolly City hacía años que estaban estropeados. En cuanto descolgabas, oías la señal de comunicando. Imposible llamar a ninguna parte. Solo a Yavne, donde te respondían con una grabación en la que te preguntaban si podían ayudarte en algo.

McMillan extendió un mapa de Dolly City sobre el pavimento fangoso y por primera vez en mi vida vi las cosas desde lo alto. ¿Qué podría decir de lo que vi? Las cosas estaban en el lugar que les correspondía. McMillan señaló los Manantiales de la Desesperación, los Lagos del Pavor, los Pantanos del Aburrimiento, los Cañones del Amaneramiento, y todas aquellas flechas que indicaban las migraciones humanas.

Dijo que pensaba ir a buscar a mi hijo al monasterio trapense, que tal vez algún monje le soltara algo. Me pareció un idiota redomado y pronto me di cuenta de que me tomaba el pelo. No le hice caso y, al cabo de una serie de frases vacuas, prosiguió:

–¡Algún día te arrepentirás, pagarás por haberme humillado!

–Sí –dije, grosera–, mira cómo tiemblo.

–Te crees muy lista, pero tu padre está muerto. Si estuviera vivo, no serías tan atrevida.

–¿Sí? ¿Y cómo lo sabes?

–No es difícil saberlo.

–¿Sabes qué? Eres repugnante, me das asco. ¡Te romperé la cara, lárgate! Te voy a destrozar el cerebro para hacer con él tiras de celofán arrugado.

–Ya, ya, ya –dijo McMillan dándome palmadas en la espalda para que me tranquilizara–. Ya, todo irá bien.

–Que te den por el culo –repliqué, dándole un empujón.

–Si tu padre estuviera vivo, no te atreverías a hablar así. No dirías la palabra *culo* delante de él.

–¿Quién te lo ha dicho?

–Está claro.

–Ya, ya, ya, que te den por el culo –repetí despectivamente.

–Renueva un poco tu vocabulario, Dolly, hay que modernizarlo.

–Que te den.

Se alejó y yo me enfurecí. Rugí como un samurái de buen corazón. Le disparé en la espalda y cayó en medio de un charco de sangre; estuvo un buen rato agonizando. Mientras agonizaba, se retorcía y gemía, pero yo hacía como si nada. Cuando murió, me acerqué y le registré los bolsillos. Encontré el gran manojo de llaves de mi padre, con todas las llaves de sus cajones secretos de las oficinas de Bi-Air y de casa. Me lo metí en el bolsillo y me fui, pero en vez de sentirme realizada, me inundó un lacerante sentimiento de pérdida; entonces me cubrió un manto negro y luché en vano por librarme de él, como una tigresa en una trampa.

De nuevo me encontré en el manicomio, atada a la cama, escuchando la conferencia que un loco pronunciaba para el resto de los locos, que lo escuchaban con interés. Por lo que pude entender, se creía candidato al Parlamento y pedía a los otros locos que lo apoyaran y que hicieran firmar a sus parientes toda clase de formularios que había preparado en papel tornasol o algo así. Los otros locos le proponían que añadiera cosas al programa de su partido y él compartía sus dudas con ellos. Una de sus propuestas, según pude entender, era que el Estado se hiciera cargo de los tratamientos psiquiátricos de la población, ya que el Estado era el responsable de su desequilibrio.

Alguien escribió en la pared: «La locura es una naranja madura y por lo tanto debe ser empaquetada y enviada a Europa en cajas con la palabra JAFA impresa».

Mi hijo entró en la sala con un libro abierto bajo el brazo.

–¿Cómo te encuentras, mamá? ¿Mejor? –me preguntó sonriente, y me puso una mano en la frente.

Tenía la cabeza pesada. No sabía con qué me alimentaban. Miré a mi alrededor por si mi entorno todavía era canceroso, pero nadie tenía ni siquiera un resfriado. Lo que ocurre es que alguien me ha arrancado mi naranja madura, pensé, y me horrorizó sentir una

aguda punzada de sufrimiento. Supe que me habían hecho algo, pero como tenía las manos atadas no me podía tocar para comprobar si me habían abierto.

Hijo me leyó el pensamiento.

–Lo siento, mamá –dijo.

Tenía los labios secos. Me los humedecí con la lengua.

–Agua –le pedí.

–Lo siento, mamá, no puedes beber agua. Solo té con azúcar.

Me acercó a la boca una taza de plástico azul cielo con un té oscuro. Entreabrí los labios y tomé un sorbo. A continuación, con la ayuda del niño, terminé la bebida, me recosté y fijé la vista en un pedazo de cortina blanca.

–Cuéntame algo –le dije a mi hijo.

–¿Qué?

–¿Dónde estabas? ¿Adónde fuiste?

–Estaba en el aeropuerto Ben Gurión –respondió riendo entre dientes–. Empecé una diálisis.

–¿Una diálisis? –pude articular apenas–. ¿No habías hablado de un psicoanálisis? ¿Ya no quieres hacer psicoanálisis? ¿Te conformas con una diálisis?

–Me conformo con una diálisis –dijo guiñándome maliciosamente un ojo–. He decidido mirar adelante y olvidar todas esas tonterías.

–¿Qué quieres decir?

–Sabes a qué me refiero; podría decirse que eres la única madre en el mundo que conoce tan a fondo a su hijo.

–Ahhh –temblé.

–Sí –dijo, y dejó su libro encima del colchón.

–¿Qué lees?

–Los viajes de Magallanes –respondió contento.

–¿Qué? Estupendo –murmuré.

El niño no dijo nada, pero en su mirada había un destello de pasión.

Cerré los ojos y casi en sueños oí que me decía:

–Adivina una cosa.

–¿Qué? –Abrí los ojos.

–Me he enrolado voluntario. ¡Me han admitido!

–¿Qué?

–En el ejército.

–¿A tu edad?

–Me han admitido, sí. –Irguió la cabeza con orgullo.

–¿En la Aviación?

–No, en la Marina.

–¿En la Marina?

–Sí, en la escuela de cadetes de la Armada. La Academia Naval Brutal. No trates de detenerme. Dame tu bendición. Créeme, mamá –me dijo con los ojos brillantes–, navegar, navegar con todas las velas blancas al viento, salir de Dolly City, navegar a Sierra Leona, avistar a los negros saltando en la ribera, circunnavegar África en setenta días, ver todos los lugares maravillosos que solo han pisado los grandes exploradores. Ya lo he decidido, mamá, entrego al mar todo lo que tengo.

–¿Y quién pagará?

–Bi-Air. La idea es de ellos, o eso creo, pretenden descubrir nuevos destinos a los que Bi-Air pueda volar.

–Y dime, ¿crees que yo me lo voy a tragar?

–¿Tragarte qué?

–Yo… yo… yo… –empecé a decir mientras notaba que de nuevo me costaba expresarme.

–*Ciao* –dijo.

Echó a correr, tocó el timbre, se abrió la puerta blindada y entraron unos rayos de sol.

Vino a mi habitación una psiquiatra pelirroja de pelo rizado, de unos cuarenta años, con la expresión amarga de quien no tiene ninguna

salida, de que hay cosas en la vida que alguien tiene que hacer, así que ¿por qué no ella? Llevaba un vestido de algodón blanco y una bata, blanca también. La reconocí, ya me había tratado, y Dios sabe qué le habría dicho.

–¿Cómo está, doctora? –me preguntó.

–Yo podría preguntarle lo mismo.

–Estoy bien, gracias. He encontrado un poco de atasco en la autopista. No sé cómo pueden llamar autopista a esa carretera.

–Doctora –dije.

–¿Sí?

–Entiendo que todos esos son sus pacientes. –Me refería a la reunión que tenía lugar no muy lejos de nosotros–. Pero mi caso es distinto. Incluso si admitimos que estoy loca, no lo estoy como ellos. Yo soy especial, tal vez debido a que soy médico.

–Sí –dijo.

–Me duele el corazón –confesé.

–A mí también, créame. Cuando veo todos esos muertos en el camino, cuando leo el periódico, me duele el corazón.

–Pero a mí me duele de verdad. Tengo molestias en el lado izquierdo del pecho y también en el brazo izquierdo.

–Es el estrés, Dolly. No es nada. Es el campo sembrado de espinas después del incendio. Ahora hay que tener paciencia y esperar a que germinen las nuevas semillas.

–¿Qué nuevas semillas? –Me acordé de Gordon–. Era feliz, me estaba encontrando a mí misma. Tenía un objetivo. ¿Qué habéis hecho conmigo? ¿Por qué me habéis eliminado las metástasis de los ojos?

–No hemos eliminado nada, ¡solo te hemos abierto los ojos! ¡Mírame! ¿Tengo cáncer?

–Tal vez –le dije.

Pero no estaba trastornada. Antes, la mera posibilidad habría bastado para hacerme enloquecer. Esta vez, me contenté con decir:

–Solo se podría saber con un escáner.

–¿Lo ves?, por primera vez en mucho tiempo noto un progreso. Es un placer trabajar contigo. En comparación con otros locos, eres más flexible, es muy cómodo trabajar contigo.

–Gracias.

–Ahora sentirás nostalgia de tu hijo. Es natural, ¿me entiendes? Cuando digo que es natural, me refiero a que no te resistas. Acéptalo, Dolly. Puede que te mande fotos: las miras y las metes en la cartera, en el compartimento transparente, ese donde tu padre puso la tuya de cuando tenías cuatro años junto a la torre Eiffel.

–¿Cómo sabe usted que existe esa foto?

–Me lo contaste tú, me contaste muchas cosas. Fue muy agradable. Hay que permitirse disfrutar un poco de la vida, hay que permitírselo.

–¿Qué?

Me masajeé las sienes doloridas. La doctora me dio una palmada afectuosa en el hombro y añadió:

–Recuerda que tu hijo podría morir en combate. Puede morir en combate, tienes que meterte esto en la cabeza. Puede morir ahogado, o lo puede devorar un tiburón si cae al agua. También debes meterte en la cabeza que, aunque puede morir de cáncer, lo normal es que si muere pronto sea en una batalla. En altamar se libran batallas muy, muy duras. Dicen que los hijos de puta de los franceses van a por todas.

Hizo una pausa y continuó:

–Así que, si muere en combate, serás una madre desconsolada, del mismo modo que si tú mueres él será un huérfano. ¡Hay un nombre para cada cosa! ¡Una identidad! Por Dios, Dolly –exclamó–, ¡coge la mano que te tiendo, cógela y pongamos fin a esto! ¿No lo ves? ¿Por qué? Dime, ¿todavía estás convencida de que eres médico y de que has estudiado en Katmandú?

–Claro.

–Entonces, ¿dónde está tu pasaporte? ¿Dónde está el sello que demuestra que estuviste en el Lejano Oriente? Hicimos lo imposible

por encontrarlo. Tu madre dice que lo tiene tu hermana y tu hermana dice que lo tienes tú.

–No sé dónde está mi pasaporte –balbuceé–. En serio, no lo sé. Tampoco sé qué quiere usted de mí. Les he repetido hasta la saciedad que soy médico, que estudié medicina en Katmandú. Se lo repito sin cesar a la gente y ellos me creen, entonces ¿por qué todos ustedes no? ¿Se consideran mejores que los demás? ¿Más talentosos? Sencillamente no entiendo lo que les mueve. ¿Por qué sonríen? ¿Qué es lo que les hace reír? ¿Qué le hace reír a usted?

–¿Que qué me hace reír? –preguntó.

–Sí.

–En particular las cosas inesperadas. Toda clase de espectáculos en la calle a las cuatro de la tarde. Tomar el sol en cueros en la azotea. Eso son cosas divertidas.

–Creo que puedo decir con bastante seguridad que usted es completamente normal –dije.

Parecía indefensa. Su mente erraba por la sala buscando un nuevo argumento, fresco, convincente. Entonces se fijó en un loco llamado Kobi. Estaba totalmente ido pero era brillante y llevaba una camisa con la frase SOY UN GENIO LOCO. Le leí el pensamiento a la psiquiatra. Ella apartó la mirada del loco, se volvió hacia mí y entreabrió los labios pintados de rojo amapola.

–No diga nada, lo sé –dije.

–Si lo sabes, entonces ¿qué opinas?

–¿Qué opino?

–¿Quieres ser como él? Es un caso perdido. Estoy violando el secreto médico para decirte que está acabado, no tiene remedio.

–No lo sabía.

–Hazte un favor a ti misma, Dolly, doctora Dolly. Basta ya de esta fantasía, ¿de acuerdo? Ya es suficiente.

CUARTA PARTE

Salí a las calles roturadas de Dolly City, a sus calles indolentes, a los surtidores que meaban trazando un arco. Me bajé los pantalones y meé en la fuente, derramé todo cuanto tenía, como contribución al arte escultórico. A continuación observé la escultura del niñito de unos cuatro años que abrazaba el tronco de un árbol. Toqué la estatua con la yema de los dedos. Me sentí mejor y me dirigí a la oficina central de correos en la calle Electricidad a buscar una carta que me mandaba mi hijo desde su academia de la Marina.

Era breve, como todas sus cartas, de unas cinco líneas como mucho. Decía que el Pacífico no era en absoluto pacífico, sino tempestuoso, con las aguas rojas de tantas batallas como se libraban en él. Cada dos minutos veían delfines atrapados en trampas y cardúmenes de tiburones hambrientos que seguían las naves. Cuando se trataba de la guerra, los franceses no tenían límite, como tampoco lo tenían cuando se preparaban una buena comida.

El chico estaba entusiasmado, obsesionado con la Marina de guerra. En sus cartas me hablaba de las distintas clases de armas. Acusaba la incoherencia de los piratas, saltaba de un tema a otro. Su letra era chapucera, pero aun así clara como la luz del día. Costaba descifrar las cartas, algunas estaban manchadas de sangre. Escribía en papel con membrete de Bi-Air, y aquello me sacaba de quicio. Me rompía la cabeza preguntándome qué interés podía tener una compañía aérea nacional como Bi-Air en enseñar a mi hijo cuatro cosas sobre acorazados y náutica brutal. ¿Qué era lo que, en nombre de todos los años que mi padre había dedicado a la empresa, se les había perdido en el mar? ¿Y por qué habían escogido precisamente a mi hijo? ¿Por qué?

Yo no creía que realmente quisieran a mi hijo para encontrar nuevas rutas. En Bi-Air había empleados muriéndose de ganas de viajar por cuenta de la empresa, y mucho más capacitados que los boy scouts de mi hermana, que, con todos los respetos, pese a todos los maltratos sufridos, nunca habían comido pollo, arroz y zanahorias en la cafetería de Bi-Air del aeropuerto, ni habían

mostrado las tarjetas con su nombre al guardia en la entrada del aeropuerto Ben Gurión. Ni siquiera llevaban tarjetas con su nombre.

No podía llamar a Bi-Air para hablar directamente con ellos y saber qué querían de mi hijo porque todos los teléfonos de Dolly City estaban estropeados y además no tenía fichas. Una ficha telefónica es un bien escaso en Dolly City, hay gente que mataría por conseguir una, con la esperanza de que algún día reparasen las cabinas telefónicas definitivamente y se pudiese mantener una conversación ininterrumpida.

Empecé a pedir limosna. Pensé que tal vez alguien me echase por error una ficha telefónica, pero fue en vano. Todo lo que recibí fueron monedas y esputos purulentos. Entonces comprendí que, si quería fichas telefónicas, tendría que robarlas. Metí la mano en los bolsillos de los transeúntes, pero nadie tenía fichas. Solo billetes de autobús usados y billetes de tren marcados, nada más. De hecho, podía ir a las oficinas de Bi-Air en la calle Ben Yehuda o al aeropuerto y golpear en las mesas, montarles una Intifada para que me explicaran qué ocurría, pero yo no estaba hecha para eso. Podía hacerlo por teléfono, camuflando la voz con veinte pañuelos y teniendo la posibilidad de colgar cuando quisiera.

Un día leí un artículo breve en el periódico que decía que en la cárcel de mujeres había muchas fichas telefónicas. Las presas las ensartaban en un hilo de nailon y las mandaban a toda clase de congresos internacionales como si se tratara de reliquias de las artesanas asirias de la antigüedad.

Fui a la estación de tren, retiré mis instrumentos de la consigna y tomé un tranvía exprés con destino a la cárcel Neve Tirza de mujeres. Me hicieron entrar en una celda de cristal y me tuvieron allí diez minutos mientras pasaba todos los controles. Aquello me hizo revivir nítidamente la ocasión en que estuve en las oficinas de Bi-Air en París para que me aplazaran unos días el viaje.

Cuando terminaron se oyó un timbre, y una guardiana uniformada pero que parecía una persona agradable se me acercó y me preguntó qué deseaba. Le respondí que era ginecóloga y venía a asistir el parto de una mujer. Guiándome por la estadística supuse

que alguna de las presas o de las guardianas estaría a punto de parir. En Dolly City, y eso es un misterio, las presas quedaban encinta sin salir de los muros de la prisión. Una vez leí que eran las guardianas mismas las que las dejaban embarazadas, pero no explicaban cómo lo hacían.

La guardiana agradable me condujo al interior de la prisión y me contó, de cada una de las prisioneras, si había matado a los hijos por negligencia, por locura o estoicamente, a sangre fría. Me dio a entender que en Dolly City el infanticidio formaba parte del folclore y me preguntó si también yo había asesinado a mi hijo. No le respondí. Me preguntó con un poco más de tacto si alguna vez había cruzado por mi mente un pensamiento semejante y yo asentí.

Las asesinas de niños me miraron con los ojos desorbitados cuando pasé con mi maletín por delante de ellas. Algunas me insultaron, otra me suplicó que le practicara un aborto. En principio no me hubiera importado hacerlo, pero la guardiana me dijo que no estaba embarazada, que se había vuelto adicta a la anestesia a fuerza de tantos abortos.

Finalmente llegamos a un cuarto hediondo con una cama asquerosa en la que yacía una mujer con las piernas abiertas. Maldecía a su padre y a su madre por haber copulado y haberla traído al mundo.

Todo fue muy rápido, y al cabo de doce horas dio a luz a un niño con una vuelta de cordón alrededor del cuello. Quise cortarlo pero la parturienta me suplicó que dejara al bebé asfixiarse en paz, que de todos modos ya estaba sentenciada a cadena perpetua por haber asesinado a sus seis hijos.

El niño cambió de color, y tal como vino se fue.

Cosí a la señora y pregunté a la guardiana, como de pasada:

–¿Tienes una ficha de teléfono?

–¿Una ficha de teléfono?

–¿Quiere una ficha de teléfono? –oí que decía una voz masculina detrás de mí.

Me giré y vi ante mí a un hermafrodita.

–Sí.

–¿Adónde quiere telefonear? –quiso saber la guardiana que me había llevado hasta la parturienta.

–Fuera de la ciudad.

–Pero deprisa, ¿vale?

–Vale.

Nunca olvidaré el eco de mis pasos por los sombríos corredores de la cárcel. Miré a derecha y a izquierda y me dije: Dolly, siempre hay alguien que está más hundido en la mierda que tú, así que cierra la boca y agradece que aún puedas pasear por las calles de la ciudad en vez de pudrirte aquí dentro como esta pandilla de lesbianas. De pronto, la guardiana abrió la boca para darme ciertos fragmentos de información con los que no supe qué hacer. Por ejemplo, las guardianas de la prisión, incluida ella misma, eran hijas de antiguas detenidas que habían conseguido sobrevivir.

Entramos en la oficina de la directora de la cárcel. A lo largo de la pared había incubadoras con bebés prematuros, ordenadores y tarros de cristal con fetos en formol iguales a los que había visto treinta y cinco años atrás en el Museo del Hombre y la Vida de Ramat Gan.

Encima de una mesa negra y gastada había dos caballos dorados, encabritados y con las patas delanteras enzarzadas en actitud de lucha. Junto a ellos, un teléfono negro de los años sesenta.

–Rápido –dijo mi amiga la guardiana–, la directora no tardará en salir del jacuzzi con una toalla blanca en la cabeza y otra alrededor del cuerpo.

Marqué el número que tenía tan bien grabado en la mente y la telefonista respondió:

–¡Bi-Air a su servicio, buenas tardes!

No abrí la boca.

–¡Bi-Air a su servicio, buenas tardes!

Puse el auricular sobre la mesa.

–¿Algo no va bien? –preguntó la guardiana.

De pronto irrumpió en el despacho la directora de la prisión, venía del jacuzzi con las dos toallas tal como había dicho la guardiana. Me miró con curiosidad.

–Estoy buscando mis raíces –me apresuré a decir–, es decir, las raíces de mi hijo. Es muy posible que haya un piloto cuya hija sea la madre biológica de mi hijo. La que estudió medicina en el Politécnico. Hace trece años que me gustaría averiguarlo y aún no lo he conseguido.

La directora dejó caer la toalla y se envolvió enseguida en un kimono.

–Siéntese –dijo señalando una silla oxidada frente a ella.

Ella también se sentó, con el pelo chorreando.

–La mayoría de mis presas –dijo mientras se escurría el pelo– están convencidas de que los niños no son suyos. Así justifican los infanticidios. Trabajamos con ellas durante años para que admitan que asesinaron a sus hijos y luego durante más años para convencerlas de que no fue por piedad. Su culpa realmente da que pensar. Lo más interesante es –se plantó en la boca un cigarrillo de mentol, lo miró y perdió un instante el hilo de su discurso–, lo más interesante es que incluso las que se practican un aborto con una aguja de tejer están seguras de que el niño no es suyo. Cuando mis presas salen de la cárcel, si es que lo consiguen, las mando a tratamiento psicológico para asegurarme de que no queda ningún rincón por barrer. En mi humilde opinión, toda persona, antes de hacer un cambio en su vida, da igual si lo que abandona es una ciudad, un pueblo, un barrio o la cárcel, debería examinarse a conciencia por si acaso tiene algunas telarañas que oculten sucios códigos secretos.

Se peinó, se hizo una trenza japonesa y a continuación empezó a maquillarse; yo me pregunté para quién se estaba arreglando de ese modo, con quién follaría esa noche.

–Aunque el niño sea mío –dije–, eso no responde la pregunta de quién mueve los hilos en Bi-Air y por qué.

–Pero es un paso adelante. –Aplastó el cigarrillo a medio fumar en el cenicero y prosiguió–: ¿Quiere que lo averigüe yo?

–¿Por qué iba usted a hacerme un favor de ese tipo?

–Porque sí, sin ningún motivo. Hago cosas como ésa por gusto, me complace ayudar a mis semejantes a rehabilitarse. Para mí es un placer.

–¿Qué clase de contacto tiene con Bi-Air?

–Mi madrastra, Roberta, trabaja en Hacienda.

–¿Y qué?

–Conoce a gente de todas las empresas del país.

Hizo una serie de llamadas telefónicas, pero no dieron resultado. Yo mientras tanto tomaba café con leche agria, y finalmente se disculpó mil veces por haberme hecho concebir vanas esperanzas y dijo que se sentía mal por ello. Me dio dos fichas telefónicas y dijo que ojalá la perdonara por la profunda tristeza que me había causado. Cuando ya me había alejado bastante, me deseó buena suerte a gritos.

Estuve paseando varias horas por las calles de Dolly City. Me comí ocho croissants de categoría F y sesenta galletas de clase D y todavía estaba hambrienta. Me moría por algo dulce. Caminaba al azar, no sabía qué hacer conmigo misma. Los trece teléfonos públicos que encontré estaban estropeados y la pregunta que quería hacer a Bi-Air se había transformado en una nebulosa. Sabía que lo mejor era no abrir la boca hasta que tuviera las cosas más claras.

De pronto vi a mi hermana con una recua de niños maltratados tras ella. Ya de lejos reparé en su desasosiego. Mi hermana pequeña se parece muchísimo a papá; sus andares destilan desesperación como una vela encendida destila cera.

Me reconoció y vino enseguida a mi encuentro, su aspecto ya anunciaba a las claras una mala noticia. Tenía el rostro retorcido y convulso, y cuanto más se me acercaba, más evidente era la catástrofe. Cuando llegó junto a mí, el corazón me latía a un ritmo frenético.

–¿Qué… qué… qué ha ocurrido? ¿Dónde está mi hijo?

–Está bien. Es mamá.

Se enjugó una lágrima.

–¿Ha muerto?

–Sí.

–¿En serio?

–¿Crees que bromearía con algo así?

–¿La has enterrado?

Suspiró.

–¿No entierran los hijos a sus padres? ¿No los reducimos a polvo? Los hijos matan a sus padres y a cambio los padres los golpean hasta que sangran.

Acarició a un niño maltratado, con marcas de cigarrillos y quemaduras de plancha en el rostro.

–¿Dónde estabas? –preguntó en un tono distinto, y entornó los ojos hasta convertirlos en dos líneas blancas–. Tu hijo me escribió. Dice que no le contestas las cartas. La pobre mamá te buscaba. Quería que fueras a hacerte un electrocardiograma. Estaba histérica con eso de que tenías algo en el corazón. ¿Tan difícil es conseguir una ficha de teléfono?

Apreté las dos fichas que tenía en la mano y permanecí en silencio. Supuse que mi hermana ya había abierto la última voluntad de nuestra madre. Probablemente habría dejado la mitad de sus bienes a mi hijo cuando llegara a los dieciocho años, con la condición de que de ningún modo viviera en Dolly City, solo en Tel Aviv, en el norte de Tel Aviv, nunca al sur de la calle Bograshov. De otro modo, no recibiría ni un céntimo. La otra parte la habría legado a la institución de mi hermana.

Mi hermana tenía en la mano un sobre de correo aéreo, cerrado.

Se lo arrebaté. Decía PARA ABRIR DESPUÉS DE MI MUERTE. Puesto que ya había muerto, lo abrí y encontré un cheque en blanco a nombre de la compañía Bi-Air.

–*Oh my God!* –exclamé.

Acompañaba al cheque una carta escrita en francés en la que mamá decía saber que la compañía Bi-Air conspiraba contra mí, pero que no había podido decir nada por falta de dinero. Ahora, después de muerta y de donar su cuerpo a la ciencia (¿Ha donado su cuerpo a la ciencia? *Oh my God!*), estaba dispuesta a contribuir con parte de su dinero para que yo le reembolsara a Bi-Air todos los viajes gratuitos que había hecho en vida de mi padre. Mientras siguiera habiendo una deuda, escribía, la compañía no dejaría de perseguirme y no me dejaría en paz. Terminaba la carta con un montón de insultos contra un contable que se había enfrentado a mi padre en la portería de casa, y de nuevo me repetía que sacara la cuenta de los viajes al extranjero que yo y el resto de la familia habíamos hecho a expensas de la compañía aérea en el marco de las condiciones que ésta había acordado con los trabajadores, y que añadiera los intereses acumulados y escribiera la suma total en el cheque.

Yo no tenía la más mínima intención de devolver el dinero, pero no podía discutir con mi madre muerta.

Me las arreglé para encontrar un teléfono público que funcionara y con una de las fichas que me quedaban llamé a uno de los jefazos de la compañía Bi-Air y le pregunté sin ambages cuál era el grado de implicación de la compañía en la educación marítima de mi hijo y cuál era el interés auténtico de la compañía en hacer de mi hijo un hombre de mar.

Me pidió que me mantuviera al habla mientras buscaba en el ordenador central de Bi-Air el expediente personal de mi hijo. Sí, en efecto, mi hijo tenía un expediente en el sanctasanctórum, en la sala central de informática de la compañía en el aeropuerto Ben Gurión. Me tuvo veinte minutos esperando hasta que me informó de que no podía ver los datos más personales porque no tenía tantos permisos de acceso. Le pregunté si por casualidad su hija de diecisiete años estaba embarazada sin haberlo deseado y él confesó que sí. Le dije que le haría un aborto clandestino si me conseguía alguna información que pudiera interesarme. Concertamos una cita a

medianoche en el aparcamiento subterráneo del edificio donde yo vivía anteriormente. Su hija ya estaba en el coche con las piernas abiertas y yo no pude sino certificar la muerte, pero como ya estaba muerta, el padre no quiso proporcionarme la información confidencial. A mí se me subió la sangre a la cabeza y mi voz se oyó por todo aquel lóbrego y húmedo aparcamiento:

–¡Ya estoy harta de tantos misterios filantrópicos! ¿Quién está detrás de todo esto?

El hombre no contestó. Me acerqué a él. Estaba contemplando el rostro violáceo de su hija. Lo sacudí como sacudes a alguien a quien no soportas. Me ponía de los nervios.

–¡Desembucha de una vez! –le grité.

–Deme cinco minutos –dijo por fin, y se alejó.

Se alejó y se ocultó tras una columna numerada del aparcamiento subterráneo como si de ese modo yo no pudiera verlo, y habló por un radiotransmisor. Pasados unos minutos vino hacia mí y me dijo secamente:

–El hombre, el enlace, la persona encargada de los asuntos de Bi-Air en Dolly City, está en estos momentos jugando a squash en el club de squash y de billar de Dolly City.

Hundí las manos en los bolsillos y eché a correr hacia el club, que se encontraba en el barrio pijo de la ciudad.

En la entrada del club me preguntaron si era kurda.

–¿Por qué? –pregunté.

–Porque está prohibida la entrada a los kurdos.

Una de las experiencias que nos ofrece la vida en este planeta es la del «efecto trapo de fregar el suelo». A veces vemos algo de lejos y desde cierto ángulo sesgado nos parece un águila, un peluche de quién sabe qué, un boceto de la respiración del diablo, pero al acercarnos vemos que solo es un trapo de fregar el suelo, o un trozo de caucho, o un pedazo de cartón aplastado y podrido. En Dolly City sucede a menudo, creemos que algo es algo y al final resulta que no lo es.

Para una persona como yo, a la que el simple hecho de que dos líneas paralelas se encuentren en el infinito puede volverla loca porque supera su capacidad de comprensión, una persona que considera normal llamar a los bomberos ante la sola *posibilidad* de que la casa se queme y que oye simultáneamente cuándo empieza y cuándo termina una señal de alarma, el efecto trapo de fregar el suelo es algo corriente y que experimenta docenas de veces al día.

Con el transcurso de los años había adquirido experiencia. Había aprendido que en la mayoría de los casos no es necesario descifrar la verdadera naturaleza del misterio. Con los años había tomado forma en mí una imagen de la realidad. A menudo ni me acerco a comprobar las cosas a fondo, es decir, no voy hacia el águila sino que me contento con decir: ahí estás, águila o trapo de fregar el suelo, y sigo mi camino.

Cuando entré en el club de squash ya sabía que aquello no sería descifrar un misterio, sino a lo sumo comprobarlo, igual que se comprueba el saldo en el banco. No estaba equivocada, y cuando me acerqué quedó claro: era un trapo de fregar.

El tercer hombre era un abogado, un jactancioso amigo de mis padres, de origen egipcio como ellos, y miembro del mismo kibutz en los años cincuenta, sus primeros años en Israel.

En ese mismo instante me dominó tal angustia que dejó de interesarme por completo atar cabos. ¿De qué me serviría?, me pregunté. El solo hecho de saber esto o aquello, algo que lleve a alguna parte, puede ser cincuenta mil veces más angustioso que la ignorancia. Es como la sensación que tienes cuando te obligan a escuchar algo. En Dolly City la gente esto lo ha entendido bien, y por eso mantiene su enorme boca cerrada y les ahorra a los demás, con razón, sus problemas.

Aunque los médicos y los abogados son más o menos de la misma especie –unos y otros están interesados en que la raza humana sobreviva–, no me gustan los abogados o, como decía mi difunta madre, no les tengo simpatía. Mejor dicho, detesto a los abogados.

Toda esa pose suya, con el traje negro como de vampiro o de mensajero de la justicia, se la pueden meter por el culo.

En Dolly City los abogados no son de goma o de chicle, son sencillamente abogados y, como todos los abogados del mundo, van repitiendo «considerando que… considerando que…». Es insoportable. Esta forma de construir una secuencia de hechos mediante el consabido «considerando que…» me repugna. Con su traje negro y su sombrero de tapa de cacerola, son mucho más ridículos que los médicos vestidos de blanco. Para mí, un abogado que echa un polvo con una doctora es una película de terror. Ja, ja, ja, y además con todos esos trajes, ¿cómo pueden llegar a penetrarse? ¡Ja!

El día anterior a la muerte de mi padre, acudió a su habitación del hospital Ichilov un abogado que le cogió la mano fláccida y le dijo:

–Todo irá bien, te vas a curar.

–Estoy en manos de Dios –respondió mi padre.

Mi padre jamás había mirado al cielo, excepto cuando pasaba volando un avión de Bi-Air. Su lealtad a las líneas aéreas nacionales batía todos los récords. Cuando el avión era de la TWA o de Arkia, su sexto sentido le avisaba de que no era de los nuestros y mi padre ni siquiera levantaba la vista. Los calendarios que teníamos en casa siempre eran de Bi-Air, gigantescos y a todo color. Mi padre había colocado una pegatina en la luneta trasera del Fiat 127 verde que teníamos: A FAVOR DE LOS VUELOS DE BI-AIR EN SHABAT. Encima del aparador donde antes estaban las muñecas de porcelana que habíamos traído de nuestros viajes familiares por el ancho mundo, ahora había una placa de dos caras en la que estaba escrito BI-AIR en inglés por un lado y en caracteres hebreos por el otro.

Mi padre formaba parte del comité de empresa en la época de las huelgas. Aquel hombre que en casa solo abría la boca para saludar cuando regresaba a las cinco menos cuarto había luchado con la pasión de un revolucionario por el bien de los trabajadores, que en lo más profundo de sus corazones lo despreciaban.

Si recibía alguna llamada telefónica en casa, seguro que era de Bi-Air; mi hermana y yo observábamos cómo se desvivía por ellos. Toda aquella historia con Bi-Air no era un ritual, de ningún modo, lo llevábamos en la sangre. No era casual que tanto ella como yo hubiéramos elegido profesiones que exigían una total dedicación. Mi padre lo hizo por idealismo, mi hermana por altruismo y yo por locura.

El abogado estaba sentado, llevaba un albornoz blanco y me preguntó si necesitaba algo. No le contesté pero la mente me iba a cien. Supuse que, en aquella última visita, mi padre moribundo le había pedido que se hiciera cargo de la educación de mis hijos si llegaba a tenerlos. Por lo visto no confiaba en mí.

Al igual que todos los conocidos y familiares de mis padres, también el abogado menospreciaba mi forma de vida y mis estudios. Formaba parte de la comunidad de judíos de origen egipcio que se negaban a creer que yo era médico y estaban seguros de que, durante los ocho años que estudié en Katmandú, follé con todos los habitantes de la ciudad o como mínimo les hice una mamada.

El hombre encendió un puro tan grueso como su rostro y me dijo que ahora ya le estaba permitido revelármelo: mi padre no solo había dejado un legado a la sociedad para la lucha contra el cáncer, sino también para que mi hijo recibiera formación naval si era un niño, o en danza si era niña. En el momento de su muerte, la compañía aérea aceptó, con la condición de que la familia no dispusiera enseguida de la totalidad del dinero de la indemnización; podía invertir el dinero en bolsa, quedarse con los beneficios, dedicar una parte a cubrir los gastos de los estudios de mi hijo y transferir anualmente el resto a la sociedad para la lucha contra el cáncer. En otras palabras, en lugar de entregarme el dinero sin más, mi padre había preferido que Bi-Air especulara con él de todas las maneras posibles. El muerto no sabía que yo había estudiado medicina y puso trabas para que tuviera acceso al dinero.

Salí a la calle y empecé a multiplicar, a dividir, a sacar raíces cuadradas y hacer toda clase de operaciones, pero solo conseguí liarme y confundirme más. Mis pies me llevaron de nuevo al edificio

de Bi-Air en Dolly City. Subí al departamento de contabilidad, me senté frente a la empleada y echamos cuentas. Tomamos la suma total de la indemnización, calculada según el último salario de mi padre multiplicado por el ciento cincuenta por cien, multiplicado por los treinta y dos años de trabajo de mi padre en Bi-Air, más la pequeña suma que escribí en el cheque en blanco de mi madre, pues la buena mujer odiaba los cheques en blanco y yo me apresuré a cumplimentarlo. La suma resultante menos, y aquí se abre un paréntesis: (una contribución de cinco shekels anuales a la sociedad para la lucha contra el cáncer, multiplicado por los cincuenta y seis años de vida de mi padre, más la suma total del coste de los estudios de Hijo en la Academia Naval Brutal, más el coste de una sencilla barca de pesca con el fin de ayudar a los ingresos, más el coste de los viajes de la familia al extranjero durante los años de trabajo de mi padre en Bi-Air, se cierra el paréntesis), da un total de…

Se suponía que la suma total se reinvertiría en bolsa y Bi-Air sería el agente, pero al final quedó una suma negativa; o sea, que les debía dinero.

–Menos diecisiete millones quinientos cuarenta y seis shekels –dijo la empleada.

–¿Está segura? –murmuré.

–No hay nada más seguro, las cifras cantan. Un revólver con una bala de nueve milímetros es un revólver con una bala de nueve milímetros. No hay vuelta de hoja.

Entre mis cosas había un talonario de cheques del banco Discount, de la sucursal de Bavli.

–¿Podría fraccionarme el montante en… tres pagos?

Frunció el ceño, como si su padre fuera el mandamás de la compañía.

–Qué quiere que le diga –suspiró.

Extendí los tres cheques y se los entregué.

Cuando me alejé de aquel edificio beige de Bi-Air me encontraba sosegada. Aunque los cheques no tuvieran fondos, me había quitado

un peso de encima. Me fui a pasear tranquilamente al borde del río Yarkón y de pronto me pareció ver a mi madre llorando tras un eucalipto, pero solo era un viejo espantapájaros. Después de todo, había donado su cuerpo a la ciencia, y no a mí, me dije tratando de imaginar sus rasgos. Los últimos días, la mujer estaba tan arrugada como un campo labrado por un arado enloquecido. Toda mi locura estaba reflejada en su rostro.

Por primera vez después de su muerte, sentí algo cercano a la tristeza. Al mismo tiempo, no podía soportar la idea de que cualquier estudiante de medicina hurgara en sus entrañas; pero eso era lo que ella había querido, así que que le aproveche.

El tiempo pasó como pasa siempre. Primero los años, luego los meses, luego los días, las horas, los minutos y, por fin, pero no menos importantes, los segundos. Ya me había resignado a vivir con ese cáncer que tengo en el alma, sí, se podría decir que había sufrido un cáncer y que, en lugar de las células, eran las posibilidades lo que se multiplicaba en mí y las partes del todo se transformaban en esencias en sí y para sí. En efecto –hay que decirlo, hay cosas que es mejor decirlas y no quedárselas dentro, sino sacarlas, sacarlas–, mi estado mental había mejorado desde que había pasado una temporada internada. Cuando andaba por la calle o por un camino, por cualquier lugar, ya no sentía que estaba loca, y además había aprendido a convivir con mi memoria fracturada.

Mi hijo único había cumplido ya los quince años, eso se desprendía de las cartas que me mandaba a menudo. También me mandaba muchas instantáneas Polaroid en las que hacía ondear la bandera de Israel en altamar o en posición de firmes cuando pasaban revista matutina en su escuela flotante. Guardé todas las fotos en mi taquilla de la consigna de la estación del tren y me dije que a lo mejor algún día haría con ellas un álbum, quién sabe.

Podía estar orgullosa de Hijo. En sus cartas había mucho más que una chispa de cordura. El chico era feliz, había sacado unas notas excelentes. Yo no sabía lo que se suponía que debía sentir. Sabía

que la vida se burla de nosotros, que es muy astuta, que no hay que fiarse de ella, que después de haber sacado un excelente de repente puede uno morir de cáncer, así sin más, en nombre del equilibrio de la naturaleza. También sabía que la naturaleza estaría dispuesta a proseguir su camino, que no pertenecía a nadie, que todos estaban bajo su jurisdicción y que, si no te opones a ella, quizá de vez en cuando consigas levantar cabeza. Y cada vez que detectaba una nota de felicidad en las cartas de mi hijo, el corazón se me llenaba de angustia.

A veces le mandaba cartas para animarlo, las terminaba deseándole fuerza y valentía, le daba incontables consejos para prevenir las enfermedades y le decía qué debía comer para evitar los vómitos en el mar. Sobre todo le aconsejaba cómo hacer frente a la escuela y cómo evitar que la presión de los estudios perturbase su paz mental.

Yo sabía que los estudios en la Academia Naval Brutal no eran los de la Universidad de Tel Aviv ni la Universidad de Katmandú. También sabía, aunque nunca me había dicho nada al respecto, que Hijo debía esconder sus cicatrices a los ojos de los oficiales y de los cadetes. Yo suponía que de las cicatrices podía deducirse que en algún momento había intentado hacerse el harakiri, pero ¿y el mapa en la espalda? Estaba claro que se lo había tatuado alguien. Además, había vuelto a las fronteras del 67, y ese progreso no era algo que pudiera despertar admiración en una escuela militar.

Curiosamente, nunca jamás oí de boca del chico el mínimo asomo de queja por haberlo cortado tantas veces en vano, y eso que podría haberlo matado, y que lo había expuesto a terribles peligros con mis propias manos.

Cuando estuve en el manicomio pregunté qué debía hacer, qué debía responder llegado el caso de que el niño me preguntara por lo que le había hecho. Me dijeron que podía explicarle que había tenido problemas con mi agresividad, que la agresividad se había adueñado de mí, en lugar del sentido común. Me dijeron que le pidiese perdón, que el paso del tiempo haría el resto.

El niño estaba estupendo, aceptaba las cosas con naturalidad, como parte de una lejana infancia. Era abierto y desinhibido. Me mandó un montón de canciones de marinero, indecentes y groseras. Aseguraba que las había compuesto él mismo, pero yo tenía mis dudas.

Un día, en abril quizá, o en quizá mayo, ya estoy harta de recordar todas las fechas, no podía recordar las facciones de mi hijo. Ya estamos, me dije, lo he perdido, y me sumí en una gran melancolía. Yo estaba aquí y el niño allá. ¿Qué podía hacer? Nada. ¿De qué sirve la maternidad si no puedes hacerte cargo de tu hijo las veinticuatro horas del día? La maternidad es una mujer murmurando a su hijo al oído: «¡Ten cuidado al cruzar la calle! Los conductores de autobús son unos locos. No vayas a la piscina en invierno, cuidado con los pervertidos. No comas porquerías, que dan cáncer».

Fui a la playa del Hilton para mandar a mi hijo un beso aéreo, aunque sabía que mi beso no llegaría muy lejos. La prueba es que no había más madres en la playa que mandaran besos a sus seres queridos. Empecé a reconocer para mis adentros que toda mi concepción era errónea. Había trabajado como una mula, inútilmente. Había construido diques donde no había ríos, y me había convencido a mí misma de que los rayos de luz eran corrientes de agua que yo misma contenía.

El globo terráqueo giraba y yo apenas me ganaba la vida, estaba muerta de hambre, mareada de no comer. La gente había descubierto la fibra vegetal, las ciruelas negras, los supositorios de glicerina, y mi trabajo como administradora de lavativas se había terminado. Qué época tan humillante. Pasaba mucho tiempo en los parques, contemplando los arbustos, a las parejas tras los arbustos, a los pájaros, a un par de toros copulando.

Soplaba el viento, los árboles se comportaban como una tropa de payasos que se tiran del pelo. En las noticias decían que mucha gente viajaba a Nagasaki porque era uno de los lugares más seguros del mundo, pues según la ley de probabilidades, esa deidad de los

jóvenes, las bombas atómicas no pueden caer sobre un lugar más de una vez por siglo.

Una tarde, a la hora del crepúsculo, estaba en el parque y el sol rojizo se hundía por el oeste, como una antigua civilización. La oscuridad se iba instalando poquito a poco sobre Dolly City y se tragaba todos sus colores.

De pronto, una luz relampagueó en el oscuro firmamento y yo pensé: Ahí va, Dolly, van a caer sobre tu cabeza toneladas de agua. Pero me equivocaba. Sucesivos destellos dejaron ver el cielo encapotado cubierto por cientos, quizá miles de aviones grises y negros de las fuerzas aéreas francesas; los descendientes de las tribus galas, amigos y herederos de Saint-Exupéry, llegaban con las armas más innovadoras para hacer picadillo a la población, lanzaban miles de animales en paracaídas, en particular perros, chacales y zorros infectados con rabia, tifus y otras enfermedades graves. Los animales se disgregaron por la ciudad como una plaga de langostas y la gente empezó a vomitar, a caer al suelo entre convulsiones. Los movimientos juveniles más variopintos empezaron a levantar hospitales de campaña y recorrían la ciudad con altavoces buscando médicos de todas las comunidades étnicas, instándolos a presentarse a las entrevistas de admisión. Me dije: Dolly, he aquí tu gran día, todo el mundo está enfermo, todo el mundo se está muriendo. Fui volando a la entrevista y me admitieron.

Volví a encontrarme en un laboratorio pasablemente equipado, las raciones de combate mezcladas con las unidades de sangre, una confusión de vino y sangre. Por la ciudad corría el rumor de que los franceses eran solo la punta del iceberg, que eran vasallos de los alemanes, y que eran los alemanes quienes estaban detrás de todos esos ataques aéreos, ya que si un alemán le ordena a un francés que salte por la ventana, el francés salta. También se rumoreaba que los franceses, esos mercenarios, querían exterminar a todos los habitantes de Israel y que querían llenar toda la franja costera del país con tazas de inodoro blancas y brillantes de la mejor calidad.

La gente no hacía más que hablar de los alemanes y maldecirlos. En los pabellones de aislamiento de los manicomios de Dolly City

había una demanda inusual de prisioneros de guerra alemanes: allí podrían ver quién mandaba de veras. Se decía que Friedrich, uno de los prisioneros, había caído en manos de unos maníaco-depresivos que lo sodomizaron, le vomitaron encima y le registraron los bolsillos, donde encontraron chicle americano, y se lo comieron todo.

Apenas podía pegar ojo. Trabajaba todas las horas del día. Incluso iba a correos a comprar sellos para que los soldados heridos, que llegaban de a miles procedentes del campo de batalla, pudieran mandar cartas a sus madres.

La ofensiva aérea se había intensificado, los franceses habían empezado a tirarnos bombas de mierda, unas cantidades tan inmensas de mierda que costaba saber de dónde la sacaban.

Oí a alguien decir que a los franceses les gustaba mucho comer, que son un pueblo que adora comer, que la mierda era el producto de su metabolismo.

A menudo llegaban hombres, ciudadanos y soldados contaminados por la bomba atómica. Entonces todo el mundo interrumpía su trabajo y en el hospital se hacía el silencio. La eficacia de las bombas atómicas era asombrosa. A veces ingresaban hombres sin cabeza pero con ojos. Otros sin pies pero caminando con las botas llenas de barro. Los más divertidos eran los que no tenían cintura pero mantenían las dos mitades del cuerpo unidas por asociación.

El contacto con mi hijo se había interrumpido por completo. Hacía meses que no recibía cartas suyas. Trataba de no pensar en el asunto. Me daba la orden a mí misma: Olvida, Dolly, olvida. Pero un día dije basta. Pedí al jefe del departamento un pase y me fui a ver al gobernador militar de la ciudad. Le pregunté a una empleada de pelo corto el emplazamiento y estado actual del destructor en el que se encontraba la escuela de mi hijo. No lo sabía.

–Entonces, ¿qué me recomienda que haga? Lo pregunto de veras, respóndame, por favor.

–No sé qué decirle. Mire el mapa del mundo e intente encontrar a su hijo guiándose por el instinto maternal.

–Gracias –le dije decepcionada, y me dispuse a salir.

–Oiga –me llamó–, quizás es mejor que espere al gobernador, tal vez termine pronto. Está con el alcalde, ¿sabe?

–Muy bien.

Esperé un cuarto de hora, hasta que se abrió la puerta y el alcalde de Dolly City, que también era el dueño de una fábrica de productos de limpieza, salió abrochándose el pantalón. Entré en el cuarto; estaba oscuro. En el suelo vi al gobernador, desnudo y fláccido, con la mirada fija en el techo de plástico cóncavo. Le pedí ayuda.

Hacía ya cinco horas que me encontraba en el despacho del gobernador, que entretanto se había puesto los calzoncillos, había encendido un cigarrillo y se había sentado frente al ordenador para intentar dar con algún indicio mediante el número de identificación del niño. Me senté a su lado en silencio y esperé mientras iba tomando cafés, un café con sacarina, otro con azúcar, hasta que de tanta tensión empecé a sentir dolor de cabeza.

El gobernador hizo todo lo que pudo, me consta. Transpiraba, me pidió que le inyectara un producto estimulante, se le cerraban los ojos. Estaba cansado, se durmió sobre la mesa, yo lo tapé y esperé.

Se puso el sol. Corrí al baño unas quince veces para vomitar todo el café que había ingerido.

La oficina del gobernador militar de Dolly City se encuentra en un edificio muy alto, construido sobre las ruinas de la Torre Shalom. La ciudad de Dolly City se extendía ante mí en toda su fealdad. Alcé la vista al cielo. No había ningún avión, y entonces recordé que era el 14 de julio y seguro que los franceses estaban bailando por las calles en conmemoración de la toma de la Bastilla. Aquellas criaturas creían que con haber legado a la humanidad tonterías como la separación de poderes, la bondad innata del hombre y todas esas cosas empalagosas ya era suficiente. Lo que yo me digo es que no han hecho más que inventar un Napoleón que se cree Napoleón, la

ridiculez de los jardines de Versalles y el rostro empolvado de María Antonieta.

Abandoné la terraza estival y regresé al despacho del gobernador. Se había despertado, había vuelto al trabajo con energía renovada y tenía su penetrante mirada fija en la pantalla del ordenador.

–¿Hay novedades? –pregunté, mientras me acercaba con otra taza humeante de café en la mano.

El rostro se le ensombreció, como si hubiera recibido un puñetazo en la cara y todavía no le hubiera salido el morado.

–El destructor se ha hundido, lo siento mucho.

–¿Hundido?

Me temblaba la mano, el café se derramó en la alfombra.

–¿Quién lo ha hundido? –pregunté, como si fuese importante.

–Los belgas.

–¿Los belgas? No sabía que estuvieran metidos en esto.

–Lo hundieron por error, creyeron que era un destructor francés en lugar de israelí. Ha sido un trágico error. No sé cómo la puedo consolar, la verdad.

Cogí la taza de café y la arrojé contra la pantalla del ordenador. Me hundí en un dolor abismal.

El gobernador me pidió que pasara la noche con él, pero yo prefería suicidarme.

Fui al puente a terminar con toda aquella historia. Pensé en las operaciones y las vacunas que le había administrado, todo para que terminase muriendo de aquella forma tan idiota. ¡Los belgas!

Abrí la boca como en *El grito* de Munch. Puse un pie en la barandilla del puente, luego el otro; estaba a punto de saltar, pero en aquel instante vi que un hombre vestido con harapos corría hacia mí gritando:

–¡No, no lo haga!

Me pregunté si Dios no estaba ya harto de todo aquello, y salté.

El agua era una verdadera catástrofe. Los cocodrilos me azotaban con sus colas escamosas. Me dije: Esto es el remate, el fin, y luego la pausa eterna. En efecto, algo tiraba de mí hacia abajo y yo estaba convencida de que iba a morir, pero cuando llegué a lo más profundo me di cuenta de que lo que tiraba de mí era un buzo con un traje negro. Se quitó el casco de buceo y apareció mi hijo, sangre de mi sangre, de la cabeza a los pies.

Los curiosos se arremolinaban en la orilla. Mi hijo se despojó del traje y ambos nos sentamos en el césped para que nos diera un poco el sol. Los dientes me castañeteaban.

Qué asombrosa coincidencia, pensé, que ocurra algo estadísticamente tan poco probable.

–Entonces –le pregunté a mi hijo–, ¿la historia del destructor hundido no era cierta?

–No sé.

–¿Qué quieres decir?

–Tuve suerte; me presenté como voluntario. Salí en una balsa a buscar peces de los que llevan minas dentro.

–¡Ajá! ¡Así que el destructor se hundió y tú te salvaste!

–Pues algo así.

Su rostro, quemado por el sol, lleno de cicatrices, desgarrado, era un desastre. Me habría gustado hacerle un cambio de imagen, pero ya no me sentía capaz de volver a cortarlo. Ya no era un niño y tal vez no lo aceptara. Me fijé en una cicatriz profunda que tenía a lo largo de la mejilla izquierda. No conseguía recordar por qué le había hecho ese corte, ni cuándo.

–¿Qué proyectos tienes? –pregunté.

–¿Proyectos?

–Sí.

Se quedó mirando a una mujer que acababa de saltar al río y dijo:

–Creo que voy a ir a prestarle auxilio. Formo parte de la policía fluvial, es un nuevo cuerpo de policía que socorre a los suicidas.

–¿En serio?

No sabía cómo tomarme aquello.

Se echó al agua y nadó hacia la mujer. Las colas de los cocodrilos también lo azotaron, pero él hizo un nudo con ellas, un nudo como de abuelita, exactamente como en mis buenos tiempos hacía yo con las orejas de los conejos. Pugnó un buen rato con la mujer, que quería hundirlo a él también para que fuera pasto de los cocodrilos. Al fin pudo con ella, pero lo raro fue que, unos metros antes de llegar a la orilla, soltó a la mujer y ésta se ahogó. Mi hijo salió del agua y me sonrió.

–¿Ya se te han pasado las ganas?

–Sí –respondió–, estaba demasiado desesperada. Quizá debido al clima. Estos últimos días ha hecho muy mal tiempo.

Mi hijo me metió en un asilo de ancianos en Dolly City, pese a que solo tenía cuarenta y cinco años, estaba en pleno uso de mis facultades y no me lo hacía en la cama. Me dijo que lo hacía por justicia poética. Durante una época estuvo intentando conseguir un trabajo en el FBI pero no lo logró. Nuestra relación a duras penas se mantenía. Se había independizado de mí, qué duda cabe, era dueño de sí mismo. Llegué a la conclusión de que lo que tuviera que ser, sería. ¿Y qué podía hacer yo?

Un buen día, precisamente cuando cumplía cuarenta y nueve años, vi a una de las ancianas con un periódico en la mano y, en la portada, una foto de mi hijo con un rostro muy serio.

–Déjeme un momento el periódico –le dije.

Ella se negó.

–Se lo devuelvo enseguida, señora.

–No creo en la humanidad –dijo a gritos–, tampoco en usted.

–Pues usted lo sostiene y yo lo miro, si le parece bien.

Le dio la vuelta al periódico, lo sostuvo frente a mí y pude leer: «Tentativa frustrada de secuestro de un avión de Bi-Air con destino a Luxemburgo por parte de un joven excéntrico». Eché un vistazo

rápido a la noticia del periódico que la vieja sostenía con manos temblorosas. Los investigadores no lograban entender cómo había logrado sortear el joven las medidas de seguridad más estrictas del mundo. Seguí leyendo, intentando averiguar qué le había ocurrido. Supe que lo habían atrapado, que había huido, que le habían disparado, que lo habían herido en la espalda (no decían dónde exactamente, si en el valle de Jezreel o si habían hecho bingo en Dolly City), que seguía prófugo, que lo buscaban con helicópteros por los cráteres y los valles del desierto de Gobi, pero que había muy pocas probabilidades de que lo encontraran. No estaba molesta porque el niño no hubiera conseguido secuestrar el avión. Habría sido absurdo. Debido a la emoción, el corazón me latía con fuerza en el pecho, sentía cómo se dilataba y se contraía; el cerebro me bailaba dentro de su recipiente craneal. Sufría por el niño, pero no estaba histérica. Sabía que, después de todo lo que le había hecho, una bala o una puñalada en la espalda no eran nada para él, que podría manejarlo.

[1] En árabe, «estás loca, loca». *(N. de la t.)*

[2] Se refiere a una famosa canción que tiene versiones en muchas lenguas: «Cuando yo me muera | tengo ya dispuesto en el testamento que me han de enterrar | en una bodega dentro de una cuba…». En la versión israelí, el entierro es en las bodegas de Rishon LeZion. *(N. de la t.)*

[1] Salmos 79:6. *(N. de la t.)*